



Thomas B. Reverdy

**EL INVIERNO
DEL DESCONTENTO**



AdN Alianza de Novelas

Thomas B. Reverdy

**EL INVIERNO
DEL DESCONTENTO**

Traducido del francés por María Dolores Torres París

AdN Alianza de Novelas

Índice

- «Run Like Hell»
- «I Don't Know What to Do with My Life»
- «I Just Can't Be Happy Today»
- «London Calling»
- «Memories»
- «Revolution Rock»
- «The Great Rock'n'Roll Swindle»
- «Working Class Hero»
- «New Dawn Fades»
- «Private Hell»
- «Smash It Up»
- «Disorder»
- «Car Trouble»
- «Helter Skelter»
- «Anarchy in the UK»
- «A Different Kind of Tension»
- «Guns of Brixton»
- «I Wanna Be Me»
- «Interzone»
- «Suburban Relapse»
- «No Birds»
- «Broken English»

«Thick as Thieves»

«Whip in My Valise»

«Never Trust a Man (With Egg on His Face)»

«She's Lost Control»

«Look Back in Anger»

«Candidate»

«In the Flat Field»

«Boys Keep Swinging»

«You Say You Don't Love Me»

«Seventeen Seconds»

«God Save the Queen»

«The Show Must Go On»

Banda sonora de la novela

Créditos

«Desde donde estoy sentado hoy,
1 de agosto de 1979,
pego mi oreja al pasado
como si fuera la pared
de una casa que ya no existe.»

RICHARD BRAUTIGAN
So The Wind Won't Blow It All Away

«Hoy he dejado de soñar.»

MARGARET THATCHER
Discurso de Brighton, 1980

«Run Like Hell»

PINK FLOYD

Más que correr, Candice volaba por las calles de Londres en su bicicleta de mensajero a finales del verano de 1978, con su bolsa en bandolera, abriéndose en las curvas para no rozar el suelo con el pedal al inclinarse, pedaleando sin cesar, sin detenerse nunca, a toda velocidad, como si persiguiese en el pálido amanecer de las farolas que se apagan y en la neblina azulada un sueño a punto de escapársele, un sueño que hay que atrapar de inmediato, de pie sobre los pedales, los codos en línea con los hombros, la espalda recta, la cabeza girando nerviosamente como la de un pájaro, a derecha e izquierda para prevenir los peligros, incorporarse al flujo del escaso tráfico a esta hora, atravesar volando el barrio de Islington Park donde había crecido, aterrizar en Caledonian Road y dirigirse al sur, siguiendo las traviesas del ferrocarril, hacia Camden Town, la calle orillada por un muro de cubos de basura ya tan alto como ella, que se apilaban por todas partes en los barrios obreros aunque los barrenderos no estuviesen oficialmente en huelga, cubos que atraían a la superficie las ratas que Candice vigilaba por el rabillo del ojo mientras salían pitando al advertir su presencia, sumergiéndose en la basura, seguir pedaleando apoyada en los pedales para atravesar la calle, incluso antes de que el hedor le llegue, deslizándose por la ciudad como el vuelo silencioso de la lechuza que regresa de cazar al amanecer, persiguiendo un sueño al que está decidida a retorcerle el pescuezo antes de que se le escape.

Acaba de cumplir veinte años. Es una edad en la que se tiene toda la vida por delante, en la que todo está aún por hacer, en la que todo son promesas — o amenazas.

El trabajo de mensajero en la City Wheelz pagaba sus clases de arte dramático. La empresa había sido fundada dos años antes, al socaire de una huelga de correos, y la idea había cuajado: mensajeros en bici, era el momento ideal para ello, era ecológico y conceptualmente muy *peace*, tenía su lado

hippie. El jefe, Ned, había diseñado un logotipo espiritual con un Hermes alado de pelo largo, pedaleando sobre un fondo de cielo azul, rodeado del nombre de la compañía en letras psicodélicas amarillas, un logo entre la Coca-Cola y los Grateful Dead. Era el signo de los tiempos. Y los mensajeros, por supuesto, los únicos que no usaban pata de elefante, la de esos horripilantes pantalones de moda, y la mejor opción para pegársela y hacer mutis por el foro en el primer viraje. Nada fuera de lo normal, porque todos procedían de clases populares donde se veían más *hooligans* que hippies. Candice era la única chica de la plantilla —el jefe decía *el equipo*. Era un burgués que había crecido en un buen barrio. Con pretensiones de artista. Antes de montar la empresa, había estudiado en una escuela de diseño y se había dejado el pelo largo, porque su vida había cambiado de sentido radicalmente al escuchar a los Beatles. Desde hacía quince años, media Europa había hallado el sentido de su vida en una canción de los Beatles.

A ella los Beatles ni fu ni fa, «no eran su taza de té», como dicen los ingleses: Candice necesitaba una energía más cercana a la violencia callejera. A su alrededor la gente se había ido cortando el pelo los últimos años. No les tirarían piedras a los Beatles, por supuesto —a nadie se le ocurriría—, pero no le gustaban los hippies, sus ridículas vestimentas y ese aire de pasar de todo. John Lennon tampoco le hacía ni pizca de gracia. Con esos aires de Jesús que habría decidido dejar a los discípulos para casarse con María Magdalena —pero no acababa de hacerlo de una santa vez— y dar vida a la leyenda de los *Fab Four*, mientras tiraba la piedra y escondía la mano. Se había convertido en un auténtico gurú. Nadie pensaba entonces que moriría asesinado casi dos años después en Nueva York, el 8 de diciembre de 1980, una muerte que clausuraba definitivamente la década de los setenta.

Candice cruza York y se adentra en el laberinto de callejuelas y raíles que parten de King's Cross y cercenan el paisaje de Camden como si hubiesen plantado el barrio en medio de un gigantesco cruce ferroviario. Ataja por los callejones con agilidad, evitando las grandes arterias y los semáforos, zigzagueando entre los escasos automóviles, limitándose a empujar el liviano cuadro de acero con el interior del muslo. Da la impresión, y es también la sensación que ella tiene, de ser una con su bicicleta. Es embriagador. Debe de circular a treinta o quizá cuarenta millas por hora.

Recita su texto.

Surge solo, es como una forma de no pensar en nada. A veces lo hace en voz alta, que se va elevando paulatinamente cuando eso sucede, hasta gritar

como ahora en la calle, deslizándose a toda velocidad a lo largo de un hilo invisible, la cabeza emergiendo de los hombros como un periscopio, la espalda tensa, los muslos doloridos, gritando su texto con una especie de acento más rastafari que pomposo, entrecortado con carcajadas:

Naw izzz da winterrrr ov ourrrr dissscontent, made glorious summerrrr by disss son ov Yorrrk!

Es el comienzo de su papel. El inicio de *Ricardo III*. Candice representa el papel principal en una compañía semiprofesional compuesta únicamente por chicas. ¡Ahora el invierno de nuestro descontento se ha transformado en un glorioso estío gracias a este sol de York!

Ni se imagina hasta qué punto eso se hará realidad dentro de unos pocos meses. Estamos como al comienzo de una novela, a principios del otoño de 1978, cuando la historia ya está en marcha, una historia que viene de lejos, como fuera de ella, pero que aún no se sabe a dónde va ni cómo se va a desarrollar exactamente la trama. En este momento de la historia, nadie sabe muy bien lo que puede ocurrir.

«I Don't Know What to Do with My Life»

BUZZCOCKS

A Jones podría no haberlo conocido nunca.

Es bastante guapo. Y muy alto, demasiado para mantenerse siempre erguido. Tiene ojos risueños, alegres y cansados al mismo tiempo, debido a unas finísimas patas de gallo que los perfilan y alargan. El pelo desgredado porque hace años que no se peina. Es músico, pianista de jazz. En 1978 eso no se considera un oficio, así que Jones es un simple oficinista.

Sería más exacto decir que fue oficinista hasta este otoño, porque Jones acaba de ser despedido. No es el primero ni será el último este año. La noticia llegó brutalmente, como suele ocurrir, una mañana en el despacho de su supervisor. Empezó con unas palabras pretendidamente afables —¡Vaya, te has vuelto a hacer un cardado!— y luego le comunicó que estaba despedido sin preaviso, que no era nada personal, que era culpa de la coyuntura —La crisis, Jones, es la crisis. Recuerda esta palabra porque la oirás a menudo. Qué quieres que te diga. ¡La crisis!

Jones se debatió en vano, como un pez en el anzuelo. Al otro lado del despacho, su supervisor continuó sonriendo —La crisis. No es culpa de nadie. Qué quieres que te diga.

Ese fue el momento en el que las cosas empezaron a cambiar, aunque, por entonces, nadie habría podido imaginar que el futuro estaría poblado de repartidores de comida en moto y de becarios de larga duración; que los Jones jamás saldrían a flote; que se dedicarían a añadir un título tras otro a su currículum; que habría cada vez menos trabajo. Hasta entonces, mejor o peor, había logrado cubrir sus necesidades, que, por otra parte, no eran nada del otro mundo. Hasta entonces siempre había trabajado, la mayor parte del tiempo como vendedor de cualquier cosa.

Sí, en los últimos años había llevado a cabo trabajos ridículos o miserables. Había sido *faxman* en un gran despacho de abogados, por

ejemplo. Estaba en una dependencia del subsuelo, es decir, en el sótano, un cuartucho lleno de estantes en los que resonaban y crujían faxes Rank Xerox último modelo. Su trabajo consistía en clasificarlos en bandejas, a medida que iban llegando, y subirlos a los despachos ubicados en distintos pisos, antes de regresar rápidamente al sótano, recoger nuevos faxes, clasificarlos y llevarlos enseguida a los despachos, como un cartero cuyo recorrido incansablemente repetido sostuviese a la vez el barril de las Danaides —¡la bandeja está vacía! — y la roca de Sísifo —hay que bajar al sótano.

En los tiempos de vacas flacas, incluso había aceptado trabajos de mozo de almacén, de esos que había a punta pala. Entonces le pagaban por acarrear cajas de cerveza en el área de reparto de un supermercado, o por transportar en la minipala tuberías de hierro fundido de ocho pulgadas —doce centímetros — desde el pasillo C al pasillo F, en una nave gigantesca a orillas del Támesis.

Había sido vigilante nocturno en un hotel de mala muerte.

Sustituto de barman en media docena de pubs.

En Harrod's, había vendido sucesivamente charcutería, zapatos de señora y colchones *Queen size*.

El trabajo para la British Petroleum del que acaban de despedirlo no había sido ni mucho menos el peor.

Consistía en leer cientos de recortes de prensa en los que aparecía el nombre de la empresa y cifrar cada artículo de acuerdo con una batería muy precisa de preguntas. Tenía que hacerlo a vuelapluma, punteando las casillas mientras leía el texto en diagonal. Eran dos por despacho, uno frente a otro, y no se dirigían la mirada en todo el día. Otros analistas —los verdaderos empleados del grupo— pasaban sus codificaciones por el tamiz de potentes ordenadores que los ayudarían a reducir sus resultados a cifras, a estadísticas representables, los famosos «diagramas de quesos» —que los ingleses denominan *tartas*. Luego los mandos intermedios del departamento de calidad se encargarían de interpretarlos. Ello permitiría a los altos ejecutivos basar sus esfuerzos estratégicos en discursos bien fundamentados, con frases rotundas sobre «la imagen de la compañía en los medios de comunicación británicos» —A saber cuántos Jones habría en los cinco continentes.

Desde su despido, Jones sobrevive tocando los jueves, a veces los viernes por la noche, en un club de cócteles y jazz, el Nightingale's. La clientela de aves nocturnas que frecuentan el lugar se le parece un poco. Algunas de las camareras que trabajan allí son amigas suyas. El resto del tiempo, Jones está

en casa. Tocando. Toca como un loco todo el día y, con frecuencia, buena parte de la noche. Dice que compone. Y eso no da de comer.

Sus mejillas están ligeramente hundidas. Tiene ojeras. A Jones le importa un bledo. Su orgullo es un órgano más sensible que su estómago.

Aunque frisa los cuarenta, su aspecto juvenil le permite aparentar cualquier cosa. Un joven nunca parece del todo un parado. Todavía no —es joven. De apaño en apaño, Jones gana, desde hace años, más tiempo que dinero.

«I Just Can't Be Happy Today»

THE DAMNED

Nancy, la directora, era una antigua alumna de la escuela de teatro en la que Candice acababa de entrar. Había tomado apuntes con vistas a futuros ensayos. Había llenado un cuaderno escolar de la primera a la última página con su letra fina y apretada. A veces, incluso con dibujos que completaban sus anotaciones teatrales. Les decía a las chicas:

«*Ricardo III* es una tragedia crucial para Shakespeare. Por mucho que los especialistas digan que en 1590 estaba de moda escribir obras históricas, *Ricardo* es mucho más que un drama sobre el final de la guerra de las Dos Rosas y el advenimiento de la dinastía de los Tudor, o el fin de la tetralogía de *Enrique VI*. Junto con *La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca*, es, sin lugar a dudas, la reflexión más profunda de Shakespeare sobre el poder y sus infortunios.

»Podríamos reconocer en ella al mismísimo Adolf Hitler, que por supuesto no tiene nada que ver con Shakespeare, pero es así. No habría que modificar ni una línea.

»Es una tragedia sobre la conquista del poder, la seducción diabólica, la corrupción y el mal. Es una obra que cuenta —lo de menos es la época— cómo un hombre resuelto, Ricardo, duque de Gloucester, se labra un camino sangriento hacia el trono conspirando contra sus hermanos, ordenando asesinarlos, tanto a ellos como a sus sobrinos y más tarde a su propia esposa; cómo logra adueñarse del poder y ejercerlo en detrimento de todos, convertirse en un tirano, embriagarse con su fuerza y la debilidad de los demás, hasta la locura.

»Está todo ahí: la Noche de los Cristales Rotos y la complacencia de los patronos, el monstruo y sus víctimas consentientes, *M, el vampiro de Düsseldorf* y *La caída de los dioses*.

»Al final, sus numerosos enemigos se confabulan contra él y lo derrotan en

una batalla en la que, derribado de su caballo, Ricardo, que había llegado a rey, desesperado y vencido, exclama: *¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!*

En todas sus notas había una mezcla de ideas e información hoy al alcance de cualquiera en Internet. Eran, además de notas de lectura, el fruto de algunas búsquedas en ediciones académicas de la obra e intuiciones, imágenes, con miras a una futura puesta en escena. Lo que les confería valor es que Nancy no solo se remitía a ellas, sino que también las acrecentaba en el transcurso de las discusiones con el grupo, porque eso era lo principal: hablar de ello, comentarlo juntas, compartir sus sentimientos de intérpretes. Durante las primeras semanas, el trabajo se limitó a eso.

En la ciudad, las huelgas y el otoño avanzaban paso a paso. Las calles invariablemente sucias y negras de Londres estaban atestadas de cubos de basura y, algunos días, el centro estaba cerrado hasta Westminster debido a las manifestaciones de los obreros de la Ford. Pero las chicas se reunían todas las mañanas, pasara lo que pasase.

«El consenso de la posguerra se tambalea, se lee en los periódicos a propósito de las huelgas. Y no puedo dejar de pensar que somos como Ricardo cuando se alza el telón. La guerra de las Dos Rosas concluyó con una victoria pírrica que deja el reino en manos de un rey moribundo. Y Ricardo siente que el consenso flaquea; que los hombres de acción quieren actuar de nuevo; que él mismo va a pedírselo. Está listo, sabe que ha llegado su hora. *Now. Now is the winter of our discontent.*»

Formaban un elenco curioso, una pandilla de chicas que se habían conocido en la escuela de teatro y habían formado una compañía —las «Shakespearianas»— e incluso logrado su primer contrato de producción para este *Ricardo III* que iban a montar nada menos que en el Warehouse, que este año acogía un *Hipólito* de la Royal Shakespeare Company. Dispondrían solo de tres fechas en este teatro con más de doscientas localidades, pero podían ocuparlo por la mañana temprano, dos veces por semana, para los ensayos —es ahí adonde Candice se dirige en bici antes de acudir más tarde a su trabajo de mensajero.

Como solo eran diez, Nancy redujo el texto cortando escenas completas para prescindir de los personajes secundarios —De todos modos, Shakespeare es demasiado largo, les había advertido. Les hizo pruebas a todas las chicas para decidir los papeles, y Candice se había hecho con el de Ricardo desde los primeros ensayos.

No parecía haber celos entre las chicas de la compañía. Casi todas eran algo mayores que Candice, que acababa de ingresar en la escuela de teatro. La mayoría actuaban ya en otras producciones, con la regularidad suficiente para vivir de ello más o menos bien —o más o menos mal. Esta obra era casi un recreo para ellas. Y, por otra parte, los trabajos más regulares no ofrecían mejores perspectivas.

Toda Inglaterra estaba al borde de una especie de precipicio en 1978.

La gente no se ponía de acuerdo sobre lo que convenía hacer para salir de una situación que era a la vez una vergüenza para el país y de miedo para uno mismo. Pero había que hacer algo. No se puede permanecer agitando los brazos en el aire durante mucho tiempo al borde de un precipicio.

La idea general es que había que saltar.

«Ricardo se aburre. Es la razón principal por la que quiere actuar, por la que está dispuesto incluso a convertirse en un tirano, un asesino, un monstruo. “En vista de que no puedo mostrarme como un amante para entretener estos bellos días de galantería, he determinado portarme como un villano y odiar los frívolos placeres de estos tiempos.” *Now is the winter of our discontent*. Ricardo se aburre como nosotros. Independientemente de cualquier política. De uno u otro bando. Solo por el placer del poder, de la fuerza y de la sangre. Solo porque es fuerte.

»En octubre, en el congreso del Partido Conservador se escucharon estas palabras recogidas en el *Mirror*: “Tomarla con la distinción, con el mérito, es clavar en el suelo a los ágiles, a los audaces y a los vigorosos, como le ocurrió a Gulliver a manos de los liliputienses”. Los fuertes odian a los débiles, es su única debilidad.

Fueron muchas las mañanas que pasaron trabajando en la mesa de operaciones, como decía Nancy, leyendo fragmentos del texto y discutiendo sus interpretaciones; preguntándose —fue la primera pregunta y la que siempre estuvo presente— lo que cambiaba, en cada una de las réplicas, poner

aquellas palabras en boca de una mujer.

«London Calling»

THE CLASH

Era una época extraña y, desde el mes de septiembre, después de remolonear un poco, el verano se había largado a algún lugar del sur de Europa, dejando que la lluvia y los vientos cambiantes acariciasen las sucias fachadas de un Londres que no acababa de salir de la guerra ni de la contaminación de las fábricas en el Támesis.

Israel y Egipto firmaron los acuerdos de Camp David, que arreglaron, al parecer, los problemas en varios desiertos y montañas peladas, pero orillaron cuidadosamente las regiones pobladas de Gaza y Cisjordania. Occidente se felicitó por avanzar así hacia la paz.

La British Petroleum había comprado la Standard Oil de Ohio a principios de año; aparentemente fue una opción inteligente porque Irán, donde había nacido y crecido la empresa, estaba viviendo sangrientos disturbios, de los que aún no se oía hablar demasiado. Claro que un oportuno temblor de tierra unos días más tarde causó quince mil muertos de más.

El Arsenal, que había sido finalista el año anterior, se entrenaba duro para la copa.

El papa murió a las cinco y media de la mañana.

Es lo que la radio repitió sin descanso una y otra vez: Juan Pablo I, Albino Luciani en el siglo, el papa de la amable sonrisa, elegido hacía solo treinta y tres días, fue hallado muerto a las cinco y media de la mañana del 29 de septiembre. Yacía en su lecho, donde leía una *Imitación de Cristo*, quien tampoco debió de haber dormido mucho en el suyo. No tardaron en correr rumores de conspiración y asesinato: desde que el banco del Vaticano estaba en manos de la mafia hasta que el papa era indulgente con la teología de la liberación, demasiado cercana a los comunistas.

Los comunistas, he ahí el mal. En Europa, aparte de los franceses, todo el mundo lo sabe.

Todo empezó en Dagenham, al este de Londres, en la planta de montaje de la Ford Motors.

El 22 de septiembre, la fábrica de Langley entró en huelga.

Los sindicatos, sobre todo el TGWU, el todopoderoso sindicato de transportes, aún no apoyan oficialmente el movimiento.

Preferirían evitarlo.

En julio habían firmado un acuerdo con el gobierno fijando el aumento salarial en un máximo de un 5 % para ese año.

Es la «fase IV» del plan de lucha contra la inflación, que el año anterior alcanzó el 16 %.

Los titulares son categóricos:

Inglaterra está con el agua al cuello.

Esto no funciona.

Hay cada vez más desempleados.

Pronto un millón y medio de parados.

Esto no funciona —y de todas formas:

El 5 % no paga el aumento del alquiler.

El consenso de la posguerra se está resquebrajando.

La fábrica de Langley está en huelga.

15.000 trabajadores están en huelga en Dagenham.

La Ford ha tenido un excelente primer semestre.

La Ford aumenta su margen de beneficios este año.

Éxito innegable del Ford Cortina en 1978.

Los sindicatos están entre la espada y la pared.

El Partido Laborista dividido por una huelga salvaje.

El partido del primer ministro, Callaghan, desgarrado por las disensiones en vísperas del congreso de Blackpool.

Esto no funciona.

Los acuerdos firmados entre la TUC —la unión de sindicatos— y el gobierno son rechazados por los trabajadores.

El 5 % no paga el alquiler.

La Ford tiene medios para pagar.

Callaghan en el ojo del huracán.

Primeros enfrentamientos entre los obreros en huelga y la policía a raíz de la manifestación.

Esto no funciona.

¿El TGWU a punto de unirse al movimiento?

Ron Todd, hombre clave en la crisis de la Ford.
Todd, de Dagenham a la secretaría nacional del TGWU.
Callaghan en el punto de mira de los sindicatos.
Callaghan abucheado en Blackpool.
La moción «Duffy» aprobada por 4 a 1.
«Una lección de democracia», Callaghan reprobado.

¡Elecciones generales ya!

El TGWU en huelga oficialmente.

50.000 obreros en huelga.

La huelga se extiende por Southampton.

Halewood se une al movimiento huelguista.

La fábrica de Merseyside en huelga.

Las huelgas afectan a la sede de la Ford en Basildon.

La Ford dispuesta a negociar con los huelguistas.

En la Vauxhall Motors discuten el 8,5 %, tal vez más.

¡A punto de cumplirse un mes de huelga en la Ford!

Ford tiene medios para negociar.

¿Cuánto, señor Ford?

¿Y si los obreros de la Ford ganan el pulso?

En el corazón del movimiento obrero: el testimonio de Dan Connor en Dagenham.

¿Están los rojos detrás de las huelgas?

Inglaterra, el país enfermo de Europa.

El paro sigue aumentando.

Esto no funciona.

En inglés: *it doesn't work*.

El otoño de 1978, Inglaterra y sus periódicos cuentan la historia de un país en crisis, de un imperio en declive. Las últimas colonias británicas se independizan una tras otra. El paro masivo está a punto de aparecer. El trabajo nunca volverá a ser ligero.

«Memories»

PUBLIC IMAGE LTD.

Ese año hace un tiempo de perros, incluso antes del comienzo del invierno, un tiempo que no anima a salir. En las calles cada vez más sombrías del centro de la ciudad, florece un bosque de paraguas al ritmo de los chaparrones que a veces duran todo el día. La lluvia, pertinaz, cae a chorros por las fachadas ennegrecidas de los edificios sin lavarlos. Al contrario, parece que los embadurna aún más, mezclando su gris con el hollín. Las gotas repiquetean en las aceras. En lo alto de las avenidas, el cielo ya no es el cielo. Parece fluir como un río al revés, por encima de los tejados, un río gris de nubes uniformes y tumultuosas, rodando unas sobre otras, retumbando a veces como si entrechocasen. Indiferente o insensible, el bosque de paraguas sigue avanzando, golpeándose y precipitándose, corriendo hacia las bocas de metro, traspasando las puertas batientes de los edificios de oficinas. Es deprimente.

Pero Candice se dice que no es el momento de dejar este trabajo que le permite vivir, y no demasiado mal, desde hace dos años. Es una tentación que siempre tiene. Incluso cuando las cosas le van bastante bien, o cuando aterriza en alguna parte —como le pasó con su primer novio, por ejemplo, al que había conocido en el instituto: tan pronto como se planteaba la cuestión de irse a vivir juntos o de ir el domingo a casa de los suegros a comer estofado de cordero, en resumen, tan pronto como lograba decirse hasta aquí hemos llegado, tenía tendencia a huir, a salir corriendo en bicicleta. O, en una ocasión, en taxi con dos pesadas maletas y toda su vida dentro, una en el maletero y otra en el regazo, cuando se había ido de casa de sus padres hacía dos años.

Los visita alguna vez, siempre de improviso, con la esperanza de encontrar sola a su madre; esperanza vana, porque su padre, cada vez más a menudo en paro desde que cumplió los cincuenta, casi siempre está en casa. Habla por los codos, tiene ideas acerca de todo. Dice que conoce los dossiers —son sus

palabras— porque ha leído el *Sun*. Habla de política. Habla de las huelgas, es el tema del momento. Sobre todo, porque no sabe decir nada de ninguna otra cosa. Y mientras habla, Candice intercambia con su madre miradas cómplices e impotentes que parecen decir: —Qué bien has hecho yéndote, hija, ya ves que no ha cambiado nada —¿Y tú, mamá? Y a veces sus ojos sonríen porque él acaba de coronar un monólogo de cinco minutos con una pregunta que ninguna de ellas ha oído, solo el silencio que ha seguido y que las ha hecho sonreír.

Y a veces, al cabo de ese diálogo silencioso, los ojos de su madre continúan: Marcharme es lo que yo nunca he podido hacer, estaba embarazada de tu hermana y era tan joven, y ni hablar de recurrir a mis padres en aquella época, había que casarse, pero tú eres libre, Candice, y eso me gusta —No, mamá, eso no te justifica —No seas tan dura conmigo, hija, eran otros tiempos, y además erais pequeñas y había que sacaros adelante, no era tan fácil criar a dos niñas aquí, en Islington Park —Acababais a gritos todas las noches —Tu padre trabajaba duro y cuando nos mudamos aquí pudisteis tener vuestra habitación, eso era lo principal entonces, y cuando volvía borracho o no volvía, yo aguantaba y tragaba quina, había que poner la olla al fuego y pagar el colegio —No nos culpes a nosotras de eso, mamá —Era muy guapa, sabes, podría haber rehecho mi vida, tal vez conocer a otro o arreglármelas sola, quién sabe, pero no con dos niñas, digas lo que digas, además, no os reprocho nada ni a tu hermana ni a ti, erais la alegría de mi vida, pero tenía treinta años y dos hijas y finalmente me quedé, y él con la edad se volvió más amable —Es un animal, mamá, solo se volvió inofensivo —Por supuesto, podría irme ahora, pero es demasiado tarde, ya ves, así es la vida, esas cosas, cuando no se hacen a tiempo, ya no se hacen, por eso tú tienes que ser libre, Candice, sé libre y no te fíes de los hombres —Entonces te quedaste por debilidad, te quedaste porque te convenía —Me quedé porque, a pesar de todo, creo que lo quería.

Y baja la cabeza como por pudor, como para silenciar sus ojos que han dicho demasiado y se han empañado de repente.

La hermana de Candice también vive en el barrio, muy cerca, a solo una calle de allí. Los visita a menudo. Lleva a sus hijos, raramente a su marido. Suele comer con ellos los domingos y llama a su madre casi todas las noches. Es una buena hija, según un montón de criterios. Es bibliotecaria a media jornada, fue su padre quien le consiguió el trabajo en la época del antiguo alcalde del barrio, al que se acercó al final de una reunión para colocarle un discurso, en la línea de lo bien que estaría que apoyase su candidatura,

después de todo, nosotros también somos irlandeses. El alcalde había enarcado una ceja y evaluado a su hermana de reojo: su pelo más castaño que rojo, sus ojos demasiado redondos para parecer inteligentes, sus finos labios sin carmín y sus dos ubérrimos senos que ya entonces desbordaban del escote. Había cogido el sobre con el currículum y la instancia para el puesto, con una sonrisa de circunstancias. Era la única vez que ser irlandeses les había servido de algo.

Su hermana se llamaba Alice.

Con su trabajo a media jornada y sus dos hijos, amén de un esposo que solo se ausenta en las noches de partido, se pavonea como señora de, y se pasa el tiempo con jermiadas —siempre hay algo que se le atraviesa— y reproches —porque la mayoría de las veces es culpa de los demás.

En su sostén en *balconnet* sus poderosos senos siguen rodando como balones, pero no es probable que su marido juegue mucho con ellos. Desde que tuvieron el segundo hijo, no hace otra cosa que estar a muerde y sorbe en su rincón. Se queda sonriendo, fingiendo no pensar en ello. Parece un viejo gato castrado tomando sus croquetas o una cerveza cada vez que ve pasar una gata. Probablemente Alice ha aprendido eso de su padre: sabe cómo volver a los hombres inofensivos.

En muchos sentidos, es quien más se parece a la madre. La misma clase de vida, el mismo tipo de hombre, de casa, también dos hijos, responsabilidades, y dolor de espalda, de riñones, piernas pesadas, migraña, faldas largas y un abrigo abrochado hasta el cuello, el pelo marcado con bigudíes y gustos amarillo y marrón en materia de decoración.

Madre e hija se llevan bien.

No se han perdido ningún episodio de *George y Mildred* y son capaces de reírse juntas recordándolos. En resumen, lo contrario de Candice. Y, sin embargo, Candice es la favorita. No es oficial por supuesto, la madre nunca le ha dicho a Alice: Prefiero a tu hermana pequeña; esas cosas no se dicen, ni siquiera se piensan. Es injusto y probablemente la propia madre diría que es injusto. Pero cuando Alice ataca a su hermana, se sube por las paredes, qué forma más torpe de pedir cuentas, porque tampoco puede decir: Es tu preferida; cuando acusa a Candice de ser una vaga, una irresponsable, una titiritera, una desvergonzada, una niña mimada, una rebelde, una malcriada y una consentida, la madre siempre se pone de su parte. Defiende a Candice como en la parábola del hijo pródigo, esa historia estúpida e hipócrita en la que el padre dice amar a sus dos hijos, pero donde se ve perfectamente que

prefiere al que regresa a casa, pues mata el novillo cebado para él, prefiere al que se ha ido, al derrochador, al vividor, y lo prefiere precisamente porque se ha ido. Lo que demuestra lo mucho que Dios nos ama, dice el pastor, aun habiéndonos descarriado y alejado de Él.

Porque amar es pedir el regreso de alguien.

Amar es injusto.

Cuando Candice se va, la madre desliza unos cuantos billetes en su bolsillo al abrazarla, y sus ojos parecen decir: Sé libre, Candice, sé libre y ven a verme de vez en cuando.

«Revolution Rock»

THE CLASH

También corren por los pasillos de los palacios.

No tiene nada que ver con un complot. Las cosas son demasiado caóticas para que alguien las controle en la sombra. Nadie es lo bastante taimado para eso, salvo quizá el diablo.

Pero también corren por los pasillos de los palacios.

Todo el mundo está nervioso, porque la huelga de la Ford, que nadie quería, ni siquiera los sindicatos, es el salto al vacío que se esperaba en este momento. El catalizador, dicen las personas que saben y creen controlar las cosas.

Se redactan notas de síntesis, memorandos y conclusiones. Se trazan estrategias. Es como si el poder, ese viejo ídolo, se escapase regularmente para que lo atrapemos, y se divirtiese viéndonos correr tras él. Y en cada ocasión, los que creen haberlo visto se precipitan. Están dispuestos a dejar en la cuneta a sus antiguos compañeros, como viejos caballos fatigados, si tienen la sensación de que los están retrasando o estorbando. La primera carrera de palacio tiene lugar en el interior de cada campo.

Los liberales ya han abandonado la nave laborista. Los sindicatos, por su parte, están nadando entre dos aguas. Nos caéis bien, muchachos, pero esto es una mierda. Si no os criticamos, vamos a parecer unos gilipollas.

El poder empieza a exigir sacrificios, dicen. Démosle lo que reclama y nos dejará en paz. Nos permitirá gobernar.

En Blackpool, en el congreso del Partido Laborista, unos cuantos hacen una guerra sin cuartel contra el gobierno, paradójicamente del mismo bando. Les parece de lo más astuto. Dicen: Dejemos a Callaghan, ese viejo percherón, y demostremos que es el Partido el que lleva las riendas. Malo será que no encontremos en nuestras filas un primer ministro aceptable para sustituirlo. De este modo, las cosas parecerán cambiar, pero seguiremos controlándolas. Se

votan las mociones. Dicen: Mirad, hemos escuchado el mensaje de los sindicatos, de la calle, de la gente. Creen que este es el precio que hay que pagar para seguir en la carrera, pero es como pegarse un tiro en el pie.

Nadie es tan taimado. Salvo el diablo, quizá.

Ello no impide que todos echen a correr.

Los muchachos de la Ford se emplean a fondo, son los amos del cotarro en las manifestaciones que organizan regularmente. Cuando carga la policía, salen pitando dispersándose por jardines y callejones, cruzan las casas con la complicidad de sus habitantes y, cuando los atrapan, pelean para no ser los únicos que escupen unos cuantos dientes. Sin duda, los muchachos de la Ford son duros de roer. Duros y fuertes.

Grabaron un disco, cuyas ventas sostienen a los piquetes de la huelga, *The Ford Strike Song*, por OHC and the Gappers, con la melodía de «I Feel Like I'm Fixing to Die», de Country Joe & The Fish. «Que os den, a vosotros y a vuestro 5 %, porque eso no pagará mi alquiler.»

La Ford pagará. La Ford conoce la canción.

Qué irónico que los vientos revolucionarios en el Reino Unido vengan de una firma americana. Y no, no son comunistas.

En los bancos de la Cámara de los Comunes, frente al gabinete de los ministros, se sienta el «gabinete en la sombra» —como lo llaman los ingleses—, dirigido por una mujer, la líder del Partido Conservador. No parece impresionada por esta asamblea de hombres, pero no habla demasiado, todavía. De momento, se limita a quejarse, a echar leña al fuego.

Dice: *¡Qué disparate, cada invierno de Dios Nuestro Señor hay estas batallas campales en las que los poderosos sindicatos infligen tanto daño a las industrias de las que depende el nivel de vida de sus miembros!*

Y se carcajean. Ver cómo los laboristas se clavan puñales por la espalda siempre hace sonreír a los *tories*. Saben que soplan vientos de cambio, que podría pasar cualquier cosa. Un poco más y son capaces de bendecir las huelgas.

El caos se produce cuando todo se vuelve posible.

Nadie es tan taimado como para maquinarse algo así, salvo el diablo quizá.

«The Great Rock'n'Roll Swindle»

SEX PISTOLS

Su rostro sale en la portada de todos los periódicos sensacionalistas. Pelo negro despeinado y labios delgados con las comisuras agrietadas, rojece, postillas y granos típicos del abuso de anfetaminas, profundas ojeras, los ojos medio cerrados tras las gafas de sol, acuosos y huraños, la mirada transparente. Parecía extraviado, lejos de la vida y lejos de los demás. Perdido. Embarrancado después de la tormenta. Es lo que hace la heroína. Olas de fiebre sumergen el cerebro como una isla y te dejan varado al borde de ti mismo, náufrago en un océano insondable de sensaciones difusas, como el recuerdo de un sueño perdido en las brumas del despertar, el recuerdo siempre amargo de la felicidad. Es lo que dicen después.

Ese rostro podría haber sido el de la revuelta, el de la juventud, la anarquía, la música, podría haber sido el de una generación decidida —como anunciaba un cartel de King's Road— a ser demasiado rápida para vivir y demasiado joven para morir, pero será, a fin de cuentas, el de la dependencia estúpida y sórdida, el del lodazal, el de la predestinación social y los finales de reinado patéticos.

Aquella mañana, en Nueva York, Sid Vicious, el bajista de los Sex Pistols, fue hallado inconsciente en la habitación de su hotel, bañado en la sangre de su novia Nancy Spungen, a quien supuestamente habría asesinado abriéndole las entrañas con un cuchillo. Eso es lo que dicen los periódicos vespertinos en Londres, y al día siguiente es noticia de portada en todos los tabloides. Fue arrestado y enviado a la cárcel de la isla de Rikers y luego liberado bajo fianza, pero con la prohibición de salir de la ciudad. El caso es más complicado de lo que parece. Al cabo de unas semanas, la investigación reveló que durante la noche hubo muchas idas y venidas, llamadas telefónicas, y la visita de conocidos traficantes. Sid había contraído enormes deudas, y en esa época Nueva York era una ciudad entregada a las bandas organizadas.

Podrían haber asesinado a su novia para darle un aviso. Poco a poco la prensa y la gente deja de interesarse en el asunto. Él no recuerda nada.

Se duerme durante las entrevistas.

Dice que también quiere morir.

Es patético, finalmente este tipo solo era un imbécil. Todos los tipos que se encoñan de una tía son tontos del culo, opina Candice, y las chicas de la compañía están de acuerdo en general. En general, porque Cindy, por lo menos, se había rapado la mitad de la cabeza en abril, después de un festival punk en Victoria Park, y Charlotte seguía encontrando a Sid encantador, a pesar de lo sucedido.

A Candice le cae bien Charlotte. Físicamente le recuerda a su hermana, pero una hermana que hubiese salido bien, que se hubiese permitido seguir siendo ingenua y optimista. A Candice le encantan las chicas del grupo de teatro por la forma en que ríen cuando están juntas. Le trae recuerdos de cuando era pequeña.

—Yo no era la única que lo encontraba encantador, estás exagerando.

—Los Pistols eran geniales. Él era un yonqui.

En cuestión de música, las chicas nunca están de acuerdo.

En cuestión de chicos tampoco.

—No todas podemos ligar con un hijo de papá, Cindy.

El último ligue de Cindy no era ni un Teddy Boy ni un hippie ni un punk. Ni siquiera un roquero. Era un chico que había conocido en una fiesta, muy educado, bastante seguro de sí mismo, de los que te llevan a bailar a la discoteca. Ni siquiera tiene por qué gustarles la música. Era alto, hombros de deportista, mentón de hombre de negocios y cabello abundante como todos los burgueses. Un desafío para ella, que no debía de ser su tipo, aunque tampoco es tan difícil hacer lo que quieres de un pazguato, según ella.

Basta con saber lo que quieres, como ella dice, y Cindy es de la clase de personas que saben lo que quieren.

Había sido dos semanas antes, la fiesta estaba organizada por una amiga que cumplía veinticinco años y Cindy acudió dispuesta a divertirse. Se había puesto la falda más corta y los tacones más altos que encontró. La fiesta se celebraba en un pub donde se baila los viernes y sábados por la noche, en el sótano. Hacía un calor de mil demonios. Todo el mundo coqueteaba educadamente y, como el guardarropa costaba cincuenta peniques, Cindy no era la única en ir poco vestida. Cuando bailaron juntos, ella no hizo remilgos y le dejó que la apretase —es lo que les cuenta a las chicas—, y cuando se

sentaron en los taburetes de la barra al fondo de la pista, se giró hacia él de repente para besarlo durante un largo rato, aunque sus piernas entrechocasen, y él le acabó poniendo la mano sobre el muslo. Sus gestos se volvieron un poco más nerviosos, torpes, y cuando la otra mano se deslizó bajo su camiseta, cuando comenzó a ascender con paso de felino por cada centímetro de su piel, como si la lentitud de su progresión fuese a permitirle llegar, en un puñado de segundos eternos, a saltar repentinamente sobre uno de sus senos por sorpresa —¡ja!, como si pudiesen abrazarla por sorpresa—, os lo juro, cuando abrió unos ojos como platos mientras continuaba besándola con avidez, porque ella se dejó hacer, él no se lo esperaba, se dejó hacer a propósito, en los cuatro tiempos de un rock ensordecedor y el gusto agridulce de la cerveza en su boca, él, que se encontraba con una chica que tenía sangre en las venas y no lo congelaba con la mirada —lo dijo con un guiño y una sonrisa de oreja a oreja—, él, en ese momento como una marioneta, una mano crispada sobre los músculos tensos de su muslo y la otra casi paralizada plantada en su pecho, abriendo los ojos como el ahogado acaba por abrir la boca, se encontró con su mirada.

—Y en ese momento fue mío.

Cindy tiene los ojos risueños y la mirada radiante de una chica que espera de la vida solo buenas sorpresas, ojos pícaros de un azul profundo, levemente turbado, como un lago, y él se ahogó en ellos; a las chicas no les cuesta nada imaginarlo.

No es tan difícil hacer lo que quieres de un pánfilo, dice, basta con proponérselo. No se trata solamente de dejarse, no es tan simple. Tampoco se trata de fingir que estás enamorada, eso solo sirve para las niñas. No, tienes que hacerlo queriendo, no fingir que lo haces. En el momento que has elegido, con el tío que quieres, se trata de ofrecerse y de dejarle creer que él te posee.

—El problema más bien es saber lo que quieres hacer después. Hace dos semanas que trato de deshacerme de él.

Las chicas se ríen a carcajadas.

Las chicas hablan mucho de chicos.

—*No future!* —exclama Cindy—. Si todo va mal, habrá que divertirse.

Nancy siempre acaba tomando las riendas de la conversación.

—Es como entre nosotras las actrices. ¿Qué representamos? ¿Sentimientos? ¿Cómo hacemos para que el espectador lo crea? ¿Qué pasa cuando lloras en escena?

—Lloras de mentira, pero haces como si fuese verdad.

—*Okay, Candice, como si.* ¿Entonces el teatro es eso, es como si fuese verdad? ¿Actúas como si fueses Ricardo?

—Bueno, eso es lo que hace un actor, ¿no? Eres al mismo tiempo tú y el personaje. Se supone que eso es lo que debemos hacer, ¿no?

—*Al mismo tiempo* es mejor que *como si*. Hay engaño en el *como si*. La actriz finge. La actriz es embustera. Es el diablo. Es una puta. *Al mismo tiempo* es mejor. Entonces, ¿cuándo lloras en escena? ¿Qué significa, en escena, llorar *al mismo tiempo* de verdad y de mentira?

Cindy interviene:

—No lloras de verdad o de mentira, no es tan simple. De hecho, lloras con lágrimas auténticas.

—Tienes razón y, sin embargo, tú no eres Lady Ana. Tú no has perdido de verdad a tu marido, asesinado por Ricardo. Pero tienes razón, lloras lágrimas auténticas. Eres al mismo tiempo la actriz, llorando de mentira con lágrimas auténticas, y Lady Ana, la viuda, llorando de verdad con lágrimas de teatro.

—*Okay*, entonces ¿cuál es la diferencia? Con la vida real, quiero decir. ¿Lloras de verdad?

—La diferencia con la vida real es que, en el escenario, lloras a propósito. No finges. Lo haces a propósito. Actuar es eso.

—Entonces es como en la vida.

Funcionaba en ambos sentidos.

Candice vivía, por fin, en el escenario. Y en la vida, representaba. No sabía hacerlo de otra forma. Aunque a veces fuese agotador. En el escenario al menos había un texto, había papeles, personajes.

«Working Class Hero»

MARIANNE FAITHFULL

Desde enero, los Sex Pistols ya no existen. Candice escucha a los Ramones, pero no es lo mismo, los encuentra anodinos políticamente. Los Clash son revolucionarios, pero su música deriva a lo comercial. Los New York Dolls tienen clase, pero son unos bestias. Demasiado yonquis para hacer música en serio. Adam and The Ants poseen la locura de los comienzos, su voz derrapa en los agudos, pero carecen de la potencia de los Pistols. En sus canciones hablan de atascos y colegialas sucias de calcetines blancos. Y luego están los Damned, los Buzzcocks. Ahora mismo, en Inglaterra, el punk triunfa en Manchester y en el norte. Siouxsie Sioux también ha montado un grupo, y llegan otros nuevos, como Joy Division, que le recomendó escuchar una compañera de las clases de teatro. Están moviéndose hacia otra cosa. No es menos salvaje, pero es más oscura.

Sube el sonido en su minúsculo apartamento, abre una cerveza haciendo palanca con una mano en el borde de la mesa y dando un golpe seco en la chapa con la otra. Por la ventana abierta, las trepidaciones del metro aéreo le llegan como una onda sísmica que hace temblar su caja torácica desde dentro, y Candice sorprende su reflejo —o tal vez es el reflejo lo que la sorprende a ella— en el espejo colgado sobre el fregadero. Dudó en afeitarse parte del cabello en las sienas, como Cindy, pero al final no lo hizo, de modo que el espejo le devuelve una melena muy espesa y rizada, entre el rojo y el rubio, que se ve obligada a recoger la mayor parte del tiempo, sobre todo para andar en bicicleta. Cuando tiene que referirse a su pelo prefiere decir «ámbar». Ámbar es el color de una cerveza. Candice está esperando que algo suceda. Sabe que va a ocurrir pronto. Igual que Ricardo III al comienzo de la obra, está en guardia. Dispuesta.

Vive en el lado bueno de Caledonian Road, en dirección a Camden, pero su edificio a veces da la impresión de querer derrumbarse. Forma parte de un

conjunto declarado en vías de rehabilitación veinte veces en los últimos años. Una buena parte de la ciudad merecería ser demolida, y eso es lo que sucederá antes o después. El problema es la cantidad de gente que vive en estos vetustos bloques victorianos. Más arriba, en Islington, jamaicanos y prostitutas blancas, y desde hace poco pakistaníes, se hacían en cuchitriles de ladrillo adosados unos a otros, que se elevan en filas sucesivas en suave pendiente, como olas. Allí no hay alumbrado público por la noche y, más arriba de Caledonian, no muy lejos de la prisión de Pentonville, hacia Upper Street, no hay suficientes letreros de bares ni de tiendas para encontrarse en esos lugares, ni circulan suficientes coches, a pesar del ancho de la avenida, solo lóbregos edificios, con sus ventanas tapiadas, y las bocas oscuras de las avenidas que se hunden entre dos hileras de inmuebles hacia los callejones sin salida, donde se intercambian, en arroyos de agua putrefacta, los cuerpos perdidos y las almas malditas de este mundo.

Un poco más lejos todavía, donde ella creció, sus padres no tardarán en ser desahuciados. Ya ha estado a punto de ocurrir, pero todo el vecindario se resistió. Les propondrán realojarlos en viviendas sociales, como las llaman, construidas a toda prisa, pero más lejos todavía, más al norte, al borde de una línea de ferrocarril. Según ellos, edificios mejor construidos, más limpios y sin los problemas de agua y electricidad que tenían en su casa. Pero ¿quién quiere vivir al lado de una línea de ferrocarril?

Se apoya en la ventana y bebe la cerveza a morro, a pequeños tragos, hundiendo su mirada en la noche del norte de Londres y sus sirenas. Viste una camiseta sin mangas. Tiene la carne de gallina. Se estremece, sin saber si es debido al viento ya frío del invierno que se anuncia o a las tremendas vibraciones de los vagones que pasan y la sacuden interiormente. Oye su taza vibrando sobre la mesa de madera. Un día, se cayó de la mesa. Un día, el edificio se vendrá abajo, piensa estremeciéndose.

Los vecinos aporrear la pared pero que les den. Sube el sonido. La música es su silencio.

Es una de las pocas cosas que puede permitirse, junto con su bici y las cuatro prendas que ella misma se arregla: la música y las estrellas que la música fabrica. Gentes como ella, que la entienden y hablan de los problemas cotidianos, del precio del alquiler y de la soledad. Gentes a las que les gusta el desorden, el barullo, las camisetas deshilachadas. Gentes sencillas a las que la música ha hecho inmensas y arrogantes y a las que los burgueses se ven obligados a escuchar pese a todo. Gentes que te dan derecho a decolorarte el

pelo o a teñirlo, o a vestirte como te da la gana, que te dan derecho a expresarte sin miedo a molestar o a decir tonterías, sin tener que vigilar la mirada de los demás en la cola de la panadería porque te has puesto una minifalda y los tíos se te comen con los ojos, en fin, las estrellas son gentes que te autorizan, dice Candice —así es como ella lo entiende—, te permiten tener estados de ánimo y grandes sentimientos, tú también, una personalidad propia, un estilo, te liberan, proclaman alto y fuerte que es normal tener sueños, sin acabar decepcionada y desesperada, que eso no está reservado para una élite. Las estrellas del pop son la revancha de los liliputienses.

No solo las princesas tienen derecho a ser estúpidas, dice Candice. Lo dice con delicadeza, dentro de un par de años adorará a Lady Di.

Fuera empieza a llover.

«New Dawn Fades»

JOY DIVISION

Se veía en la televisión, en los informativos de la BBC, se oían las noticias sobre los movimientos de la huelga en la radio. Algo iba mal. Algo olía a chamusquina. Las huelgas se habían agravado rápidamente, o desarrollando brillantemente, según el punto de vista en el que cada uno se colocase. Pero el país estaba enfermo.

Era público y notorio, todos sabían que el país declinaba. No hacía falta tener una carrera para ver que Inglaterra había ido perdiendo velocidad desde el final de la guerra, abandonando los retazos del Imperio, uno tras otro, en Asia, en Oriente Medio, en África, en este orden y sin el menor remordimiento, dejando atrás la mayoría de las veces un caos aún mayor que la miseria o la esclavitud: la guerra. Se había llegado al extremo de ofrecer la emancipación a Escocia, incluso a Gales, proponiendo votar la devolución de poderes a sus respectivos parlamentos.

En el interior, tres cuartos de lo mismo. La gasolina o el pan habían duplicado su precio desde el comienzo de la década. En Londres era imposible alquilar nada que no fuesen cuchitriles. La propia asistencia social proponía realojar a la gente en una especie de casas okupas legales, en edificios abandonados como los hospitales, por ejemplo. En los periódicos no faltaban historias como la de un niño de doce años hallado muerto, asfixiado por un ataque de pánico que había derivado en asma, porque dormía en un cajón de la antigua morgue de Saint Joseph. Nadie lo había oído gritar en su caja de metal.

Por no hablar de las sobredosis y la delincuencia, que aumentaba vertiginosamente. Los jóvenes eran duros, violentos, salvajes, ya no los entendíamos. Los chicos ya no querían trabajar en la fábrica: habían estudiado. Y, de todas formas, no habrían sido contratados: las fábricas comenzaban a cerrar. Sin pedidos no hay crecimiento, se leía en los periódicos. Por

consiguiente, el paro se disparaba. La vida en Inglaterra parecía empeorar día a día.

Se hablaba de relajación de las costumbres. Un diputado conservador, Keith Joseph, había propuesto literalmente controlar los nacimientos de los pobres. Decía sobre las madres solteras: «Traen al mundo hijos con problemas, futuras madres adolescentes, delincuentes que abarrotan nuestros reformatorios, nuestras escuelas subclasificadas, nuestras cárceles, nuestros centros de acogida para los sintecho. Esas madres, que casi siempre tienen menos de veinte años, son hijas a su vez de madres solteras, de cuarta o quinta clase, y producen en la actualidad un tercio de los nacimientos». El miedo. He aquí una prueba de la debilidad de Inglaterra. Si uno tiene miedo de sus propios pobres, de sus propios hijos, es porque uno mismo está muy debilitado, porque se siente muy vulnerable, como una anciana temblorosa, encorvada sobre su bastón en el bordillo de la acera, en el momento de la salida del colegio como si estuviese en medio de un huracán. Inglaterra es una viejecita que ya no tiene fuerza para nada. Inglaterra está en declive.

La dirigente del Partido Conservador se une a la partida, dispuesta a pescar en río revuelto. Adopta un estilo incisivo, un discurso positivo. Quiere devolverle a Inglaterra su grandeza. El marasmo en el que se hunde el país es desolador. Ella lo dice así: *I want Britain to be great again*. «Quiero que Gran Bretaña vuelva a ser grande.»

La gente lo ve en la televisión, en los informativos de la BBC, oye las noticias del país en la radio. Escuchan atónitos, como si estuviesen lejos, en el calor del pub de la esquina, preguntándose si están hablando del reino. El Reino Unido rescatado *in extremis* por el FMI, como cualquier país del tercer mundo, con un préstamo y un plan de recuperación, una hoja de ruta. ¡Dios mío!, ¿es posible que estén hablando de Inglaterra? El paro, la pobreza, la delincuencia, la deuda endémica, la inflación galopante, la industria en caída libre, las huelgas. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?, ¿cómo nos hemos convertido en un país tan pequeño después de haber sido un inmenso imperio?

La cosa acabó explotando en 1979, por azar o bien por la magia de las cifras, el cambio de década, el miedo al fin.

A finales de 1978 los sindicatos están en la calle. Miramos a la calle. Miramos al gobierno. Una primera moción de censura fracasó por doce votos a principios de noviembre. Miramos a los sindicatos. Es un partido de tenis. La Ford finalmente acordó, el 22 de noviembre, un aumento del 17 %. Extraño juego en el que la empresa juega un partido de dobles con los sindicatos. El

gobierno está solo en la pista, y es incapaz de cubrir los pasillos. Miramos al gobierno. Callaghan anuncia sanciones contra la Ford. Amenaza. Si la gente infringe la ley del 5 %, tendrán que vérselas con él. Histrionismo. Giramos la cabeza otra vez. El 13 de diciembre, lance imprevisto en el Parlamento: una moción enmienda la ley del 5 % e impide que el gobierno imponga sanciones a las empresas que infringían la ley. En otras palabras, que la ley es papel mojado. Al día siguiente, el primer ministro, desautorizado, supera otra moción de censura, rechazada por diez votos. Salvan los muebles, pero pierden su autoridad. ¿De qué sirve una política si no dispones de medios para aplicarla? Miramos a la calle. Los camioneros van a la huelga. Reclaman hasta un 40 % de aumento salarial. Sobre todo, los de la BP.

Hace frío.

Nadie tiene ganas de encender el último fósforo de Navidad, pero la sensación es que se ha llegado a ese punto. Es la entrada en el invierno del descontento.

«Private Hell»

THE JAM

Candice afirma que ama la soledad. Dice que cuando piensa en su madre prefiere estar sola. En realidad, es cuando piensa en su padre. Dice que le gusta caminar sola por la calle, que le gusta volver sola a casa y encontrar las cosas donde las dejó. Dice que le gusta disponer del tiempo a su aire, acostarse cuando le da la gana, levantarse por la noche si se le antoja, no comer nada si no tiene hambre, o mordisquear cuando le apetece la mitad de un sándwich cortado en triángulo, oyendo música; dice que le gusta cantar e incluso bailar como una loca a solas, en medio de la habitación, y pasearse por la casa en ropa interior de la mañana a la noche, sin preocuparse de si alguien la está mirando y contando los pequeños michelines que se le forman en el estómago cuando se sienta. Sí, dice eso, que le gusta estar sola. Se mire por donde se mire, la pareja es una sumisión, un compromiso. Candice solo tiene veinte años, luego la pareja, para ella, mejor dicho, la experiencia que tiene de ella, es sobre todo la de sus padres, pero la ha convertido en una teoría, una religión. A los veinte años, no se tiene suficiente experiencia, así que se tienen certezas.

Su madre no se fue, jamás abandonó a su marido, su brutalidad, su fuerza, ni su estupidez tampoco; sus amigos, tres noches a la semana en el bar, como si fuera un miembro de un club de borrachos empedernidos; su ira; su violencia. En el fondo, tuvo miedo. Miedo a saber si saldría adelante sola, miedo a atreverse, miedo a decir no, miedo de él, pero quizá, y sobre todo, miedo de la vida. Miedo a perder el control.

Eso no le pasará a ella en absoluto. Candice tiene que ser libre.

Vengo de un barrio y de una infancia donde la gente no vale lo bastante como para permitirse que la pongan de rebajas a una, dice.

Hace lo que le da la gana, como dar un paseo en bici en plena noche. Asegura que le gusta hacer ejercicio y, más que hacer ejercicio, la sensación

de deslizarse que proporciona la bicicleta, cuando acelera después de un viraje, por ejemplo, apoyándose en los pedales, sintiendo toda la potencia transmitida al cuadro que trepida, que parece retorcerse y la propulsa, con los hombros y la cabeza casi en el manillar, lanzándola hacia la carretera, como si estuviese corriendo muy rápido con botas de siete leguas por las cuestas de su infancia, cuando a fuerza de velocidad la carrera no era más que una caída alcanzada por saltos cada vez más acrobáticos, una huida desesperada, un sueño de vuelo.

Le gusta su vida. Es lo que dice.

Lo que no dice Candice es que es incapaz de regresar a casa sin poner música, porque el silencio de su soledad la asusta. A veces, deja la radio encendida cuando sale por la mañana.

En verano, cuando aún es de día, es incapaz de volver a casa directamente del trabajo, y a menudo se obliga a salir para no estar sola a una hora en la que no sabría qué hacer.

En casa, es incapaz de servirse la cerveza en un vaso, porque entonces habría que brindar y no hay nadie para hacerlo.

Es incapaz de marcharse de una fiesta sola, antes de los últimos, antes de perder del todo la esperanza de que pase algo, cualquier cosa, qué más da, una discusión, una sonrisa, una mirada. Algo que llevarse consigo.

También es incapaz de dejar que se vayan los demás y así, antes de separarse, en el momento de cruzar la acera, se saca de la manga un último comentario, una última anécdota, dispuesta a hablar del tiempo, si es necesario. Nunca dice: Tengo que irme. Nunca tiene algo mejor que hacer en casa.

Es incapaz de renunciar a una copa. O a otro baile. O a una sonrisa.

Es incapaz de cruzarse con un chico, hablar con él, rozar su piel, sin imaginar que él la acaricia, que le hace el amor.

En el cine, es incapaz de asistir a una escena de sexo previsible sin sonreír. Y a una declaración de amor sin que sus ojos se llenen de lágrimas.

Lo que no dice Candice es que a veces su reflejo imprevisto la asusta como una presencia inesperada.

Lo que no dice es que algunas mañanas, bajo las sábanas cálidas del despertar, cuando su mano en la pierna se encuentra con su propia piel sedosa, se paraliza y se congela.

Lo que no dice es que, al cabo de dos días en casa, aunque esté enferma, tiene que salir, adonde sea. Al bar de abajo. A dar una vuelta en metro. O

sentarse en los peldaños, delante de la puerta del edificio, y ver pasar a la gente tosiendo envuelta en su bufanda.

Lo que no dice es que el teatro es únicamente para eso. Para ser amada. Los actores que os digan lo contrario mienten. Amar es otro cantar, no es fácil. Tampoco ser amada.

Como si la gente pudiera amar la soledad.

«Smash It Up»

THE DAMNED

«Comprendo que Ricardo dé miedo e intimide a los demás personajes, porque al fin y al cabo es una guerra de sucesión y él está bien colocado, desde el principio, para eliminar uno por uno a los pretendientes legítimos. Es como alguien que hiciese campaña no para ser primer ministro, sino para ser líder del partido intrigando, y luego eliminase al primer ministro para ocupar su lugar sin que nadie lo haya visto venir. Anuncia sus planes desde el primer soliloquio. Es jorobado, contrahecho, Ricardo es un monstruo. Fue apartado del poder por sus hermanos, no está en el escalafón, en la lista de pretendientes a una sucesión legítima. En consecuencia, se muestra amargado, vengativo, violento, decidido a conquistar el trono a traición y por la fuerza. Habiendo crecido en tiempos de guerra y sin amor, ama la sangre, la sangre lo vengá. Si no puedo ser el amante capaz de entretener estos bellos días de galantería, juro ser su sepulturero. Es el diablo. El ángel caído. Un desposeído. Es despiadado, vengativo, brutal y violento, así se muestra en el primer soliloquio, ladra como un perro, pero eso puedo entenderlo.

»Acaba de darse cuenta de que solo le dejarán las migajas. Ha hecho la guerra por ellos, la ha ganado, y todo el mundo lo desprecia. Están todos allí, tuteándose, llamándose por su nombre, Clarence, Eduardo, Isabel, pavoneándose de sus títulos con aires de grandeza, están bien peinados y ataviados con hermosas vestiduras. Son bien educados, no querrían extralimitarse. Los aristócratas son siempre así. En la Cámara de los Lores, con sus pelucas como perritos falderos, siempre se llaman por su nombre, sir Laurence, sir Jim. Él, Ricardo, no tiene derecho a todo ese teatrillo. Cada vez que llega a algún corrillo, se callan, se dan la vuelta, se preguntan qué está haciendo allí, no lo habían invitado, desentona. Como cuando aterrizas en esos salones de té finolis que hay en el parque, llenos de viejas estreñidas, y te entran ganas de orinar. El mayordomo, o lo que sea —calza guantes blancos—

se acerca y, sin mirarte a los ojos siquiera, con la puta mirada en el vacío al nivel de tu barbilla, así, un poco en alto, con un acento tan esnob y atiplado que parece un flautín, te dice que lo siente muchísimo, que por desgracia no queda sitio. Me han pasado mil veces cosas así. La vergüenza. Miras en la sala y ves que hay mesas vacías. Al mismo tiempo ves que no te pareces en absoluto a toda esa gente sentada que alza su taza con el dedo meñique estirado. De todos modos, aquí no podrías pagarte ni medio pastel. Algunas personas empiezan a levantar la cabeza, a observarte. Estás completamente fuera de lugar, lo sabes. Ni siquiera puedes odiar al mayordomo de la entrada con su chaleco y sus ridículos guantes, está disfrazado, es patético. Entonces te das media vuelta antes de que la cosa se vuelva embarazosa, sin saber muy bien por qué. La vergüenza. Lo peor es cuando eres pequeña y eso le ocurre a tu madre. Le faltan algunos peniques en el ultramarinos y tiene que dejar las cosas porque no le fian, pese a que compra allí todos los días. La vergüenza es aún peor cuando se trata de los demás. La tuya puedes transformarla en rabia.

»Sea como fuere, a Ricardo le ocurre algo parecido. Así es como lo veo yo al principio. Se encuentra en medio de todos esos blandabrevas con peluca que se creen triunfadores y se reconocen entre ellos, que se tratan de *mi querido duque*, *mi querido conde*, y que se llaman por su nombre, mientras se dirigen a él por su apellido, Gloucester, que es un nombre de queso. Tendrá que ser rey para que lo llamen Ricardo.

»*Si el corazón del hombre no puede amar, que sangre entonces*, se dice a sí mismo. Se las hará pasar moradas, casi es divertido.

»Bueno, no es Robin Hood, Ricardo es un bastardo. ¡Toda esa venganza! Es violenta, cruel, hay muertos por nada y luego solo le sirve a él. Lo convierte en un enfermo. Loco de poder. Pero, en fin, es culpa suya.

»El rey Eduardo IV, el hermano mayor, se está muriendo. Temeroso de las conspiraciones, apenas sale de su alcoba. Está completamente paranoico. Basta con hacerle creer que su hermano Clarence quiere sucederlo para que lo encierre en la Torre de Londres. Ricardo lo manda asesinar en secreto. Uno menos. Bastará con insinuar que la orden viene de Isabel, la esposa de Eduardo, y de su camarilla ennoblecida para que se unan a su causa otras rancias familias, en primer lugar, ese Buckingham sin tierras a quien promete los bienes del difunto rey y el condado de Hereford.

»Al principio las cosas van muy bien para Ricardo. Se muestra calculador, inteligente. El diablo hace sus planes. Todo es tan previsible con los hombres.

»¿Ricardo es fuerte, o es la debilidad de los demás la que lo hace fuerte?

»Todos a su alrededor quieren conservar su rango. Eduardo, en su desvarío, el trono. Clarence cree que él es el sucesor legítimo. Isabel intrigaría de buena gana en favor de sus hijos, ya lo ha hecho casando a sus primos plebeyos en la corte. Tiene miedo de acabar como la bruja de Margaret, la viuda del anterior rey Enrique, que ya no es nadie. Buckingham ya se ve de gran señor. A Hastings le gustaría seguir siendo chambelán. El alcalde de Londres quiere evitar el desorden. El obispo de Canterbury solo pretende guardar las apariencias. Una pandilla de afeminados, eso es todo.»

Candice escribe por la tarde en su agenda sin citas, a veces por la noche, cuando no duerme. Nancy anima a las chicas a llevar también una especie de diario donde tomar notas.

«Disorder»

JOY DIVISION

Siempre hay una mezcla ambigua de miedo y alegría ante el espectáculo del caos. Primero, el miedo. No hay alegría si antes no hay miedo. La radio y la televisión montan el suflé, no se habla de otra cosa. Es fácil pensar que ya no se está seguro del todo, que habrá que pagar los platos rotos de todo ese follón en la calle —son las palabras que se usan—, de toda esa agitación. Los camioneros bloquean las principales autopistas del país. Han cerrado el acceso al puerto de Felixstowe, y el de Liverpool está a su vez en huelga, lo que provocará, según dicen, retrasos en las entregas, tal vez desabastecimiento. La gente ha hecho provisión de harina y azúcar en las tiendas del barrio. Los camiones cisterna que abastecen las gasolineras ya no surten. Como falte la gasolina, mucha gente se quedará atrapada en casa. Los viajantes de comercio, por supuesto, pero no solo ellos. La gente que vive en el campo, o los que viven lejos de su trabajo para pagar menos que en el centro de la ciudad —de nuevo los más desfavorecidos—, en zonas donde el automóvil es el único medio de salir de allí. En la BBC entrevistan a una anciana a quien el periodista sugiere que debería tener miedo. Sin embargo, la mujer se resiste —Que se vayan a paseo —¿Los huelguistas? —No, los políticos. El desorden que hay en el país es culpa de todos ellos.

Porque también hay una especie de alegría malsana al ver desmoronarse el castillo de naipes de los hombres. Todas esas reglas aceptadas a pies juntillas, los usos y costumbres, los reglamentos, los cálculos, los «todo va bien» y los «dormid, dormid, buena gente», las palabras altisonantes que impresionan, el poder, la responsabilidad, y sus caras almibaradas, esa altanería impasible de los bien nacidos que aquí llaman flema y de la que hacen gala, todo eso no era más que floreo, palabras al viento, máscaras. Y, sin embargo, es todo lo que tenían. Caen las máscaras y debajo no había nada, el caos, es como si todos estuvieran desnudos en la calle. No les gusta lo que ven, pero siguen

sonriendo.

Tienen las caras enrojecidas debido a que el invierno comienza a barrer las calles con un viento helado que da la vuelta a los paraguas, azota las mejillas, tienen las caras enrojecidas, los ojillos azules inyectados en sangre porque están allí gritando para la televisión. Tienen acentos terribles, pero se nota que ponen cuidado en lo que dicen, y en no cometer errores, y en no soltar tacos, pero tienen acentos increíbles, que en los muchachos de Birmingham o de Manchester se entiende, pero incluso los de Londres, acentos tan marcados que, si no has crecido en esos barrios, hay momentos en que desconectas, no te enteras de lo que dicen. Y como siempre, este lenguaje popular tiene doble sentido.

No queda bien en la tele, los pobres no son telegénicos. Se burlan de su acento, aunque ellos tengan el mismo.

Han tomado los puertos —no es una guerra, pero lo dicen así—, han tomado los puertos con sus barricadas móviles, y pronto tomarán las refinerías. Los camioneros de la BP han entrado en la lucha. Tienen un enorme potencial de daño. La televisión dice *ellos* para oponerlos a *nosotros* que la miramos. Sin duda no podrían permitirse el lujo de poner todas las refinerías en huelga. No son tan poderosos como para eso. Pero son astutos. Han organizado una huelga escalonada que no requiere grandes medios para producir el máximo caos. Tienen cómplices en los barcos. Los petroleros advierten con antelación a la refinería donde van a atracar para descargar, y basta con bloquearla para que el petróleo no llegue. La gasolina tampoco llega. Van a asfixiar a Inglaterra. Han tomado el país como rehén.

Es lo que dicen los periódicos, pero de momento eso todavía hace reír a la gente. El castillo de naipes se desmorona lentamente, veámoslo caer un poco más.

«Car Trouble»

ADAM AND THE ANTS

Tal vez haya unos cuantos embotellamientos más de lo habitual, pero seguramente se deba a la lluvia. De pronto los giros se vuelven peligrosos, así es como un ciclista reconoce el invierno. Las zapatas de los frenos resbalan sobre las llantas. Aprietas las manillas, disminuye la velocidad, te relajas y luego, de repente, escuchas un sonido silbante, un chirrido, la bici vuela, se va, es imposible detenerla. Por eso la mayoría de los mensajeros utilizan bicicletas de velódromo, sin cambio de marcha, sin piñón libre y sin frenos. Los ves cuando se paran y tienen que dar la vuelta en redondo o hacia atrás. El principio es simple: el piñón de la rueda trasera es fijo, está soldado al eje. Si pisas el pedal, gira. Parece que esas bicicletas reaccionan como una prolongación de tu propio cuerpo. Subiendo son como carracas, pero llaneando te empujan a ir más rápido, simplemente porque no puedes dejar de pedalear. Si paras, la bicicleta se para. Es peligrosísimo frenar. Ellos dicen que con lluvia va de maravilla. *Ellos* son los otros mensajeros, los que las han adoptado y forman casi una secta. Se pasan el domingo trasteando en sus máquinas. Montan sus ruedas de carretera y sus pedales soldados en cuadros adaptados de las todoterreno, más altos que los de las bicicletas de carrera, para no rozar en las curvas con los pedales demasiado bajos —porque hay que pedalear incluso en los virajes. Colocan el manillar hacia arriba, como los cuernos de una vaca, para conseguir una posición un poco más erguida con el fin de dominar la circulación. Engrasan la cadena una vez a la semana. Vigilan el desgaste de los neumáticos. En invierno, sea cual sea tu sistema de frenado, los neumáticos derrapan.

A Candice no le gusta andar en bici en invierno. A nadie le gusta.

Hay charcos por todas partes, y la calzada está llena de socavones. Entre las alcantarillas y las rodadas, las zanjas de viejas obras rellenas de alquitrán, pasando por los bordes de las cunetas inundadas, la calle en invierno está

plagada de trampas para un mensajero. Añádase a ello más gente que saca el coche y menos visibilidad.

Pero hay trabajo, y, con el aumento de las huelgas, mucho más que de costumbre.

En City Wheelz hay cuatro recorridos diarios: a las diez, al mediodía, a las dos y a las cuatro de la tarde. Algunos días, en función de la demanda, Ned, el jefe, añade un quinto turno a las seis. Coincide con la salida de las reuniones, la mayor parte de las veces a principios de semana, los lunes y los martes por la tarde. Durante un día normal, Pamela, en la centralita, cubre las hojas de ruta a medida que van entrando las llamadas. Pamela se parece bastante a su nombre —una voz demasiado chillona, casi desagradable, saliendo de un explosivo cuerpo de Venus— y, sin embargo, es a la vez amable y eficaz. Su trabajo requiere una organización ejemplar. Primero debe agrupar las solicitudes de recogida de paquetes por calle y barrio, luego organizar los itinerarios de los mensajeros desde el punto de entrega más alejado y desde allí volver repartiendo a la base. Durante los primeros tiempos de la empresa, se dieron cuenta de que era más rápido en ese sentido que en el inverso, es decir, haciendo la entrega desde el punto más cercano hasta el más lejano, y regresar luego de un tirón a la base. Siguen sin saber por qué, pero es así.

Incluso el metro nos lleva más rápidamente al trabajo de lo que nos trae a casa. Una más que añadir al número de las maldiciones urbanas.

En general, entregamos paquetes simples, cartas certificadas. A veces libros o pequeños objetos valiosos, en fin, todo tipo de cosas, con tal de que quepan en un sobre de papel kraft, tamaño revista. El repartidor firma un recibo y desliza el sobre en su *messenger bag*. Hace firmar su hoja de ruta indicando la hora de salida —esto sirve de comprobante para establecer la facturación— y monta en su bicicleta.

Circulan un montón de leyendas urbanas sobre paquetes extraños o especiales que los mensajeros se han visto obligados a transportar para clientes igualmente extraños. Son una especie de mitos. Las historias, más o menos inverosímiles, siempre tienen un fondo sexual o terrorífico: el mundo de la mensajería en bicicleta es predominantemente un mundo de jóvenes estudiantes o en paro.

Tenemos la historia del mensajero asesinado por error porque llevaba los colores de una pandilla y cruzaba el territorio de otra, en Nueva York.

O esa en la que el tipo fue perseguido por una pantera que se escapó de una finca de San Francisco. A tumba abierta por Russian Hills, sin mirar atrás.

Y luego están, por supuesto, las historias de la vieja multimillonaria en salto de cama de seda rosa. La susodicha podía vivir tanto en Nueva York como en Londres. La única diferencia es que hacía proposiciones más directas en Nueva York y más peculiares en Londres.

Candice es la única chica del equipo, lo cual no le supone ningún problema. Cuando llega al final de la mañana para el turno del mediodía, después de los ensayos, da una patada a la puerta que se estrella contra la pared y mientras todos se dan la vuelta sobresaltados y Ned está a punto de quejarse como de costumbre, lanza un atronador ¡Qué hay, petardas!, luego cruza la sala contoneando el trasero como riéndose de sí misma y posa su casco en la mesa de Pamela, lo que arranca la risa de todos. Es la única chica del equipo, por lo que puede permitírsele todo.

Es ella quien apechuga con las entregas a los particulares. Los demás trabajan los bancos y las empresas. Ella funciona mucho mejor, dice Ned. Y cuando lo dice, la mira; es una torpeza, pero no puede evitarlo. Mira sus piernas, sus cabellos. Es el único allí, sin duda, capaz de hacerse una idea de Candice de otro modo que con pantalones de *jogging* rotos por debajo de la rodilla. Ella es muy consciente. Es el único que puede imaginar que sus muslos no solo sirven para pedalear. Ella lo ve venir. Los otros mensajeros la consideran, por así decirlo, uno de los suyos. No es el caso de Ned. Además, Ned tampoco es uno de ellos. Ha colgado en la pared de su oficina una vieja Raleigh de acero de tres velocidades y un maillot del equipo con el que, al parecer, había corrido Bill Nickson el Tour de Francia dos años antes. Pero todo esto es atrezo y mojiganga: Ned solo vuelve a casa en taxi.

Ned la mira y Candice percibe sus ojos posados en ella, en su cuello, en sus hombros o directamente en sus nalgas, aunque esté de espaldas y no lo vea. Nota que sus ojos se posan en ella, que la acarician sin tocarla, como el viento, como el vuelo de una libélula a ras del agua. Candice lo nota y no se mueve, eso no le molesta. La cosa no funcionaría entre ellos. Ambos lo saben. Ned es su jefe, es un hijo de papá, y Candice viene de Islington Park. Es lo que ella se dice, y él lo mismo. Sin embargo, Candice tiene un no sé qué que Ned no sabe explicar, y no puede evitar mirarla así, tiene algo más, algo diferente. Tal vez porque es actriz, o porque no habla mucho, siempre da la impresión de estar contigo y, al mismo tiempo, en otra parte, de ser siempre algo más de lo que parece.

Candice vibra, se estremece, es como si fuese un poco vaporosa.

Pamela le da el itinerario que le ha preparado para hoy. Poca cosa; no muy

lejos, un despacho de abogados, un banco y dos particulares. Terminará enseguida.

Coge su bolsa y su hoja de ruta sin girarse —¡Chao, petardas!

«Helter Skelter»

SIOUXSIE AND THE BANSHEES

«No estoy segura de que se pueda amar el poder por el poder. ¿Qué quiere decir eso? —anota Candice por la tarde, en la agenda sin citas que le sirve de diario—. El poder no es algo que te planteas cuando estás solo. Siempre se habla del poder cuando se ejerce sobre alguien. Siempre tiene que haber alguien que nos permita ejercer el poder sobre él. Si estás solo, tienes tanto poder como un gorrión sobre el aire.

»Es demasiado fácil hacer de Ricardo un monstruo. Decimos de *Ricardo* que es una tragedia del poder, que está loco, ebrio de poder y asunto concluido. Pero eso es demasiado fácil. Hitler es un loco peligroso —sin duda era un loco peligroso. ¿Y con eso qué? ¿Asunto concluido? ¿Los alemanes no tuvieron nada que ver? Si mañana, en Europa, los partidos de extrema derecha se recuperan, si la gente vuelve a votar por ellos, ¿diremos que no tiene nada que ver?

»Cuando voy a ver a mi madre a Islington Park, siempre hay algo que me hace sentir incómoda, que me molesta, incluso cuando está sola y todo va bien, cuando estamos pasando un momento agradable y tranquilo. Siempre hay un instante —precisamente porque lo estamos pasando bastante bien y no hay nada que perturbe la dulzura del tiempo que pasamos juntas—, un instante en el que me gustaría disculparla por los malos momentos de nuestra infancia en los que él, durante sus arrebatos de cólera, nos pegaba o se iba de casa durante días mientras ella se quedaba llorando en la cocina —tengo la impresión de que nunca dejó su cocina. Y luego me doy cuenta de que no es posible. Nuestra infancia era un todo. Disculparla a ella para acusarlo a él no sirve de nada. Al fin y al cabo, ella se lo permitió. Es más, para soportar todo eso, tuvo que disculparlo muchas veces. ¿Que lo quiere?, no lo dudo, pero eso la convierte en una especie de cómplice, víctima y cómplice a la vez.

»Y eso es lo más extraño del poder. No es Ricardo, sino los demás.

Ricardo es un bruto, se contenta con cogerlo.

»Llévemolo al terreno de lo personal. En las calles de mi infancia, los niños se plantan frente a otros niños, delante de ti y te dicen “Dámelo”, señalando tu juguete, tu cazadora o lo que sea. Bien. Se lo das o te peleas. Y normalmente, funciona. Bajas la cabeza, sabes que tus padres te echarán la bronca si vuelves a casa sin el juguete o la cazadora, pero se la das. Puedes fingir que es racional. Puedes decirte que más vale dejarlo ir cuando solo es una baratija y resistir cuando se trate de algo valioso, pero el límite es difícil de precisar. Si lo que quiere es un beso, luego tocarte los pechos por encima del jersey, después verte las bragas, y luego tocar tus senos bajo el jersey y después bajarte las bragas... Resumiendo, que al final te viola entre los muros ciegos de un callejón sin salida. ¿Dónde estaba el límite?

»Es casi imperceptible. Te estás acostando con un tío y poco a poco sus gestos, guiados por la excitación, se vuelven más firmes, más fuertes, vale, es la excitación, aprietas un poco los dientes porque no esperabas que fuese tan salvaje, pero vale, y poco a poco su fuerza se vuelve brutal, te hace daño con las manos cuando te aprieta, te estruja o te golpea las nalgas, los pechos, los muslos, y eso ya no es exactamente una caricia, te da unas bofetadas, te hace daño, y su brutalidad se convierte en violencia, se le sube la sangre a la cabeza, y eso es lo que lo excita, te folla como si no fueseis una pareja haciendo el amor, no, es él, es él quien te hace daño ahora con aplicación, retorciéndote las muñecas o tirándote del pelo, te penetra analmente y empuja y empuja tratando de transformar su verga en garrote, de hecho, le gustaría hacerte daño solo con su polla, ese es el quid de la cuestión, esa sería la prueba definitiva de su virilidad, de su poder absoluto sobre ti. Y bien sabe dios que eso hace daño. Tú creías estúpidamente que ibas a hacer el amor con tu novio. En realidad, te ha violado, en tu habitación, como en un callejón sin salida.

»Es inconfesable, es demasiado sutil. Es como si hubiera pasado sin nosotros.

»El poder aprovecha todos los momentos en que nos ausentamos. No se trata de cobardía, no es tan simple. Es un arreglo. Nos ausentamos de los momentos desagradables, tratamos de aprovechar a tope los otros. Creemos que controlamos el asunto, como un truco de magia infantil. En el fondo, creemos que también obtenemos una forma de poder. Cediendo no se gana más que una tregua. Cediendo, solo se gana una especie de control sobre el dolor y la realidad.

»Ricardo no quiere ser rey. Quiere hacer daño. Quiere humillarlos y hacerlos sufrir. Quiere saber hasta qué punto puede ejercer el poder sobre los demás. No está buscando un estado o una posición. El poder no es una posición.

»Es una relación. Como el amor o el odio.

»De hecho, es amor y odio juntos. Eso es el poder.

«Anarchy in the UK»

SEX PISTOLS

Con las fiestas acercándose y la lluvia volviéndose más y más fría, gélida incluso, sin que, una vez mojada, logre entrar en calor en todo el día, con la ropa empapada y las manos heladas, los pies que parecen pudrirse dentro del calzado siempre húmedo, con una Navidad que se anunciaba como la peor desde hacía años, Candice no necesitaba una huelga más para añadir a su trabajo en el momento más temido del año. Los transportistas, y a continuación por las mismas razones el servicio de correos, primero los camiones, después los trenes y luego las propias estafetas de algunos barrios, pararon. A través de las rejillas de la cartería cerrada se podían ver los sacos de cartas acumulándose detrás de los mostradores como barricadas sobre las que nadie habría querido disparar. Allí estarían las postales de Navidad, las felicitaciones de Año Nuevo. De momento, la huelga era popular. A la gente en general le importaba un bledo no recibir sus facturas, pero las cartas con las felicitaciones de Año Nuevo...

Las huelgas de correos en Londres fueron la señal de que el desorden iba a extenderse por el país y en el tiempo. Los estibadores o los camioneros, los obreros de la industria del automóvil, pase, pero si los funcionarios entraban en danza, si empezaban a presentar reivindicaciones salariales, eso auguraba un pandemio en este país donde representaban casi un tercio de los asalariados. Huelga decir que jamás podrían conseguir los aumentos pactados por los obreros de la Ford un mes antes, algo que el propio gobierno había tratado de impedir en vano.

Callaghan estaba atrapado en su postura inflexible, su crisis de autoridad. Está muy bien ser el jefe, pero incluso el jefe debe exigir únicamente lo que está seguro de obtener, es una regla básica. Si no puedes ejecutar la amenaza —cosa que no consiguió hacer con la Ford—, se acabó la partida. Callaghan estaba atrapado. El país estaba atrapado. De todas formas, sin ningún aumento,

mucha gente ya no podía pagar el alquiler. Atrapado, atrapado, atrapado. El invierno se prevé más largo.

Candice hace eslabon por las calles de Camden que atraviesa por la mañana, entre las bolsas de basura reventadas y los desperdicios desparramados por el suelo. Parecen los restos de un mercado, cuando los perros y los pobres se pelean por las cajas abandonadas. Los barrenderos, sin embargo, no están oficialmente en huelga. Está al caer. Los patios de los edificios no tardarán en llenarse de bolsas, luego las avenidas, después los parques.

Hay manifestaciones cada dos días, concentraciones y sentadas, que provocan atascos descomunales en el centro, donde las calles estrechas no están hechas para las marchas. Algunas gasolineras de la ciudad se están quedando sin combustible porque no han sido abastecidas, y eso ha generado un movimiento de pánico. La gente no solo compra latas de gasolina, sino incluso conservas y harina, como en tiempos de guerra, signo inequívoco de que los viejos empiezan a tener miedo.

Los periódicos siguen a la expectativa. De momento, el *Sun* todavía está del lado del gobierno laborista. Hay rumores de huelga en la BBC, lo que daría al movimiento, en un abrir y cerrar de ojos, repercusión nacional. Ya no serían los dichosos camioneros, estibadores y obreros de Liverpool o Manchester, o los mineros de un pueblo perdido de Yorkshire. Sería otra cosa. Por ahora, son solo rumores. Basta con un titular de primera página de cualquier periodicocho para que circulen los rumores más disparatados. *Manifestaciones violentas en Southend. Un hombre ha muerto en los enfrentamientos entre huelguistas y policías en Hull.* Los rumores corren por la calle como las ratas.

En la televisión y en los periódicos de derechas salen hombres de traje y corbata explicando que todo esto es de la mayor gravedad, de altísima importancia o que es de extrema urgencia volver a la razón. Sopesan recurrir a la fuerza si es necesario. Al ejército, a las requisas, signo inequívoco de que los empresarios y los políticos empiezan a ponerse nerviosos.

A Candice eso le da risa. Le da la risa a mucha gente que está hasta las narices, a todos a los que habitualmente se las tocan, porque nada va bien en Inglaterra, a los pobres, a los jóvenes, a los extranjeros, e incluso a una buena parte de la gente en general a la que le han dicho durante los últimos diez años que todo va mal, que es culpa suya, mientras que los políticos que les dicen eso, los lores, los jueces, los grandes empresarios, la gente que sabe, e incluso

los de la izquierda, no dan la impresión de preocuparse demasiado. Siguen con su ropa elegante y sus cochazos, y un acento impecable aprendido en buenos colegios. Así que a mucha gente le da una risa loca ver su llanto y crujir de dientes.

No es muy inglés dirigir la palabra a un desconocido. Sin embargo, algunos días hay tantos embotellamientos que la gente se para y apaga el motor. Candice ha visto a más de uno bajarse del coche o del taxi y ponerse de cháchara, sin té ni ceremonia, al borde de la calzada.

Las huelgas son comunicativas. Las huelgas empujan a la gente a la calle. Ya solo falta que cunda el ejemplo y los trenes entren en danza.

«A Different Kind of Tension»

BUZZCOCKS

La Navidad llega finalmente, incluso para Candice y para muchos londinenses que no tienen demasiado que celebrar, sobre todo este año, pero que se ven forzados a ello, porque en una familia siempre hay alguien a quien no queremos aguarle la fiesta. En el caso de Candice es su madre. La Navidad es importante para ella.

En City Wheelz, desde hace casi una semana se visten con unas finas cazadoras rojas y gorros a juego, como si un pelotón de Papás Noel en bici repartiese el correo de abogados y empresarios impacientes.

Como de costumbre, va a casa de sus padres en bicicleta y la amarra en la reja, bien arrimada al edificio, no en la acera. En la acera, en el mejor de los casos, las bicicletas acaban recibiendo un puntillazo en los radios. El barrio es así. A Candice siempre le produce una extraña sensación volver a los lugares que frecuentó en su infancia, su antiguo instituto, su vieja escuela, el ayuntamiento, el ultramarinos a la vuelta de la esquina y el gimnasio de boxeo, el comedor social de los locales del Ejército de Salvación, que olía a lejía y a estofado, y a veces a huevo duro, lo que producía una extraña mezclanza, y luego los edificios, las casas de los amigos, los solares, que eran como islas del tesoro en este barrio de Islington, parecido a una extensión pantanosa. Se llamaba Islington Park, pero jamás hubo un parque, al menos de esos a los que las niñeras llevan a los niños a jugar en bonitos columpios de madera parecidos a vetustos landós. En Londres los jardines son privados, de modo que no abundan en los barrios populares. Cuanto más al norte, más viejos son los edificios, todos muy parecidos: toscos y oscuros bloques victorianos de ladrillo, apretados unos contra otros, viejos barrios obreros convertidos en barrios de parados, tristes, claustrofóbicos y sucios.

Es su hermana quien le abre la puerta.

—No hay un alma por las calles, es lo único bueno de la Navidad —dice

Candice, entrando y mordiéndose la lengua de inmediato.

—Yo también me alegro de verte.

Su hermana sonrío. Tal vez por maldad, o quizá haya aprendido a utilizar la ironía. O quizá sonrío sinceramente —¿cómo saberlo?— y la Navidad sea una especie de tregua. Sin embargo, todos los años es un desastre.

En la sala, el marido de la hermana se levanta adelantándose a su padre. Deben de ir por la tercera pinta, el viejo pronto tendrá que orinar cada cinco minutos. Su cuñado le pone la mano en el cuello, en el cabello, como quien no quiere la cosa, mientras le da un beso, es superior a él. Peor sería en la cintura, claro; aun así, siempre se detiene demasiado y siempre un poco más. En Inglaterra normalmente no nos besamos. Nos estrechamos la mano la primera vez que nos saludamos y, luego, basta un simple gesto con la cabeza. Salvo en la familia, a pesar de que son personas a las que no hemos elegido. Su hermana, por supuesto, ha visto la mano en el cuello —Qué miras, no es culpa mía que tu hombre esté en celo —Lo que me faltaba es que vinieses tú a excitármelo, Candice —Y mierda, buenas noches, papá.

—... ches, pa.

Candice hace eso desde que era una adolescente, pero únicamente cuando está aquí, en casa de sus padres. Le da la impresión de que, si pudiese abreviar por completo todas las palabras, expresarse con monosílabos, sería como volverse ventrílocua, como si pudiese decir cosas sin ser realmente ella. A la mitad.

Su madre está en la cocina, como siempre. La ve inclinada sobre su cazuela donde nadan, en un caldo reducido y gelatinoso, coles de Bruselas y zanahorias cortadas en tiras. La tapadera en una mano, una cuchara de madera en la otra, en medio de una nube de vapor y efluvios que empañan rápidamente la única ventana. En el horno, un enorme pollo asado, casi tan grande como un pavo, gotea grasa sobre un lecho de patatas.

—Ma.

No entres, Candice, ya voy yo, no te había oído.

Candice entra de todos modos y se besan.

La madre la toma en sus brazos, luego la mantiene frente a ella, las manos sobre los hombros, mirándola a los ojos. —¿Has venido sola? —Mamá, no estoy con nadie en este momento, ya te lo he dicho —Tal vez sea mejor así...

—Pareces en plena forma.

—Tú también, no has cambiado nada, mamá.

—Claro que sí, no seas tonta, lo que quiero decir es que estás

resplandeciente.

—A Mickey también se lo parece.

—Venga, Candice, hoy no, no quiero problemas con tu hermana.

—Ese cerdo, para variar, aprovechando para meterme mano, pero nada grave.

—Los hombres son así.

—No, Mickey es así porque Alice lo tiene a régimen y se le cae la baba delante del menú.

—Esas son cosas tuyas, Candice.

—Por lo menos a ella no la acosa, eso seguro. Para mí que está más gorda.

—Candice, es Navidad.

—Es una pava.

Se le escapó justo en el momento en que su hermana asomaba retorciendo el cuello por la puerta de la cocina con la esperanza de reunirse con ellas. Ahora tuerce el morro. Está claro que la ha oído.

—No, es un pollo grande.

—Un pollo de cuidado.

—No hay por qué privarse de nada, es Navidad.

Se ríen ambas, la madre y la hija preferida al unísono. Mitad comedia, mitad alivio. Y la impresión de haber hecho un buen chiste.

—¿Te vienes para aquí, Alice?

—No. Venía a ver si os faltaba mucho. En la sala de estar solo hablan de fútbol.

Las discusiones de fútbol son acaloradas y aburren a las ovejas. Solo se reciclan cifras y estadísticas archiconocidas de los periódicos deportivos, con el fin de hacer pasar por racionales una serie de pronósticos arriesgados que solo sirven para engullir un poco más de dinero en apuestas, en entradas a los estadios y en hectolitros de cerveza. Al menos los protagonistas están de acuerdo en eso. Hay que celebrar la victoria o apechugar con la derrota. Estamos en el período más tranquilo del campeonato. En mayo, el Arsenal perdió la copa contra el Ipswich —un resultado pésimo —un solo gol —ni siquiera bonito —una tragedia.

El club ha empezado bien este año.

Van por la tercera cerveza.

Una vez en la mesa, siguen dando vueltas a lo mismo. Se supone que las mujeres tienen que hablar de sus cosas, y las conversaciones se mezclan, en un continuo guirigay, qué más da de lo que hablen ellas, vete a saber de qué —

telenovelas, cotilleos de la familia real, rebajas, hasta que alguien meta la pata —Pero con las pagas que tenemos ahora —¿Están en huelga en vuestra biblioteca? —¿Por el 5 %? —Tenemos con diferencia la mejor defensa del campeonato —Por lo que he oído podríamos conseguir más —Sí, pero para esto hay que ponerse en huelga —Pat Jennings, O’Leary, Brady, todos irlandeses, me pregunto qué haría este país sin los irlandeses —En el teatro no es el mismo sistema, no hay un salario —Por supuesto, y como todavía no eres actriz —Pero ya vas a actuar en una obra este año, ¿no? —¿El año es nuestro, cabronazos, el último año de la década! —*Ricardo III*, de Shakespeare —¿Y los colegas de papá están en huelga? —En Barley y en Grove, las fábricas están paradas —*Ricardo III* es la historia de Ricardo —A nadie le importa mientras no falte de nada —Es por culpa de los camiones —Jennings es sin duda el mejor portero de todos los tiempos —Parece que en Liverpool hay ambulancias que también están en huelga —Es una obra sobre el poder —Me apuesto a que es para que los hospitales también tengan problemas —Está bien no dejarse pisar, pero ¿tienen que ser siempre los mismos los que paguen el pato? —¿Y después qué?, ¿qué quieren? —El poder, se trata de los abusos por una parte y de la ambición por la otra —Tienen el país de rehén, eso es lo que hacen —En la obra en la que actúo, son principalmente los otros personajes quienes le dejan las manos libres, quienes son los responsables de —Esta mañana, el tendero me ha dicho que no estaba seguro de poder abastecerse la semana que viene —Tal como van las cosas —Y Pat Jennings, ¿crees que Pat Jennings se va a poner en huelga?

—Creo que los sindicatos tienen razón.

Candice, en realidad, no piensa nada al respecto. Simplemente acaba de darse cuenta de que esa no es la postura de su padre. No puede evitarlo. Lo ha dicho lo bastante alto para que llegue al otro lado de la mesa, y no falla. Su padre casi se atraganta. De repente, se pone rojo como la grana y se le hinchan las venas del cuello como a los grandes perros a fuerza de ladrar. Y eso es lo que hace:

—¿Qué te crees, que a mí me han ayudado los sindicatos? ¿Que me ha ayudado el gobierno? ¡Joder!, siempre he sido laborista. Mi padre también, y el padre de mi padre. Vivíamos en Yorkshire. Los mineros son laboristas. ¿Y crees que hicieron algo por mí? Tengo cincuenta y cinco años y estoy en el paro, y todos los lunes tengo que ir a su puta agencia donde me obligan a cubrir formularios, como si fuera a encontrar trabajo por correspondencia. ¿Crees que han levantado un dedo? ¿Crees que han hecho algo por mí?

—Bueno, de todas formas, no todo es culpa de los sindicatos, si...

—Si no sirvo para nada, eso es lo que piensas, ¿eh, Candice?

—Pa. Porfa.

Se calla. Es Navidad.

Siempre la misma historia. Parece que las familias están hechas para eso. Crean roles, reglas, prohibiciones y silencios infranqueables. Te conviertes en un individuo, pero en la familia no, debes desempeñar tu papel, respetar las reglas, no transgredir, callarte. Es todo lo que se espera de ella, y es exactamente lo que no sabe hacer. Al final, siempre le echan la culpa a ella: — Ya sabes cómo es tu padre —Un desgraciado —Candice, es Navidad, hazlo por mí —Vale, mamá.

—Ella no quería decir eso. Venga, a comer el pollo.

A Candice eso la saca de quicio.

«Guns of Brixton»

THE CLASH

No hay huelga de reposteros en Londres, sino más bien al contrario, un frenesí que se apodera de las pastelerías durante todo el período navideño e incluso después, hasta el día de Año Nuevo, de modo que, durante una semana entre ambas fechas, casi nos olvidamos de las huelgas. El frío era inclemente desde hacía unas semanas. Era una época en la que todavía nevaba en Navidad en el norte de Europa.

Una época turbulenta, en la que la gente empezó a no creer en lo que le contaba su gobierno. Con el paro, todo se había roto de repente. Las carreras, los planes de jubilación, incluso las identidades. Es una locura la cantidad de personas que se presentan diciendo lo que saben hacer. Y aunque no encuentren trabajo, es preciso que sigan siendo personas.

Los jóvenes lo habían entendido muy bien. Su lema era *No future*. Les importaba un bledo. Todavía podían bailar y acostarse unos con otros, beber cerveza barata, en el peor de los casos, había sitios menos caros, en el peor de los casos, darían la vuelta al mundo —*No future*.

Y el 3 de enero de 1979, se paralizó todo.

Huelga de transportistas. Huelga total. Huelga general. Convergencia de luchas de los sectores público y privado. Ni un camión, furgón o camioneta en ninguna ruta, para transportar lo que fuese. Ni un triste paquete de *porridge*.

La temperatura ha caído bajo cero. Se espera uno de los inviernos más crudos desde 1940. En la noche del 5 al 6, una tormenta de nieve añade al caos un parpadeo infantil procedente de las estrellas.

Los periódicos anuncian huelga general. En la BBC se ven filas de camiones parados bajo una espesa capa de nieve. La gente hace cola frente a las tiendas de comestibles. Intentan moverse lo menos posible a causa del viento. Bajan la cabeza, con la nariz cortando la ventisca. Se ve a los líderes sindicales entrar en los ministerios y salir con la sonrisa en los labios. Se

detienen en lo alto de las escaleras y hacen declaraciones incendiarias, con los brazos extendidos hacia la multitud de periodistas, como predicadores. Los coches siguen parados en medio de la autopista, bloqueados por una barricada de camioneros. Una anciana habla a la cámara con voz temblorosa —la falta de costumbre—; dice que vivió la guerra. Se ven filas de coches haciendo cola en una gasolinera para llenar los depósitos por si acaso. El primer ministro sale del número 10 de Downing Street y se mete en su automóvil, haciendo señas a los periodistas de que no quiere hablar, pero en la cámara aparece diciendo a los ingleses: No, más tarde, me cansáis, muchachos. Se ve un piquete de huelga frente a una fábrica, con los obreros en torno a un brasero como si fuera un comedor de beneficencia. Ni siquiera se sabe qué producen en esa fábrica. El tipo al que entrevistan tiene un fuerte acento del norte, más que hablar grita porque hay ruido a su alrededor, no se entiende nada.

En la calle Brixton, jóvenes con chupa de cuero se pelean con jóvenes de pelo largo, serán unos cien, es una especie de batalla campal. Solo unos días más tarde, al lado de Southend, la misma escena, con jóvenes de pelo corto y decolorado contra otros con cabeza rapada y vaqueros con los bajos dados la vuelta.

Hay atascos de tráfico monstruosos. En realidad, no se sabe si es por el frío, la nieve, las manifestaciones o los piquetes. El periodista se inclina por las huelgas. Todo esto es culpa de las huelgas. En Liverpool y en Manchester, dos ciudades obreras especialmente afectadas por las movilizaciones, la gente está sentada en la puerta de casa. Parece que ya nadie trabaja. Tal vez no forman parte de los huelguistas, tal vez ya estaban en paro antes. Hacen gestos obscenos a la cámara y se levantan, amenazadores.

Un hospital de Liverpool, falto de ambulancias, se negó a abrir el servicio de urgencias. En otro barrio, entrevistan a una madre, rostro escuálido, nariz enrojecida por el frío, una bufanda anudada alrededor de las orejas y el cuello. Tiene miedo. ¿Y si su hijo cae enfermo? El pequeño mira a la cámara con una mirada aviesa, como ha visto hacer en el cine. Le cuelgan los mocos de la nariz como si fuese agua.

En Londres, a cualquier hora del día, llueva o nieve, una multitud de jóvenes se congrega en Hyde Park. No hay obreros entre ellos —ese oficio para quien lo quiera. Son estudiantes, okupas, interinos, músicos, camareros, hablan, discuten, hacen discursos. Arreglan el mundo, como si fuesen a dárselo. La creciente hostilidad de los medios hacia ellos no hace sino reforzar el movimiento. Sin embargo, no están allí para lo que los viejos

sindicalistas llaman la convergencia de luchas, o para promover la causa revolucionaria de unos pocos, ni siquiera para conseguir un aumento de sueldo y pasar por el aro una vez más. Están allí porque sienten que algo está ocurriendo, aquí y ahora, que la década está llegando a su fin y que el viento de un invierno terrible lo está destrozando todo.

El invierno del descontento.

«I Wanna Be Me»

SEX PISTOLS

«Esta mañana, el ensayo fue cancelado en el último momento. Ya estábamos en el teatro, cambiándonos. En invierno, la bicicleta es un infierno porque cuando pedaleas sudas lo mismo, pero las camisetas tardan una barbaridad en secarse, incluso sobre un radiador. Como no tenemos camerinos, la puse en las candilejas. Una gente de la Royal Shakespeare Company se había acercado al teatro. No eran muchos: un actor que ya había visto antes —ese que conocía Nancy— y dos mujeres, una de más edad con un traje de chaqueta muy elegante. La mayor tenía una cabeza que me sonaba de algo. A los actores de la Royal Shakespeare Company te los encuentras hasta en la sopa. Hacen cine y ruedan telefilms de la BBC. Gracias a ellos tenemos este teatro: actúan esta temporada. Nancy los llama «los chicos de la Royal», sin precisar, y cada vez que la oigo me parece como si hablase de la Air Force o de la Navy.

»Se instalaron en el foso de la orquesta, en penumbra, porque no se ilumina la sala, evidentemente, solo las candilejas de escena a nivel del telón, que nos deslumbran bastante. El actor que Nancy conoce subió solo al escenario para hablarle en voz baja. Por su actitud nos dio la impresión de que algo iba mal; sin ponernos de acuerdo, dejamos de enfundarnos nuestras camisetas y nuestros jerséis, nuestras medias, nuestros calentadores de lana, nuestras zapatillas o nuestros tenis especiales de parquet y, mientras seguíamos hablando unas con otras, los observamos de reojo. Las dos mujeres, que se habían quedado en el foso de la orquesta, eran apenas visibles debido al contraluz. Se habían sentado en la cuarta o quinta fila. Solo se distinguían dos siluetas cuchicheando. La puerta por la que habían entrado los tres se había quedado entreabierta. Al fondo, detrás de los aseos, se vislumbraban las sombras de dos tipos trajeados como camareros, que se mantenían a pie firme. Poco a poco, nos pusimos todas a escudriñar la oscuridad. No abierta ni insistentemente, pero al fin se notaba que Nancy, que había comenzado su

conversación en tono alto y segura de sí misma con un: “¡Qué sorpresa, mi querido amigo!”, ahora hablaba en voz baja con su “chico de la Royal”. No había duda de que pasaba algo.

»Al cabo de un rato, dejaron de hablar y Nancy nos pidió que nos pusiésemos nuestros abrigos. “Vestíos, chicas, os lo explico en la cafetería.” Su actor nos miró como si acabase de notar nuestra presencia en el escenario. Se inclinó ligeramente para saludarnos, sin decir nada, sin la menor vacilación ni asomo de sorpresa, como si siempre hubiéramos estado allí, como si ninguna de nosotras estuviésemos en ropa interior o sosteniendo contra el pecho una camiseta que no habíamos tenido tiempo de ponernos, se inclinó con una bonita sonrisa, y pensé: Este tipo puede pedirle lo que le dé la gana a su querida Nancy.

»No quería hacer que se sintiera incómoda, así que no me quejé como hubiera debido. Ninguna de nosotras lo hizo, ni siquiera Cindy.

»Hay dos excusas que nunca fallan, van como la seda, sin necesidad de justificación. Para los hombres es el trabajo. Dicen “Volveré tarde del trabajo”, o “Hemos tenido un problema en el trabajo”, o “Lo estoy haciendo por el trabajo”, o incluso “Tengo que hacerlo, es el trabajo”. Lo maman desde niños. Es algo serio. Si es por trabajo, pueden permitirse cualquier cosa. En las chicas es el amor. Las amigas tienen derecho a andar con tapujos, hacerte putadas y ocultarte cosas si están enamoradas. Tienen derecho a hacer tonterías, a no seguir tus consejos, tienen derecho a plantarte en el último momento de ir al cine o a tomar algo. Si están enamoradas, no se les puede decir ni mu. Es su destino de mujer. Sin saber si era realmente su novio, no le dije nada a Nancy delante de él.

»De modo que me encontré con mi camiseta mojada en una bolsa de plástico, sin tiempo para secarla. Un asco.

»Creo que las dos mujeres no deberían haberse levantado para saludarnos cuando salimos, no estaba previsto. Pero en el momento en que pasamos junto a ellas por el pasillo, es lo que hicieron. Sí, la mayor de las dos me sonaba. Estaba casi segura de haberla visto en la tele. Nancy se paró a su altura e hizo una especie de reverencia. Detrás de ella, todas estuvimos a punto de atropellarnos. Una reverencia, no es coña, como si fuera la reina o alguien por el estilo. La mujer le preguntó qué ensayábamos y pareció apreciar que las mujeres nos atreviésemos con *Ricardo III*. Dijo sonriendo que ella también, a su manera, se atrevía con *Ricardo III*. No es una actriz. Es una política, pero que en política, según ella, el ser mujer también cambia un montón las cosas.

Fue en el café donde Nancy nos reveló quién era: la líder del Partido Conservador. Por eso la habíamos visto en la tele. Iba a clases de dicción con los actores de la Royal, para sus discursos, para borrar el acento chillón que tenía, un deje un tanto pueblerino. Al parecer, fue al mismísimo Laurence Olivier al que se le ocurrió ese lance imprevisto con la Royal. Por lo visto era hija de un tendero.

»Se llama Margaret Thatcher. Lo anoto para no olvidarlo.

«Interzone»

JOY DIVISION

Mientras la huelga se extiende al transporte público, en todo Londres la gente se busca la vida. En la escuela de arte dramático donde Candice va a clase por la tarde es muy sencillo: los estudiantes que viven lejos acampan en los pasillos y en las salas de ensayo que no se usan. Arropados con mantas o ponchos de lana, duermen medio sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas. Se inclinan, se apoyan o se desmoronan unos sobre otros. Tener una habitación en la ciudad, aunque sea subarrendada en un piso, es un argumento de peso casi insoslayable. Al parecer, entre los okupas de la escuela también hay profesores. Algunas tardes, Candice encadena su bicicleta en el patio de la escuela y se queda allí. No es por no volver sola a casa, sino porque hay un grupo de compañeros muy divertidos a los que no dejará pasárselo bien sin ella.

Todo el mundo compra cerveza, cualquiera diría que la nevera de la cafetería es mágica: cuando la abren, siempre está llena. En el sótano, debajo del patio, en el estudio de baile, hace calor incluso de noche porque está pegado a la caldera del edificio. Cuando no llueve, se permiten el lujo de abrir las dos grandes claraboyas de plástico amarillo, como si fuesen a contemplar las estrellas. Entre porro y porro, discuten sobre la huelga. El nuevo novio de Cindy dice que vive en una casa okupa desde mayo. Una pasada, según él. Una vieja escuela, de formación profesional o algo así, por eso la llaman la «school house», en Hammersmith. Puede haber un centenar de familias allí, además de artistas, músicos... También drogas. Antes vivía en Villa Road, en Brixton.

Se parece a Cindy. Se llama Albert; según él, como el Príncipe de Gales. Guiña ligeramente los ojos, como si sonriese todo el tiempo, y eso le alza un poco los labios. Es como si siempre estuviera a punto de decir algo, una broma, una pulla. Cuenta historias increíbles, es de esa clase de personas a las

que les pasa algo todos los días, y lo cuenta como si nada: redadas de la policía, altercados, colegas que han tomado una sobredosis..., como si de verdad fueran cosas que pasaran todos los días. Con sus guiños y su sonrisa en forma de mueca, como si fuera lo normal, no hay problema. Es el que trae las revistas del «sindicato de okupas londinenses», los prácticos panfletos que explican cómo atrincherarse en un edificio y resistir a la policía. Milita en una asociación, pero afirma que es un situacionista, aunque nadie sabe exactamente lo que quiere decir.

Conoce el calendario de las manifestaciones y de ciertos piquetes volantes. Anuncia las convocatorias del día siguiente, las sentadas en Hyde Park o delante de Westminster, como si fuera el programa de un festival de música. Se levanta en plena noche y suelta tan tranquilo: Conozco el bar más *cool* del mundo. Y está aquí, en Londres.

Y allí van todos, al menos su pequeño grupo. Si todo el mundo se apunta, Candice no va a ser menos. Coge su bicicleta. Deben de ser cinco o seis más, pero Cindy tiene un coche increíblemente pequeño capaz de comprimir un número increíble de estudiantes.

A primera vista, el Nightingale's es un club nocturno, como sugiere su nombre, que en otros tiempos debió de ser elegante, y que volverá a serlo algún día. De la mitad de la ciudad se podría decir lo mismo. Después de la guerra, Londres fue reconstruida en ladrillo u hormigón para proporcionar un decorado histórico a la miseria. Las clases medias fueron realojadas en lo que, con el tiempo, se ha convertido en el gran Londres, en realidad, una sucesión de pequeñas ciudades donde se alternan barrios-dormitorio más o menos confortables y barrios comerciales. Para ir a trabajar, algunos tardan más de dos horas en cruzar la ciudad. El centro, es decir, el Soho, Chelsea o South Ken, el corazón de Londres en 1979, no es más que un tugurio sucio y maloliente.

Los ingleses son pobres, es un hecho. Están mal alimentados, mal cuidados, demasiado delgados —esto no siempre ha sido un cumplido—, tienen un acento extremadamente marcado y dientes mal colocados que corren tras el bistec. Viven en apartamentos vetustos donde la luz temblequea y el agua tiene un gusto ferruginoso. No obstante, se divierten, y mucho, precisamente en lugares como el Nightingale's, todos los fines de semana a partir del jueves por la tarde.

En el Soho, no faltan los locales de conciertos. Hay pubs y bares a porrillo, calles estrechas, edificios sombríos. El Vortex, el Club Louise, el St Moritz, el

Paradise y el Marquee, el Ship, el 100 Club, el Roxy y el Cambridge están allí. Están todos allí. Por la noche y al amanecer, puedes cruzarte con criaturas que parecen disfrazadas, a medio vestir, con los ojos hundidos en las órbitas y ennegrecidos con kohl o rímel, la piel pálida con sombras grises, el rostro sudoroso, los brazos desnudos. Ríen y bailan, beben, los que pueden todavía, tienen la mirada perdida, los ojos en blanco, las piernas vacilantes y no paran de reír y bailar. No saben que fuera ya está amaneciendo. Cuando salgan, correrán a casa como ratas o como vampiros tratando de evitar el mordisco del alba. Se salpicarán con los baldes de agua que se arrojan en las aceras, delante de las tiendas, en los callejones todavía oscuros, para terminar la noche.

El Nightingale's es diferente —las noches del Nightingale's son como un sueño.

La pandilla de estudiantes se cuele en el bar mientras Albert hace las presentaciones. Este no es un pub como los otros, sino un club, pero de anónimos, sin carné de socio.

El establecimiento, además de la gran sala, saca partido de los dos sótanos de bodegas que se remontan a la construcción del edificio, pero que fueron de importancia capital en la guerra, durante los bombardeos. Todo el barrio acudía a refugiarse en él, a veces en plena noche, y tan a menudo que acabaron instalando todo tipo de comodidades recuperadas o aportadas por los vecinos agradecidos: sofás para descansar, mesas de juego, sillas, orinales, mantas, lámparas de queroseno, en fin, un batiburrillo de trastos, juguetes de madera y cunas para niños, vajilla, incluso pequeños cuadros sin duda pintados por los propios ocupantes. Habían derribado algunas paredes de ladrillo y levantado otros tabiques, una especie de biombos hechos de tablones y telas, habían instalado hileras de estantes, como librerías atiborradas de latas de conserva y botellas de brandy, paquetes de café, harina, e incluso algunos libros. Habían llevado sofás viejos y sillones descoloridos, los colchones servían de lechos. Al final de la guerra, el sótano era una especie de laberinto de salones minúsculos y alcobas modestamente decorados. Algunas familias trataron de volver allí, una o dos veces, acompañadas de los vecinos, pero el lugar se había vuelto lúgubre. Mejor dicho, era evidente que una vez fue alegre y cálido, pero no podían permitirse pensar en la guerra en esos términos, por lo que fue poco a poco abandonado y abocado al olvido. La gente se mudó. Algunos murieron. Los muebles permanecieron. Cuando treinta años después los propietarios del bar decidieron instalar tres gigantescos tanques de

cerveza en el sótano, se encontraron con todo aquello. Y cambiaron sus planes.

El Nightingale's es, desde entonces, uno de los secretos mejor guardados de Londres.

Albert pasa su brazo en torno a los hombros de Cindy. Echa una ojeada detrás de él, en dirección a Candice y los otros. En un rincón de la sala, la escalera que les muestra con un gesto se hunde en la oscuridad. No está iluminada, solo los primeros peldaños en los que todavía se filtra la luz del pub, en la planta baja —Ya veréis. Bajan, una mano apoyada en las ásperas piedras de la pared, los pies buscando el siguiente peldaño, los sentidos alerta. La música los envuelve. No se oía hace un instante y, de repente, es como si nadasen en ella.

Es un jazz lejano, como ahogado y, sin embargo, parece venir de todas partes en torno a ellos. Candice piensa en una música acuática. Poco a poco sus ojos se acostumbran a la oscuridad.

Acaban de desembocar en una amplia sala abovedada cuya pared posterior está ocupada por un bar. En cada estante, e incluso en la barra, decenas de velas temblorosas lanzan luces y sombras sobre las botellas y las siluetas. En esta sala la gente está de pie. Charlan, esperan a que los acomoden o piden sus consumiciones en el bar. Las camareras, que conocen el terreno de memoria, parecen deslizarse entre las sombras con movimientos rápidos y ágiles. Visten minifaldas de Biba y sus piernas y brazos desnudos parecen resplandecer, pálidos, en la noche subterránea. Pero cuando se acercan a la barra de cobre y a las velas, dan la impresión de arrebolarse, como si estuviesen a punto de arder en llamas.

La pandilla se dispersa en busca de algo para beber. Candice se queda con Cindy y su novio —El pianista es un colega, dice Albert, llevándolas hacia un pasillo débilmente iluminado por un quinqué, desde el que se accede a otras estancias, más pequeñas y oscuras todavía, donde la gente está sentada alrededor de unas mesas bajas adaptadas de bobinas de cables, o tumbada en sofás desvencijados, formando un amasijo de piernas y risas. La música está por todas partes, embriagadora y ligera, sincopada, diferente. Candice nunca ha escuchado auténtico jazz. En ningún momento el sonido del piano parece decaer o proclamar su origen. Es como si procediese de todos los conductos de ventilación a la vez, como un aire que también vendría del pasado y formaría parte de la magia del lugar.

Parece que hubo que abrir la planta baja hasta la acera, y levantar de nuevo la bóveda trasera, para bajar el piano —Un Broadwood de concierto, lacado

en negro. Albert guiña los ojos a todos. A Cindy le dedica una sonrisa de oreja a oreja —Ya veréis. Y salen a una habitación, menos espaciosa que la primera y el bar, donde reina como un bloque de obsidiana el gran piano de cola con sus brillantes aristas, la tapa abierta, la lira de los pedales y los pies tallados, una masa inquietante y más negra que la noche que lo rodea, reflejándose desde las profundidades de su laca perfectamente lisa, como destellos en un agua en calma, la débil luz de los candelabros posados en el suelo a su alrededor. Enseguida suena la música, ensordecedora. El aire de la estancia está saturado de ella. Se diría que las llamas de las velas oscilan al compás.

Candice no ve de inmediato al pianista. Se ha quedado parada en la entrada de la sala. Su caja torácica vibra y tiembla. En el techo, distingue una especie de cúpula de casetones enrejados que concentra la melodía y la dispersa por todos los conductos de ventilación de los sótanos, hasta la grieta más diminuta por donde la música se derramará, lejana y acuática, como si rezumase de las paredes.

A lo largo de la pared están dispuestas algunas sillas y dos bancos en los que nadie se sienta. Aquí apenas llega el murmullo de las conversaciones y las risas del auditorio fantasma de los clientes. Albert rodea el piano y Jones le hace un gesto con la cabeza. El mismo tipo de mirada divertida, la misma sonrisa pícaro, piensa Candice. No sabe quién es Jones. Ni siquiera aprenderá su nombre, por supuesto, solo su apellido, que apenas oye cuando Albert los presenta —Esperad un momento, hago un descanso enseguida.

Al final del pase, Jones los invita a seguirlo a un saloncito al lado de la sala donde toca. Es una especie de camerino o sala de descanso. Jones y su corpachón se doblan inclinándose instintivamente, tratando de escurrirse en el reducido espacio. La sala está decorada con muebles de época, igual que las otras, con una cómoda apolillada que servía de armario, un sofá como único asiento y una caja de brandy a modo de mesa de centro, vacía desde no se sabe cuándo. Jones la arrastra para apartarla del sofá y sentarse en ella. Cindy, Albert y Candice se hunden en el sofá cuyos muelles deben de haber cedido hace muchísimo tiempo. De cerca se puede ver, incluso a la luz de las velas, que le han echado algún remiendo de terciopelo verde amarillento en los sitios donde la tela comienza a desgastarse. De la caja de madera demasiado baja, las piernas y los brazos de Jones sobresalen como patas de araña. El músico enciende un cigarrillo. A su espalda, a la altura de la cara, cuelga de la pared un marco polvoriento con la foto de un niño.

¿Qué hay de nuevo? —La música, ahora y siempre. Jones resiste —No nos

han dejado gran cosa, entonces mejor hacer lo que nos gusta, ¿no crees? Es la consigna de la época, cada uno debe encontrar aquello para lo que está dotado, debe realizarse, como dicen ellos. Han inventado eslóganes. *Do it yourself* —es uno de los gritos del punk. En pocos años se convertirá en *Just do it*, y se usará para vender zapatillas de deporte a personas obligadas a hacer *jogging* para salir de sus hogares sin el coche.

Jones se ríe. Sus ojos ríen al fruncirse y su boca se tuerce cuando dice que todo va mal. Candice lo observa. La intriga. Su esmoquin de concierto, gastado en las mangas, brilla a la luz de las velas. Le encuentra cierto encanto a su rostro largo y pálido, y con algunas arrugas quizá. Él le sonríe cada vez que sus ojos coinciden con los suyos. Es difícil adivinar su edad. Sus manos son finas, nerviosas, se ven latir las venas en el dorso mientras juegan con un cigarrillo.

Jones cuenta su invierno, los planes de música y la penuria, las sustituciones aquí y allá en grupos de chavales novatos que ponen teclados a su rock por culpa de Pink Floyd —Pero vamos tirando, le sonríe a Candice. Le cuenta sus desventuras a Albert, que, fiel a su estilo, jura y despotrica, Albert es muy teatral. Cómo fue despedido de la noche a la mañana de su trabajo en la British Petroleum —Un trabajo alimenticio, aclara despectivo—, y cómo después las cosas se torcieron.

—Presenté una queja, pero me equivoqué de dirección —explica—. Al parecer, la oficina que me había contratado es una oficina fantasma, cuya finalidad es declarar salarios para sustraerlos de los beneficios que vienen de Brasil o vaya usted a saber de dónde, una tapadera para no pagar impuestos. Ni siquiera es una dirección. Un apartado de correos y un bufete de abogados. Mi queja llamó la atención del juez. Creo que he montado la de dios es cristo.

Le cuenta su historia de buena gana a su amigo Albert, pero sus ojos se detienen cada vez más en Candice, sus miradas se cruzan y se atraen demorándose un poco más, y también se buscan y a veces se hablan, a tientas, porque no se conocen —¿Qué nos han dejado?

—Me hicieron una propuesta para volver a contratarme, con un bonito cheque para que retirase la denuncia.

Jones precisa para Albert, que, inclinándose ligeramente hacia él, lo escruta interrogador —Un cheque de la hostia—, y luego fija sus ojos en los de Candice —Que se jodan.

—¡Estás loco! —le grita Albert.

Y rompen a reír a carcajadas los dos —¡Nada de nada! —*Do it yourself*.

—Entonces, compongo.

Mucho después de que Cindy y Albert se hayan ido tras el segundo descanso, cuando acaban los pases de esta noche, Jones y Candice siguen hablado —de teatro, de música—, en el sofá desvencijado, frente a la foto del niño de la guerra. Jones sueña con una música que sería como la vida, cambiante e impredecible. Una música que no tendría movimientos conocidos de antemano, sin ritmo prescrito ni ruptura esperada. Una música que no mentiría, donde los instrumentos serían como gentes que se cruzan y se encuentran al azar, que conviven sin verse y se dejan sin entenderse. Gentes que viven y mueren, ignorantes de los demás y del mundo. Sueña con una música que no cuente historias. Una música sin principio, sin medio y sin final, que cogería la vida en marcha y como viene, dejándose guiar por las improvisaciones del destino. Una música que contaría el mundo o una pequeña parte del mundo, cómo va la gente y cómo ocurren las cosas —Como tú.

Y sus ojos bañados por la noche y la fatiga sonrían por última vez a Candice antes de inclinarse hacia ella y besarla. Ella no sabe qué hora es. No sabe si lo volverá a ver. Ni siquiera sabe su nombre. Solo el sabor de sus besos y su risa —Las noches del Nightingale's son como un sueño.

«Suburban Relapse»

SIOUXSIE AND THE BANSHEES

Candice no reconoce la ciudad. Ningún londinense reconoce su ciudad en este invierno de 1979. Los cubos de basura han empezado a acumularse, amontonándose en las esquinas y frente a los portales de las casas. Aunque no se permita dejar cachivaches, las bolsas de trastos se mezclan con las de desechos. Muebles rotos, colchones con manchas sospechosas, fregaderos esmaltados, tuberías de inodoros, toda clase de escombros, de madera y de metal, son abandonados para acabar de deteriorarse, de destruirse lentamente bajo la lluvia helada. El ayuntamiento hace llegar a los comités de barrio pulverizadores de zinc y mascarillas de papel. Hay que agrupar la basura en patios, en terrenos baldíos y parques. Hay que fumigarlo todo antes de que las ratas superen en número a las personas. Si esto sigue así, se corre el riesgo de contraer la rabia o la peste en Londres. Los folletos explican cómo tratar la basura. Hay que rociarlo todo con veneno, especialmente el fondo y los bordes de las pilas de basura, sin olvidar los bordillos de las aceras. Y luego, el olor del veneno enmascarará el de los cubos de basura.

Cada mañana, los jubilados, enfundados en un mono azul de trabajo, dan una vuelta alrededor de su bloque con la sulfatadora a la espalda y la mascarilla en la boca, algunos con gafas de natación, un gorro, guantes de cocina y botas de goma. Parece una película de ciencia ficción de bajo presupuesto. Candice contiene la respiración cuando pasa cerca de ellos. Gira la cabeza hacia el hoyuelo del hombro y frunce los ojos, que pican de todos modos. Las pilas de basura son a veces tan altas —más altas que un hombre— que es difícil imaginar que vayan a impedir a las ratas acercarse a la basura con solo rociar los bordes. Pero hay que demostrar que se está haciendo algo, y conviene tener a la gente ocupada. Cuando está en la bici y se pone de pie sobre los pedales, no para acelerar sino para tomar un poco de altura, ve perfectamente que las ratas siguen ahí. No salen. Se burlan. Se quedan en su

montaña de mondas, pizzas y viejos cojines destripados, saltando y buceando como en una piscina de mierda.

Cuando notan que pasa alguien, los exterminadores aficionados, con su mono azul de mahón y sus guantes de poliuretano, no pueden evitar levantar la lanceta de su equipo —aparentemente es instintivo en el hombre— y pulverizar a ojo de buen cubero con un gran chorro de producto. Dependiendo de la dirección del viento, la cosa concluye de forma más o menos dramática. Candice ya ha visto a más de uno abandonar *in situ* guantes, mascarillas y botellas de zinc, arrojándolos a la basura con un gesto de rabia, en medio de la montaña de inmundicias que habían ido a desinfectar, después de recibir un buen chorro de desinfectante en la cara y ponerse, acto seguido, a dar brincos frotándose los ojos.

Ocasiones para reírse del espectáculo del caos no faltaban.

Durante las horas de oficina, las huelgas son una maldición para los habitantes de Londres. Después de la pesadilla cotidiana de tres o cuatro horas de pie en un tren abarrotado, el paro total de algunas líneas los condena a hacer autostop, caminar o ir en bicicleta. En el centro de la ciudad, los embotellamientos son monstruosos. Cientos de peatones se pisotean en medio de un río de coches parados, se ven sus bustos sobresalir y avanzar como Jesús caminando sobre las aguas. Debería ser insoportable, pero la situación es tan insólita, la imagen tan incongruente, que se vuelve divertida. Los londinenses hablan entre ellos, comentan el frío reinante, que no se hace de día antes de las nueve. Yendo a pie, observan cosas que jamás habían visto: los baches en la calzada, la falta de iluminación, las aceras que terminan de repente, los sintecho al borde de las vías subterráneas, bajo los puentes y en los túneles, con sus casas de cartón y lona, semejantes a los refugiados de algún desastre. Al encontrarse a pie, andando por calles cercanas a su casa por donde nunca antes habían ido, de repente reconocen a sus semejantes, miden el flujo inhumano y deprimente de los coches, la suciedad de los edificios, los olores a meados, se dan cuenta del mundo que los rodea, en fin, contemplan su propia vida y sus mecanismos cotidianos, la lejanía absurda del trabajo, la dificultad incluso para hacer en la ciudad una larga caminata sin cruzar vías férreas, autopistas y callejones sin salida, abren los ojos a lo que podría llamarse su vida de perro con un sentido del humor muy británico, porque aquello los hace sonreír.

La primera vez que llamaron a la oficina para decir que les iba a ser imposible llegar, lo hicieron con un nudo en la garganta, la impresión de tener

de nuevo doce años y haber sido llamados al despacho del director sin saber por qué —Yo no fui, fue el tren—, pero luego todos llegaron tan tarde que se convirtió en una especie de broma y concurso permanente. Ni siquiera había que avisar —ni siquiera había que poner cara de dolor de barriga para hacer pellas.

La llegada al trabajo se va escalonando a lo largo de toda la mañana y, de momento, nadie ha sido despedido. El trabajo se realiza a cámara lenta. La gente discute. Hacen descansos. No todo era como les habían dicho, no todo estaba organizado como una partitura musical, al contrario: se dan cuenta de que cuando el desorden es general, nada puede pararlo, es como una revolución sin armas. Se aprovechan de ello para holgazanear. Se toman un café en el bar para entrar en calor antes de empezar el trabajo —Diré que he tenido dificultades con el tren. Se marchan más temprano, piden permiso al jefe con una sonrisa de falsa vergüenza —Tardo mucho en llegar, ya sabe, en este momento y desde aquí... —Váyase, no se preocupe. Organizan trayectos para pasar a buscarse en coche, por turnos, dependiendo del barrio en el que vive cada uno. Se quedan a dormir en un sofá, mucho más cerca del trabajo, especialmente los solteros. Tal vez dentro de nueve meses veamos consecuencias imprevistas de la huelga del transporte.

«No Birds»

PUBLIC IMAGE LTD.

«No entiendo la escena con Lady Ana, escribe Candice en su diario. Este tipo de cosas, en teatro, son difíciles. ¡Uf!, es muy complicado: el espectador tiene que creerlo, cuando yo, a decir verdad, no entiendo muy bien cómo funciona.

»Se encuentran por azar, cree ella.

»Ella está de luto. Acompaña a la cripta los restos de su suegro, el rey Enrique VI, asesinado por Ricardo. Él ya había matado a su esposo, Eduardo, Príncipe de Gales, durante la guerra de las Dos Rosas. Antes de conocerlo, lo único que sabe de él es que lo odia. Lo maldice. Lo aborrece. No solo la ha dejado viuda, sino que la ha condenado a no ser nada, como la bruja de Margaret, que vaga por el palacio profiriendo maldiciones, la viuda de Enrique, su suegra, esa vieja loca. Ricardo es su enemigo, su desgracia y su ruina.

»Bueno, pues resulta que se encuentra con él. ¡Cómo se atreve a aparecer después de lo sucedido!

»El cadáver del propio rey sangra de nuevo.

»Ricardo carga las tintas. Provoca. Increpa. Invoca. El muy cabrón cita las escrituras. Al principio pensé que lo que pretendía era que lo odiase todavía más, o que trataba de humillarla. Lady Ana se queda sin habla, petrificada. ¡Cómo se atreve! —parece decir en cada una de sus réplicas. Ha osado matar a su esposo, luego al rey, su padre, y se atreve a aparecer ante ella, se atreve a burlarse de su duelo.

»“¿El rey está en el paraíso? ¡Mejor para él! Debería darme las gracias”, dice Ricardo.

»Y entonces se atreve a algo que me deja pasmada: se pone a coquetear con ella. En cada réplica, ella lo insulta y le escupe. Y él le responde invariable, obstinadamente, con un “ángel mío”, “hermosa mía”. ¡Cómo se atreve!

»Miente como un bellaco.

»Dice que no mató a Eduardo, su esposo. Luego se retracta de sus palabras y confiesa. Afirma que fue por celos, porque la amaba. Y se supone que hay que creer esta nueva mentira porque ha confesado la precedente. ¡Cómo se atreve!

»Al final de su parlamento él hace la misma jugada que Fedra con Hipólito. Le pide que lo mate con su espada. Se descamisa, dirige la espada hacia su corazón, pero ella la deja caer torpemente porque es una mujer. *Take up that sword or take up me*. No es capaz de hacerlo. Duda. Vacila. Su voluntad flaquea. No sabe ya ni qué pensar. *I would I knew thy heart*. Y abandona la lucha.

»Él ha ganado. Al final, ella acepta su anillo. *To take is not to give*. Tomo tu amor, no te doy el mío.

»¿Cómo lo ha hecho?

»Shakespeare lo sabe, es una especie de desafío. Se diría que el propio Ricardo lo hace por desafío. Comparte eso con el poeta, con el director, con el público: sabe que miente, que engaña, que traiciona, mientras que los otros personajes son prisioneros de sus sentimientos de papel. Comenta su propia acción como si fuera una magnífica actuación. “¡Teniendo a Dios y a su conciencia y a ese ataúd contra mí! ¡Y yo sin amigos que amparen mi causa, a no ser el diablo en persona y algunas miradas de soslayo! ¡Y, aun así, la conquisto! ¡El universo contra la nada! ¡Cómo!” *All the world to nothing! Ha!*

»Ricardo es un actor. Quiero decir que su personaje es un personaje de actor que mide, escena tras escena, abusando de la ingenuidad de los demás, hasta dónde puede jugar con sus sentimientos. Los otros son personajes. Todos quieren algo. Pero, en el fondo, es el gato jugando con los ratones. Ni siquiera sé si realmente quiere el poder. La ambición, el amor, el deseo de seguridad, los celos, todas estas pasiones no son para él más que añagazas que agita ante los demás personajes. ¿Para qué? ¿Para ser rey? Para mí que le importa un bledo ser rey. El poder solo es poder si se tiene sobre los demás. No, es como si quisiera mostrarnos cómo funciona. Voy a mostraros cómo se puede manipular a la gente. Pero no porque sea un buen orador con físico de actor, no. Voy a mostraros cómo un tipo deformado y rechazado por todos puede metérselos en el bolsillo y abusar de ellos.

»Cómo un tipo contrahecho, asesino de su marido y su suegro, execrado, odiado, se lleva al huerto a la pequeña Lady Ana. Cómo, con la ayuda de unos cuantos cumplidos convencionales, un par de mentiras, una retractación repentina y una franqueza de nuevo fingida, una falsa confesión de debilidad y,

sobre todo, un último ardid de abandono total —Mátame si te place—, cómo derriba todas las resistencias que ella le opone y los escrúpulos de los que se honra, como diría Don Juan.

»Él gana porque ella está petrificada. Él va demasiado lejos, demasiado rápido, ella no logra seguirlo. Como cuando sabemos que la persona que tenemos enfrente está mintiendo, y ella sospecha que lo sabemos, pero se empecina, miente mirándonos a los ojos —Estaba con los colegas del fútbol —Hueles a perfume —Estaba con los colegas del fútbol. ¿Cuántas veces se habrá repetido esta escena? Incluso los niños aprenden a mentir. Son más o menos buenos actores. ¿Cuántas veces no habré dicho que me iba a dormir a casa de mi mejor amiga al salir de clase? Mi madre sabía que estaba mintiendo. Me lo hacía repetir para probar mis dotes de actriz. Me preguntaba detalles para acorralarme. Se aseguraba de que la mentira era creíble. Y si lo era, si la adornaba adecuadamente para que fuera creíble, si ponía suficiente convicción, talento y firmeza, ella concedía valor a esa mentira, y creo que lo respetaba. De modo que se quedaba contenta. Se convertía en una mentira verdadera entre nosotras, como un secreto compartido.

»Y después de todo, cada vez que le pedimos al otro que nos diga “te quiero” como si fuera para toda la vida, como si a los veinte años supiéramos cuál será el futuro; que nos diga “te quiero” como si fuese absoluto, como si nuestro encuentro no fuese debido al azar, como si supiésemos incluso lo que es el amor, el amor puro, ¿no le estamos pidiendo, cada vez, que mienta de una manera que nos resulte dulce?

»¿No es la mentira la prueba de que prestamos atención al otro, de que tenemos en cuenta su sensibilidad? ¿No es la última prueba de tacto?

»Lo que Ricardo le pide a Lady Ana, en el fondo, es que no le crea. Que acepte su mentira. Que la compruebe hasta que parezca verosímil, y luego que se la trague.

«Broken English»

MARIANNE FAITHFULL

En el norte y en el este hay barricadas, semirremolques cruzados en la carretera, ruedas de repuesto y neumáticos en llamas, columnas de humo acre y negro elevándose hacia el cielo y filas de coches parados que se echan con miedo a la cuneta. La televisión emitió las imágenes en bucle todo el día lo mismo en París que en Hamburgo.

Se espera fumata blanca, como a la muerte de un papa.

A principios de enero de 1979, el primer ministro se encuentra en viaje de Estado. Callaghan pierde con ello la poca credibilidad que le quedaba en la opinión pública y en la prensa de izquierdas. No solo es el hecho de viajar.

Hay un montón de problemas que resolver, y no solo en Inglaterra.

A pesar de los acuerdos de 1975, la violencia racial en Sudáfrica sigue escandalizando a la prensa y a la opinión pública. Herencia colonial británica.

Desde noviembre pasado, Vietnam del Sur, que había caído por primera vez en 1975, es nuevamente víctima de la guerra, esta vez contra China. Cientos de miles de vietnamitas suben en embarcaciones ligeras que acaban rápidamente como la balsa de la Medusa, cuando no son simplemente hundidas por los guardacostas chinos. Australia, Indonesia y Hong Kong no quieren saber nada y les impiden acercarse. Es la llamada «crisis de los *boat people*». Herencia colonial francesa y trauma narcisista estadounidense.

Por su parte, la URSS avanza en el que todavía se llama *golfo Pérsico*. La región es crucial, no solo porque se encuentra exactamente entre la Rusia soviética y Europa, sino porque está completamente recorrida por oleoductos que abastecen de petróleo y gas a los dos bandos con pasmosa imparcialidad. Atraviesan la región y conectan en su red a un montón de países enemigos y agitados, que solo se entienden por su odio a Israel. Herencia colonial británica y problema para todo el mundo.

No es ese el mayor de los problemas de la URSS, ya que durante este

tiempo un golpe de Estado en Afganistán abre en mayo un nuevo frente de guerra fría en el que pronto se estancarán como los estadounidenses hicieron en Vietnam diez años antes. Se dice que el Pakistán de Bhutto financia a los yihadistas, conocidos entonces como *muyahidines*. Herencia colonial británica.

Y eso no es nada comparado con lo que todo el mundo espera en Irán en menos de un mes. La revuelta es un clamor desde los disturbios de noviembre. Poco a poco, se ha vuelto evidente que la dinastía Pahlavi está llegando a su fin. La huida del Sha es solo cuestión de días. Se ha convertido en un lastre. Se ha vuelto insostenible. Los occidentales ya no quieren mantenerlo en el poder. De todas formas, tampoco hubieran podido. Este problema también es una herencia colonial británica.

Estamos en plena guerra fría.

Irán limita con el golfo Pérsico y el Cáucaso ruso, Turquía, Pakistán, Afganistán e Iraq. Está en la encrucijada perfecta, justo entre Oriente Medio y Europa; entre Europa y Asia. Basta con dar un vistazo a un mapa para entender que nos enfrentamos a un problema muy serio.

También es la cuna de Persia, como se lo llamaba hasta el Sha. El imperio de los reyes más grandes de la Antigüedad, hasta Alejandro. Es, junto con la India, una de las civilizaciones más antiguas de la historia. El hombre está aquí desde el Neolítico. Comercia, viaja, recauda impuestos, cuida a sus ancianos y construye ciudades desde hace cinco mil años. Escribía sus historias en tablillas de arcilla cuando los ancestros de Candice o Jones corrían desnudos, gruñendo en bosques tenebrosos y fríos detrás de los jabalíes para arrancarles el pellejo.

Con Persia en cólera no será fácil maniobrar. Huelga decir que una parte de la oposición y la revuelta está inspirada por Moscú. Es absolutamente necesario evitarlo. La situación económica en Turquía está al borde de la catástrofe. Si Irán se vuelve comunista, el mundo será rojo. Estamos ante un gravísimo problema.

Los ingleses todavía tienen grandes intereses allí. La British Petroleum no es otra que la descendiente de la Anglo-Persian Oil Company, que regó el imperio en la edad de oro del oro negro. Los Estados Unidos tienen excelentes relaciones con el Sha, y ya le han sacado las castañas del fuego varias veces. Francia acoge en un pueblecito de los suburbios parisinos a su principal oponente, el ayatolá Jomeini. Han decidido celebrar una conferencia internacional. Por entonces, bastaba con ser tres o cuatro para celebrar una

conferencia internacional, lo mismo que para jugar a las cartas. Alemania, ocupada por los tres primeros, es a menudo el cuarto jugador.

Es Francia la que organiza la cumbre. En Guadalupe. Seguramente porque hace calor en enero. En las fotos, todos lucen bronceados y bastante contentos.

Carter masculla mascando chicle.

Vamos a dar puerta al Sha. Si estáis de acuerdo, se lo diremos a la vuelta —De todos modos, no podemos seguir sosteniéndolo —Dejémoslo ocho días. Apretones de manos, sonrisas, foto. Schmidt y Giscard se conocen y se aprecian mutuamente. Callaghan aprueba todo, siempre que no le pidan que pague —No se puede hacer gran cosa, pero debemos evitar lo peor —¡Lo peor son los comunistas! —No, lo peor es que el petróleo deje de fluir —Todavía tenemos algunos incentivos con el petróleo —Nosotros tenemos un religioso que debería librarnos de los comunistas —De acuerdo, hagámoslo así —Así lo haremos. Apretones de manos, sonrisas, foto.

De vuelta en Washington, Carter masculla mascando chicle.

En París, Giscard d'Estaing dice: No quiero una segunda crisis del petróleo. ¡En Francia tenemos ideas, pero no tenemos petróleo!

De vuelta en Londres, Callaghan es asaltado a pie de pista por un enjambre de periodistas que le preguntan sobre la huelga de camioneros y, en un esfuerzo de pedagogía mal entendida, trata de explicar que hay problemas más graves, como los que sus amigos están tratando de resolver en Oriente Medio. Dice: Oh, ya sabéis, vista con perspectiva, la huelga no es tan grave —Sin embargo, la crisis de los camiones... —La crisis, ¿qué crisis? Está bronceado, sonrío. Foto.

Al día siguiente, en la portada del *Sun*, titulan: *Crisis? What Crisis?*

Cuatro años antes, un álbum de Supertramp llevaba ese título. La cubierta representaba, en colores vivos, a un tipo en traje de baño tumbado en una hamaca, con un cóctel bajo una sombrilla, mientras a su alrededor reinaba, en blanco y negro, un caos indescriptible.

El titular en la portada del *Sun* es casi como imaginar al primer ministro en traje de baño. En ese momento la opinión pública bascula. El gobierno de repente pierde toda su credibilidad, y el laborismo, todas sus posibilidades. El poder es algo muy frágil.

«Thick as Thieves»

THE JAM

Candice está cada día más guapa.

Estas son cosas que les pasan a las chicas —también a los chicos— cuando no se preocupan de su apariencia. Los que están pendientes de su palmito, los que presumen de guapos, se cortan el pelo a la moda y tardan horas por la mañana para combinar su bolso y su bufanda son un hatajo de imbéciles, de perritos falderos. Se acicalan como los viejos, pero los viejos se ven obligados a recurrir a esas estratagemas para ganarle algo de tiempo a su edad. Los jóvenes que no se preocupan en absoluto son los más guapos. Tienen mejores cosas que hacer y más importantes. Tienen la mirada concentrada, la sonrisa resuelta, hablan con seguridad. Tienen un aire salvaje y desdeñoso. Se visten de cualquier manera, no se quitan el sombrero. Son insolentes, provocativos, ambiciosos. Y cada vez más guapos.

Como Candice, con sus ojos grises y sus cabellos enmarañados por la noche, que ahora busca cerveza en la nevera del estudio de baile y se la lleva a los compañeros reunidos en el sótano de la escuela. Se desliza entre los grupos sin hacer ruido, descalza —es norma obligada en el estudio—, se ha puesto sobre su *short* de ciclista un *jogging* demasiado grande que se ve obligada a enrollar sobre las caderas y una camiseta de tirantes que deja ver el cuello, los hombros y, al moverse, el costado recortado en el algodón, la delicada sombra de las costillas, el nacimiento de los senos redondos.

Ensayo un paso de baile y canta entre dientes, como silbando, palabras que vienen a su cabeza sin pensar, *O bloody Richard! Miserable England, I prophesy the fearful'st time to thee, that ever wretched age hath looked upon.* Es el momento terrible en el que Hastings pronuncia su propia condena. ¡Oh, sanguinario Ricardo! ¡Miserable Inglaterra! ¡Te auguro períodos de espanto como no los conocieron las más desdichadas edades!

Rodeando los grupos sentados en círculo, saltando de un pie a otro, se

arquea ligeramente y adopta sin darse cuenta los andares renqueantes de Ricardo. Los que está tratando de crear con Nancy y el resto del elenco para esa escena. Un hombro más alto que el otro, un brazo apretado contra ella, el paso de baile que se hace claudicación saltarina. El rey sabe que no es más que un bufón. Ha entendido el juego del poder. Candice vuelve a sentarse riendo. Con su pelo rojo parece un zorro que entra en el gallinero guiñando un ojo a las gallinas —No os preocupéis, chicas, solo estoy de paso, tengo que volver a casa —¿Otra vez con tu Ricardo III, Candice? ¿Te acuestas con él? — Más que contigo, en cualquier caso, mi amor, ¿estás celoso?

Candice está cada vez más guapa. Sus cabellos son una llamarada. Sus ojos, cenizas acogedoras. Candice es la más guapa. Todo el mundo sabe su nombre. En la escuela de teatro, por la tarde, participa en el movimiento, la miran, la escuchan, le sonrían.

En el trabajo es otro cantar, con esa pandilla de *hooligans*. En City Wheel pasaron de ella cuando sugirió que fuesen a la huelga, «porque, vale, no seremos un peso pesado, pero al fin y al cabo también estamos en el transporte». Ni siquiera le dijeron que necesitaban este trabajo para pagar el alquiler, lo cual era cierto, o que había que apoyar al gobierno laborista, cosa que en realidad les importaba un bledo, probablemente ni siquiera habían votado; no, solo se rieron de la idea de que podían hacer política, de la idea de que la propia Candice pudiese hacer política, se partieron de risa y la putearon durante varios días —¿Quieres que le escribamos a la reina?— y cosas por el estilo. Empezaron a llamarla *Candice the Red*, «la Roja», pero en inglés es más ambiguo porque *red* significa también «pelirroja».

Candice no se inmutaba. Cuando la llamaban así, solía corregirlos respondiendo simplemente: No soy pelirroja, sino ámbar —Como la cerveza, cretinos, a ver si os entra en la mollera. Se encogió de hombros —Panda de borregos, que os explotan miserablemente y no os enteráis. Los chicos, entre risas, decían: Pues como se acabe la cerveza en el pub, porque ya no entregan los barriles, ya sabemos a quién echarle la culpa, a Candice la Roja. La política ni les iba ni les venía. Mientras el Arsenal ganase partidos y el estadio no se cerrase, el resto de Inglaterra podía hundirse en la miseria, con o sin huelga general.

La hicieron rabiarse un rato, pero al final le echaron una mano —Candice es la única chica del equipo—: Vale, Roja, perdón, *Pelirroja*, no te enfades que te ayudamos.

Candice está cada día más guapa. Incluso ellos deben de haberlo notado.

Aceptaron repartir panfletos por ella. En fin, repartir es una forma de hablar. Cindy le pasa a Candice, por la tarde en la escuela de teatro, octavillas del tamaño de una tarjeta postal, en paquetes de quinientos que previamente le entrega su novio. Salen directamente de los talleres de serigrafía de la School House. Hay un poco de todo en el lote: consignas para las manifestaciones, convocatorias de huelgas, conciertos de música *dub* en Brixton, organizados por Rock Against Racism, en apoyo a los comités de estudiantes o a los okupas, en la Roundhouse o en el Screen on the Green, hay un poco de todo —pero todo era política en ese momento—. Candice hace paquetitos de veinte octavillas y le da tres o cuatro a cada mensajero. Se los pasan en el vestuario, a espaldas de Ned. A pesar de su pelo largo, a Ned no le gustaría saber que su empresa se usa para hacer propaganda de izquierdas.

El truco consiste en colgar un paquete en la correa de la bolsa de mensajero, enganchado con una pinza de dibujo. En un momento en que va a toda velocidad, y a ser posible frente a los transeúntes, el mensajero solo necesita un breve gesto para abrir la pinza y todos los *flyers*, haciendo honor a su nombre, vuelan por la calle como una suelta de palomas, sin necesidad de esparcirlas ni de agitar los brazos. Es como si de repente aparecieran en el cielo gris de cualquier calle, saliendo de la nada, revoloteando por encima de los coches por arte de birlibirloque.

En cada parada del siguiente cliente, cogen otro paquete del fondo del saco y lo sujetan con la pinza a la correa. Es sencillo e ingenioso y tiene su punto de espectáculo. Cuando hay una buena conjunción de viento y velocidad, los folletos levantan el vuelo y toman altura en la estela de la bicicleta, se dispersan y aterrizan planeando suavemente a lo largo de la calle. Alzando los ojos al cielo, los peatones se inmovilizan y observan cómo caen unos extraños copos de nieve, resplandecientes como mariposas, en medio del atasco de tráfico. Cuando se dan cuenta de dónde procede esa tormenta de palabras e imágenes en blanco y negro, el heraldo ya está muy lejos, a menudo ha desaparecido en la esquina de una calle o detrás de un autobús.

En los titulares de los periódicos no aparecen esas explosiones espontáneas de octavillas en las calles de Londres, pero ellos se divierten mucho, es como un juego. Le dicen a Candice: Somos rapidísimos —Si hubieses visto cómo volaban esta mañana —La gente mira hacia arriba, creen que caen del cielo —Como si tuviéramos alas en la espalda —Somos como una banda de héroes enmascarados —¿Ves?, al final participamos en tu huelga.

Todo es política.

Algo sin duda muy discutible, porque los comités de okupas y las asociaciones de estudiantes que organizan conciertos de punk o reggae no siempre son muy claros con lo que realmente le reclamarían al gobierno si les propusieran sentarse en el Parlamento. Pero son los tiempos que vivimos. Es una época extraña en la que incluso los sindicatos corren al rebufo de sus tropas en las marchas. La vieja izquierda laborista en el poder parece totalmente desconectada, convertida en el blanco de todas las bromas —La crisis, ¿qué crisis? La gente lo repite mil veces al día con infinitas variantes —La lluvia, ¿qué lluvia? —Los atascos, ¿qué atascos? —La izquierda, ¿qué izquierda?

Candice no puede evitar ser escéptica, pero no dejará de ir todas las tardes a la escuela de teatro mientras dure la ocupación. Cindy y las otras chicas están muy comprometidas con el movimiento, sobre todo Cindy, de la mano de su novio.

Todo va demasiado rápido —dicen los periódicos. Todo va demasiado rápido y probablemente hacia un callejón sin salida, pero da igual —*No future*, al fin y al cabo, es lo que les gusta a todos esos jóvenes que no están especialmente alineados, una mezcla feliz de anarquistas, estudiantes, músicos y jueguistas, todo va demasiado rápido y se acelera, y esto es solo el principio.

Se reúnen, discuten, no están de acuerdo en nada, excepto en que hay que cambiarlo todo. Dicen que se necesita movimiento, que la sociedad dejó de transformarse hace mucho tiempo. Dicen: Mira los partidos, el Laborismo ha muerto —De todos modos, ya no hay trabajo. El paro ha matado a la izquierda. Y eso es exactamente lo que ocurre. Sin embargo, no serán ellos los que se beneficien.

Ellos solo son un movimiento. Están desordenados como una tormenta. Son el aliento frío, la mordedura del invierno.

No sobrevivirían bajo el sol del poder, a su *glorioso verano*.

En la calle, brotan como setas los carteles de la campaña de la derecha. Ni siquiera hay elecciones previstas. Es una campaña de propaganda, una simple campaña publicitaria. Si la izquierda está muerta, por qué no aprovecharlo ellos. Es una campaña muy agresiva, muy divertida también. Por lo visto, acudieron a una empresa de comunicación en la ciudad, una agencia. En los carteles se ve, sobre fondo blanco, una larga cola de parados que serpentea hasta la puerta de una «oficina de desempleo». Son gentes de todas las clases y edades, y hay bastantes en la fila para que todo el mundo se reconozca.

Arriba, en letras enormes, se puede leer: *Labour isn't working*. Es una dilogía, un juego de palabras típicamente inglés. Significa a la vez «el trabajo no funciona» y «el Partido Laborista no funciona», y el juego de palabras, inteligentemente, invita a establecer una relación entre ambos. No hay necesidad de especificar quién está haciendo campaña. La gente ve el póster que se despliega en gran formato por las paredes de la ciudad, las vallas de los solares, las fachadas sin ventanas, y sonrío. Lo aprueban, incluso la gente de izquierdas —también se ven ahí—, incluso los jóvenes, porque es divertido, porque es punk tomar las cosas a broma. Colas de parados en las paredes —*No future!*

«Whip in My Valise»

ADAM AND THE ANTS

«Esta mañana he vuelto a ver a Margaret Thatcher.

»No se puede decir que tenga clase, creo que no la tiene. Creo que precisamente por eso le pidió a “sir Laurence” que le arreglase el asunto con uno de los profesores de dicción de la Royal Shakespeare Company. Quién va a negarle nada al mejor actor inglés de todos los tiempos. Dirigió el Victoria, y ahora dirige el National Theater. Laurence Olivier, “sir Laurence”, como lo llama todo el mundo desde que la reina le concedió el título de nobleza. Menudo papelón. Por lo visto, el hombre está gravemente enfermo. “Sir Laurence”... Hay dos clases de personas que se dirigen a él así, en lugar de llamarlo Laurence Olivier, como todo el mundo. En primer lugar, quienes también lo son, como los aristócratas que pululan alrededor de Ricardo y que realmente lo desprecian al comienzo de la obra. Esos tipos son muy suyos con los títulos. Tienen razón. Si quieres que la gente crea en ello, empieza por creértelo tú mismo. Y luego están los papanatas. Alucino: Nancy y su «Royal», como si fuera la Air Force. Sir Laurence por aquí, sir Laurence por allá. Por lo visto fue sir Laurence quien abrió las puertas de la Royal a la Thatcher. Cuando lo dice, Nancy, que nunca será ni de la Royal ni de la clase alta, parece levitar, participando también de todo ese circo.

»Bah, de todas formas no critico a Nancy. Esas cosas producen el mismo efecto en todo el mundo. Queremos creer que los triunfadores tienen algo especial, algo que se difundiría en torno a ellos, en el aire que respiran, y que nosotros podríamos tener, a fuerza de girar a su alrededor, la suerte de recibir las migajas, como Peter Pan el polvo de estrellas de Campanilla. Es humano creer al mismo tiempo en la justicia y en los cuentos de hadas, creer que los grandes están en su sitio y que todo puede suceder a las personas humildes que los frecuentan. Y, por otra parte, en nuestro entorno, no es tan descabellado. La entiendo, Nancy tiene razón. Si por casualidad «sir Laurence» asistiera a uno

de nuestros ensayos, si hablase con ella por pura cortesía o por curiosidad y, por alguna razón inexplicable, Nancy de repente lo hiciese reír —por ejemplo, con uno de esos chistes sobre las huelgas que deben de gustar a la gente de derechas, en su ambiente de aristócratas y actores famosos asquerosamente ricos, un chiste como el del sindicato de ferroviarios, la *National Union of Railwaymen* —¿Qué quiere decir NUR? —*No Use Rushing*, no sirve de nada apresurarse —Jajaja, son un hatajo de vagos— pues eso, supongamos que se ríe, y que se acuerda un poco más tarde, y en una cena en la ciudad esa misma noche, donde seguramente estarán presentes editorialistas y gente importante, va y dice: Vaya, he visto a esas chicas esta mañana, las Shakespearianas, pronto darán en el Warehouse un *Ricardo III* del que seguramente oiremos hablar. Y si no, al tiempo. ¡Bingo! De un plumazo, un tipo como él puede cambiar el destino de unas chicas como nosotras.

»Y no es cuestión de dinero. En Londres hay tipos que son capaces de perder en la bolsa o en el casino o en la producción de una película sumas que yo no podría ganar en varias vidas. Esa gente podría hacerte rica sin enterarse siquiera. Conducen coches que cuestan un apartamento, mientras que tú ni siquiera puedes pagar el alquiler. Pero es normal, poseen barrios enteros. ¡Barrios enteros de Londres! Poseen tierras desde el siglo XVIII. Deben de ser menos de una veintena, todos primos más o menos lejanos de la reina. Es indecente. A este paso, no me extrañaría nada que cualquier día se comprasen un avión para desplazarse. Es inmoral. Acabarán comprando países, incluso personas.

»Quieren hacernos creer que a ese respecto no hay moralidad que valga. Que el dinero está más allá del bien y del mal, que los medios de adquirirlo pueden ser dudosos. Como el poder. Como Ricardo, descalificado por sus métodos, tirano acusado de engaño, de traición, de crimen, de seducción, pero no de tiranía.

»Si hay tiranos, es que hay soberanos legítimos.

»Si hay dinero sucio, es que hay dinero limpio.

»Venga, muchachos, seguid llenando el baúl.

»Margaret Thatcher lo entendió muy bien, con su profesor de dicción de la Royal puliéndole ese acento chillón de hija de tendero. Esta mañana vino a vernos actuar unos minutos. Se quedó allí, erguida, en el pasillo de la orquesta, con su bolso y su par de guantes. Su secretario, apostado en el marco de la puerta, la miraba incrédulo, balanceándose de un pie a otro sin saber qué hacer ante este nuevo capricho: no estaba previsto que entrase.

»Se acercó lenta, discretamente, pero sin tratar de esconderse. Nancy fue la única que no la vio acercarse: nos miraba de espaldas a la sala. No nos dimos cuenta inmediatamente de quién era, pero cuando caímos en ello, paramos una tras otra de decir nuestro texto, que se quedó suspendido en el aire a media réplica, hasta que Nancy se volvió y lanzó una exclamación de sorpresa al encontrársela ya casi a su altura, a unos pasos del escenario.

»Se informó brevemente y se presentó. Tal vez para ser educada, hablaron de *Ricardo III* unos instantes. Dijo que le parecía interesante que una mujer desempeñase ese papel; que en este país, gracias a la reina, se podían concebir este tipo de cosas, y se me hizo raro que justificase así lo moderno con lo antiguo, la audacia con la tradición, pero sin duda es su forma de pensar. Añadió que tal vez ella también, en este mundo de hombres que es la política, quizá antes de lo que pensamos..., y no acabó la frase. Dijo: Pero Ricardo es un personaje detestable. Y me preguntó qué pensaba de él, si no era difícil actuar a causa de ello.

»Titubeando, solté unos cuantos tópicos sobre el poder, cosas sin interés. Quería tirarle de la lengua, provocarla. Le pregunté: ¿Y usted por qué quiere el poder? Porque usted no parece el buen samaritano.

»Me miró de una forma, como si pudiera hacerme pedazos, como una simple hoja de papel que se estruja y se tira a la papelera. Había un profundo desprecio en la mirada de Margaret Thatcher. Una cólera contra todo lo que definitivamente había dejado atrás para triunfar. Y odio. Un odio feroz y total contra todo lo que pudiese parecer debilidad. Es el odio de los fuertes. Vi ese odio en sus ojos. Bajo su pelo cardado y su afilada nariz, sus finos labios acabaron sonriendo. Sus ojos permanecieron fríos. Dijo, y lo escribo ahora para no olvidarme de ello, sonrió finamente y juro que dijo: “Nadie se acordaría del buen samaritano si solo hubiera tenido buenas intenciones. También tenía dinero”.

»Luego, hizo mutis por el foro.

«Never Trust a Man (With Egg on His Face)»

ADAM AND THE ANTS

Hay todo tipo de cálculos y tejemanejes por los pasillos de los palacios. Acuerdos, traiciones. Nada ha cambiado. Para gobernar en una democracia, es necesario constituir alianzas entre partidos, como si fuesen clanes de grandes familias capaces de recaudar impuestos, de formar ejércitos. Si me ayudas a ganar esta guerra, te doy una provincia. En la desbandada del invierno de 1979, el Partido Liberal abandonó a los laboristas.

Los liberales mantuvieron el acuerdo solo para hacer frente contra un enemigo conservador común, pero ya no aprobaban la cabezonería del gobierno de Callaghan. Ese es el titular de prensa, *cabezonería*. Podrían haber escrito *tenacidad*, *coraje*, pero la basura en Londres se acumula en los jardines y en las plazoletas con las verjas ya cerradas, delante de los edificios. En Liverpool, las funerarias se han declarado en huelga. Ataúdes vacíos, a modo de barricadas, frente a las puertas cerradas. Cadáveres esperando en las cámaras. Ataúdes en la calle. Es la sorprendente portada del *Sun*: ataúdes amontonados en la calle, apilados de través, como una profanación. Cuando vemos la imagen, no entendemos de inmediato que pueda tratarse de una huelga. Lo primero que te viene a la cabeza es: ¿Dónde están los cuerpos? Y luego: ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha causado tantas muertes? Ataúdes en la calle. Piensas en la guerra. Había provisión de ataúdes ante las funerarias durante los bombardeos de Londres. En la portada del *Sun*, la imagen parece decir: el país está en guerra.

A Callaghan le importan un bledo los liberales, pero necesita sus votos en el Parlamento o no sobrevivirá a las mociones de censura presentadas regularmente por los conservadores. Llega a un acuerdo con los escoceses y los galeses, promete la celebración de un referéndum sobre la devolución de poderes a los parlamentos regionales a cambio del apoyo en su guerra de trincheras contra la Thatcher y los *tories*. Y al principio, funciona. Las

primeras mociones solo las gana por diez u once votos al comienzo del invierno y de este maldito movimiento de huelga, luego más justo cada vez, y sigue bajando, pero se mantiene.

Con cabezonería.

Frente a él, durante las comisiones de asuntos económicos, la primer ministro del *shadow cabinet* lo mira fijamente a los ojos, lo taladra con sus fríos ojos azules hasta conseguir que él baje la mirada. Ella no dice nada. Se mantiene erguida y sonríe ligera, irónicamente, la nariz afilada, el peinado perfecto. Se pone carmín en los labios antes de hablar. Lanza sus cortas frases asesinas cuando está segura de que todo el mundo la escucha, especialmente los periodistas.

Ella le deja hacer grandes discursos sobre la inflación, sobre la fase IV del plan de lucha contra la inflación. Él habla del fracaso de la política monetaria, de la necesidad del control de los salarios que son el corolario de los precios. La mayoría de la gente no entiende nada de economía. Ella le da cuerda. Y sonríe ligeramente. Luego se retoca con su lápiz de labios delante de todo el mundo y declara, frente a la cámara: «En política, si quieres que alguien diga algo, pídeselo a un hombre; pero si quieres que alguien haga algo, pídeselo a una mujer».

Y la mitad de Inglaterra se ríe.

La votación sobre la devolución del poder a Escocia tendrá lugar el 1 de marzo y será un éxito. Sí. La mayoría de los escoceses votarán «sí».

Pero todo el mundo se había olvidado de que el mismo gobierno había hecho votar en el Parlamento, unos meses antes, una salvaguarda que se volvería contra ellos, al estipular que haría falta una mayoría cualificada del 40 % de los inscritos para que la votación, incluso mayoritaria, se tuviese en cuenta. Entonces nadie quería esa ley. Entonces los votos escoceses no eran tan cruelmente necesarios en el Parlamento.

Los escoceses votarán «sí». Los que van a votar, pero no serán suficientes. No representan el 40 % de los inscritos. El «sí» ganará y, sin embargo, no habrá devolución de poderes. Una campaña fallida. El sentimiento de traición. El laborismo falla a todo el mundo. Callaghan, decididamente, no puede cumplir su palabra. No dispone de medios para hacer lo que dice.

Se acabó, ella podrá exigir una nueva moción.

Esta vez tiene la oportunidad de derribarlo —Lo tiene de rodillas —Sus aliados han huido —*¡Mi reino por un caballo!* —Ahora o nunca, Callaghan. Pero nadie responde.

No más promesas, no más alianzas. No más cálculos, no más artimañas.
Ella se retoca el peinado con una mano, revisa su atuendo, frunce los ojos,
levanta la barbilla, se pinta los labios.
Sonríe.

«She's Lost Control»

JOY DIVISION

Cuando se quita la sudadera o el pantalón de deporte, Candice tiene en sus brazos y piernas extrañas rayas rosadas que siguen más o menos el dibujo de sus venas y los pliegues de la ropa. Es el frío. Traza marcas en su cuerpo, estrías secas y ligeramente en relieve similares a quemaduras. Como no se desplaza más que en bicicleta, y no solo para ir al trabajo, sino también para ir al teatro o a la escuela y para volver a casa, no hay forma de deshacerse de ellas. Se ha convertido en una especie de alergia, como irritaciones que se hubiera provocado a fuerza de rascarse, y que se habrían transformado en llagas superficiales, pero dolorosas. Lo peor son los roces del sujetador, de los aros bajo el pecho y la licra ajustada bajo las axilas. Los elásticos de las bragas se le clavan en las ingles. Se pone bajo la alcachofa de la ducha. Baja la cabeza, cierra los ojos. Su rostro se crispa en una mueca de dolor, porque el calor, al principio, no la calma en absoluto, al contrario, reaviva y quema todas las zonas donde la piel es más frágil, más fina, todas las malditas líneas rojas como pequeños latigazos, venas reventadas, que pican como si estuviesen en carne viva. Espera apretando los dientes porque sabe que al cabo de un rato el calor la envuelve. Se difunde por todo su cuerpo. Como si el dolor se fundiese. Se va mitigando poco a poco. Solo queda el calor. El vapor de agua llena la pieza, un minúsculo cuarto de baño, como una sauna pronto irrespirable. Se queda allí, bajo la ducha caliente, con la cabeza gacha, los ojos cerrados, hasta que ya no siente los brazos, ni las piernas, ni dolor alguno, ni tortícolis en la nuca, ni la marca bajo los senos o en el nacimiento de los muslos, ni la planta de los pies ni los dedos que pican, hasta que no hay nada más que calor.

Candice ha perdido unos cuantos kilos desde que hace ese trabajo. Desde que se levanta al amanecer para acudir a los ensayos. Desde que pasa parte de sus noches en la escuela de teatro, planeando la caída del capitalismo. Esto la

ha envejecido un poquito. Tiene las mejillas huecas como las actrices de la posguerra, es como si su boca hubiese crecido. Tiene los ojos hundidos y sus párpados redondos están subrayados por una sombra azul. Sus músculos se perfilan en sus piernas cuando se mueve. Líneas francas, de silueta a plumilla, huecos marcados, ángulos en las articulaciones, y luego curvas salientes, rotundas y finas, redondeces, los senos, las nalgas, las rodillas, los hombros, sombras como cortes en el tejido de la piel. No son arrugas, a su edad, pero con la fatiga aparecen pequeñas nervaduras en la epidermis. Grietas como en la cocción de un esmalte o en el envés de las hojas, como la flor de *Physalis*, que se vuelve translúcida al secarse, ligerísimos e imperceptibles crujidos de escarcha en la superficie del invierno.

No se para a pensar si le gusta su cuerpo, pero vive muy a gusto con él. Sus senos, demasiado pequeños, pero al menos bien torneados, son bonitos, en fin, cree que se pueden considerar bonitos, vale, y su vientre que se ha alisado, sin duda, pero que se ha quedado algo blando a pesar de todo, se ve porque hace pliegues cuando se inclina, bueno, todos los vientres hacen pliegues cuando se ahuecan y se inclinan, vale, y sus piernas, sí, los muslos enrojecen bajo el agua caliente, pero ya no hay marcas raras, los cardenales del frío, vale, puede que tenga las caderas un poco anchas, ella no lo dice así, siempre ha pensado que tenía mucho culo, no hay que exagerar, la cosa es que tiene las nalgas, y sin duda las caderas un poco anchas, que le hacen un torso fino y alargado, como si las piernas comenzaran un poco bajas, lo que da esa impresión de caderas anchas, pero eso le hace una cintura de avispa, fue su madre quien se lo dijo, una cintura muy fina con el vientre un poco blando, pero muy plano, pequeños senos redondos, todo en su sitio, vale.

Repasa el día y aleja la ira, la mantiene a raya, la guarda para más tarde. Primero le gustaría recordar lo que pasó.

Pamela le sonrío cuando abre la puerta de la agencia al vuelo —¡Hola, petardas! Como todas las mañanas. Los chicos se giran, saludan, le devuelven la sonrisa con un movimiento de cabeza. Tal vez un poco menos ruidosos y un poco menos sonrientes que de costumbre. Luego, en el vestuario —¿Puedo hablar contigo? Estoy jodido, Candice, no es culpa mía, es Ned, me mandó venir, me llamó ayer, no sé cómo se enteró de lo de los panfletos.

—¿Puedes venir cuando acabes tu turno, Candice?

Ned había asomado por la puerta entreabierta y todos habían bajado la cabeza. Ni siquiera esperó la respuesta. Candice se había quedado como en suspenso, preguntándose qué podría pasarle. Si iba a cantarle las cuarenta, a

echarle una bronca, incluso a despedirla por eso —Lo siento mucho, Candice —No es culpa tuya. Ya veremos. Con las huelgas, había trabajo a patadas, y con el invierno, los aspirantes no perdían el culo para hacerlo —No te preocupes, no es culpa tuya.

No era el momento de ser despedida.

¿Cómo había pasado? Cierra los ojos bajo la ducha caliente. Aprieta las mandíbulas. Aprieta los puños. No había esperado hasta el final del día. Había pensado, antes de entregar los últimos sobres de los últimos clientes, calentarse un poco, tomar un té, cambiar la cazadora, estaba empapada.

Pamela le había propuesto volver con ella —He terminado, pero ¿quieres que te espere? —Solo estoy haciendo un descanso, ¿está dentro? Pam asintió con un gesto de la barbilla hacia la puerta del despacho, luego terminó de ordenar sus cosas y se fue —Hasta mañana, bonita.

Cuando Candice entró en el despacho, al principio pensó que todo iría bien. Él se levantó, incluso le ofreció beber algo. Mantuvo su sonrisa cuando empezó a hablarle de los panfletos. Ned es un poco blando, y sonrío todo el tiempo, pero eso no quiere decir nada. La tocó, la tomó del brazo. A Candice no le gustan esas confianzas, pero en ese momento no dijo nada, no retiró el brazo con violencia, no puso a Ned en su sitio, tal vez porque se sentía culpable con el asunto de los panfletos. El muy cabrón insistía, con su sonrisa de hijo de puta, le pasaba por las narices su culpabilidad, se regodeaba, era evidente que le divertía hacer que la comedia durase.

Candice reprime un escalofrío y cierra los ojos bajo el agua hirviendo.

Que si nuestros clientes por aquí, que si el prestigio de la empresa por allá, que si la reputación —Mi reputación personal, entiendes, porque a la mayoría de nuestros clientes los conozco personalmente —que si los bancos por aquí, que si los abogados por allá —Y en público además, delante de todo el mundo —y luego estaba la cuestión de su autoridad —Porque, imagínate, tus compañeros, todos actuaron a mis espaldas, y eso no puedo permitirlo porque es mi autoridad lo que está en juego. Y durante todo el sermón, el tono iba subiendo lentamente, ella lo dejaba hablar solo y él se iba excitando poco a poco, la tocaba, una palmadita en el hombro —Entiendes, una cosa así no puede pasar—, la cogía del brazo —Te voy a enseñar el fichero de clientes. Se estaba poniendo cada vez más histérico —Debería despedirte, Candice, podría hacerlo, ¿sabes? Empezó a alzar la voz, a decir cosas hirientes —¿Qué coño tenéis las tías en la cabeza? ¿Es cosa de vuestros melones que os impiden reflexionar? Y recuerda que al decir esto le dio una palmadita en las

nalgas. Candice cierra los ojos y se hunde un poco más bajo la ducha, recordando que fue en ese instante cuando las cosas empezaron a ponerse realmente incómodas, pero en ese momento no dijo nada, ni ante la palmada en las nalgas ni cuando él le tomó la barbilla entre dos dedos para enseñarle la lección —No es muy inteligente lo que hiciste, debería castigarte por eso, sabes. Él estaba cada vez más cerca. Hablaba cada vez más cerca de su rostro. Tenía las dos manos sobre ella en ese momento, en sus brazos, como si fuera a sacudirla. Candice podía oler su aliento a tabaco.

No entendía. Estaba jodidamente mal, pero no entendía lo que pasaba. Se desliza bajo la ducha, se sienta en el plato de esmalte, con los brazos alrededor de su cuerpo, como si tuviese frío, bajo el agua hirviendo. Recuerda que estaba paralizada.

Porque parecía un loco.

Porque jamás había pensado que podría ocurrirle allí, en el trabajo, encontrarse con un loco, como en la calle.

Porque debía de pesar treinta kilos más que ella.

La aplastó contra la pared. Tenía sus brazos firmemente agarrados, aunque era imposible liberarse. La apretó contra la pared. La besó en el cuello, ella tuvo el tiempo justo de girar la cabeza por lo que solo le alcanzó el cuello, resoplando como un buey en su oreja mientras le decía: —Te voy a follar, voy a hacer que te corras, putita, ya te enseñaré yo, te voy a pasar por la piedra, vas a saber lo que es bueno. Candice se quedó rígida. Paralizada. Diciéndose: No es verdad lo que me está pasando. Él mete la mano por debajo de su camiseta, se la arranca a medias, la manosea como si quisiera hacerle daño. Y Candice, incapaz de reaccionar. La misma Candice que ahora se encoge bajo la ducha hecha un guiñapo. El miedo paraliza, joder, el miedo nos impide actuar en el momento en que más lo necesitamos. A pesar de todo, intenta rechazarlo con su mano libre y comienza a gritar al mismo tiempo, y se produce un instante de vacilación en la mirada de Ned. Candice lo aprovecha para liberarse.

Él ha recuperado su sonrisa —Vaya, no quieres, eh, pues no vamos a enfadarnos. Intenta tocarla de nuevo. El cuello de su camiseta está tan estirado que se le ven los pechos. Retrocede hacia la puerta. Si lo insulta ahora, volverá a ponerse furioso, pero ya no tiene miedo, es su turno —¡Hijo de puta! —Venga, mujer, pasemos a otra cosa, ¿de acuerdo? —¡Que te jodan! —Borrón y cuenta nueva, Candice, pero no más bromas, ¿eh? —Me largo —Eres muy mona, ¿sabes? —¡Que te jodan!

Espera a dejar de llorar para salir de la ducha.

Aunque las lágrimas no se puedan ver en el agua caliente y no haya nadie en su casa.

Se arrastra un poco con la toalla alrededor de las caderas. Pone la música a todo meter. Abre una cerveza. Sube el volumen.

Su ropa está desperdigada por el suelo, las prendas de andar en bici. La cazadora de City Wheelz, con esa gilipollez del hippie de pelo largo y alas en la espalda pedaleando en las nubes. Su bolsa de mensajero. Tendrá que devolver todo eso. Mañana, no, pero tendrá que hacerlo, se lo dará a Pamela. Habría sido mejor dejarlo todo allí, pero se largó sin pensarlo. Primero una cerveza, luego ya se verá. Se pone una camiseta limpia, unas bragas. El frío de la noche le da en la cara cuando levanta la guillotina de la ventana. Detrás de ella, Ian Curtis comienza a cantar su canción para el patio de luces del edificio, con su voz oscura que resuena como un millón de latas balanceándose en las escaleras de emergencia.

Maquinalmente recoge las prendas y las enrolla en un ovillo al lado del sofá. Abre la bolsa de la mensajería —Y mierda.

Hay una carta dentro. Era la última de la jornada. Un sobre para entregar con acuse de recibo. Es una dirección en el Soho. Para un tal John Jones.

«Look Back in Anger»

DAVID BOWIE

«¿Así que eso es el poder?

»¿Es siempre como maltratar a un niño?

»Niña mala. Te voy a enseñar quién manda aquí. Mírame cuando te hablo, baja los ojos cuando te llamo la atención.

»Nunca deberían regañarnos por nuestros errores. Solo son errores, nada más. Sabemos que los hemos cometido, y sabemos que son errores. ¿Qué es lo que se busca, al final, pasándonoslos por las narices, diciéndonos que no está bien como si no lo supiéramos, qué se busca aparte de humillarnos? ¿De qué sirve humillarnos?

»¿Eso es el poder?

»Dar una bofetada a un niño.

»Darle patadas a un perro.

»Forzar a una mujer —forzar a una mujer como se fuerza una puerta, simplemente pasando por encima, hasta que cede.

»Desahuciar a los pobres —desahuciar a los pobres rompiendo sus puertas a hachazos, hasta que cedan.

»¿Eso es el poder?

»Dime, Ricardo, ¿es eso lo que buscas? ¿Esa comedia? Porque sabes que no es más que una comedia. Tal vez no lo busques, en el fondo. Tal vez estés tratando de abrirnos los ojos, para mostrarnos cómo funciona esto. Por eso no eres un monstruo, un enfermo, un psicópata, no eres un gran criminal, ni un gran estratega, ni siquiera un gran orador. Eres un comediante, Ricardo. Un bufón contrahecho. Saltas y gesticulas. Finges. Más allá de tu propio papel. Finges amar, odiar, gobernar, querer. Y los dominas a todos.

»Porque eso es el poder, no es más que eso: una comedia.

»Como abofetear a un niño.

»Humillar a un subordinado.

»Forzar a una mujer.

»Venga, eso no es serio. ¿Cómo vamos a tomarte en serio haciendo eso? ¿Cómo puedes enorgullecerte de ser así, un fuerte entre los débiles? ¿Cómo puedes creerlo tú mismo?

»Es tanto como pretender que los pobres lo son a propósito. Que quienes no deciden nada son la causa de todos los males. Que a las mujeres les gusta ser maltratadas. Que los niños desean ser castigados.

»Ah, los has subyugado, Ricardo, has hecho un buen trabajo con ellos, los has poseído.

»Y al final, sin embargo, los humillados se levantan.

»Estamos en la víspera de la batalla. Richmond se ha alzado en armas, ha reclutado hombres armados incluso entre tus enemigos franceses. Surgen los espectros.

»Los espectros de Enrique, de Clarence, de Rivers, de Grey, de Vaughan y de Hastings, los espectros de los jóvenes príncipes, el de Lady Ana, incluso el de Buckingham. Al final, los espectros se levantan y te visitan, te maldicen, te humillan y te castigan. ¿Son la justicia? ¿La venganza? ¿Son tus remordimientos? Al final, los espectros te persiguen, Ricardo. Te repiten por turno: Mañana, en la batalla, piensa en mí, desespera y muere. *Despair and die*.

»Siempre habrá batallas, así que, ya ves, yo también puedo decirlo, aunque solo sea en mi diario:

»Mañana, en la batalla, piensa en mí.

«Candidate»

JOY DIVISION

Durante el mes de abril, Margaret Thatcher recorre el país a bordo de su «autobús de batalla», donde su equipo de campaña acredita a periodistas cuidadosamente seleccionados, que pagan religiosamente su lealtad y su asiento, 600 libras. La agencia Saatchi & Saatchi de Londres renueva los carteles pegados por todas partes durante el invierno: *Labour is still not working*, se puede leer en las fachadas de edificios, vallas y marquesinas. Al igual que en la primera campaña, se ve en los carteles una multitud de personas haciendo cola, pero esta vez no solo ante una oficina de empleo, sino también ante un hospital o un albergue. Hace frío.

La misma agencia de publicidad es la responsable de renovar la imagen del Partido Conservador, mientras realiza numerosas encuestas periódicas. Se trata de persuadir a las «mujeres de sectores populares de la categoría C2», en palabras de su director de campaña Gordon Reece, exproductor de *shows* de televisión, que fuma puros y solo bebe champán. La categoría C2 son las trabajadoras cualificadas, las empleadas de oficina. Consumen masivamente los periódicos de la tarde que llegan a más de siete millones de personas. Necesitan imágenes.

La Thatcher estudia las encuestas en el autobús. Visita dos circunscripciones al día, y dos fábricas. Por la tarde, da un discurso en un mitin local.

Cada día, el programa minutado se distribuye a todos los periodistas cuidadosamente seleccionados del *battlebus*. Por lo demás, son libres de escribir o hacer fotos.

En sus discursos, ironiza, juega con los miedos, el sentimiento de decadencia. *Si no cambiamos de dirección, nuestra gloria como nación pronto será una nota a pie de página en los libros de historia, el recuerdo de una isla lejana, perdida en las brumas del tiempo, como Camelot, cuyo*

noble pasado se evoca amablemente.

Siempre ha sido dura en sus discursos. Incluso llegó a decir: *La gente que se encuentra con dificultades revierte sus problemas en la sociedad. Pero ¿quién es la sociedad? ¡No hay tal cosa! Hay personas, y las personas, ante todo, se ocupan de sí mismas.*

Eso le viene de su educación, sin duda. En las entrevistas, no le duelen prendas en reconocer que fue criada por una abuela victoriana. *Nos enseñaron a trabajar duro, a demostrar nuestra valía, a ser autónomos y a no vivir por encima de nuestras posibilidades.* Lo que equivale a decir que los parados y los pobres son responsables de su suerte.

Se la llama sucesivamente *Atila el Huno, la Dama de Hierro, el Gran Elefante, la Mujer Sanguinaria.*

Pero en las fotos es tranquilizadora, cercana, es casi corriente y vulgar.

En Suffolk viste un traje sastre gris perla. Tiene que visitar una granja, pero al acercarse ordena parar el autobús cerca de un prado. Se calza unas botas de goma. Arrimado a la empalizada hay un ternero. Acaba de nacer, apenas se sostiene sobre sus patas. Entra en el prado, un poco indecisa, agarra el ternero por el pescuezo y lo acaricia largo rato. Se arma de valor, lo toma en brazos y lo alza como un trofeo. Se ríe. El ternero no lucha. La cosa funciona. Los periodistas disparan sus cámaras durante quince minutos.

Visita una fábrica de ropa en Leicester. Después de charlar muy natural con una empleada, le pregunta si puede sentarse en su lugar, delante de la máquina de coser, y cose un bolsillo en la pechera de una chaqueta. El capataz, a quien vemos en la foto, muy sonriente, les dice a los periodistas cuidadosamente seleccionados: ¡Si no sale elegida, la contrato!

Camina hacia la entrada de una fábrica Kleeneze, en Bristol, acompañada por el director y algunos empleados seleccionados. Le enseñan las novedades: pequeños electrodomésticos, escobas, guantes, productos de limpieza. Delante del director estupefacto, agarra una escoba y finge limpiar el suelo de la fábrica.

Sigue dando imágenes.

Los periódicos la siguen. Los periódicos la adoran.

Hace ocho años que Larry Lamb, el editorialista del *Sun* que en enero había acuñado la expresión *el invierno del descontento*, es redactor jefe. Cuando la Thatcher era secretaria de Estado para la educación y acababa de suprimir el vaso de leche que se les daba a los niños por la mañana en las escuelas públicas, le puso el apodo de *the Milk-Snatcher*, la ladrona de leche.

Sin embargo, hoy, en vísperas de las elecciones, el mismo Larry Lamb decide titular en la portada del *Sun*: Esta vez, vote *tory*.

«In the Flat Field»

BAUHAUS

Candice llena página tras página de su agenda. Ha superado con creces la fecha de hoy.

«Hay muchas formas de conquistar el poder. Por la fuerza, la astucia, la seducción, la conspiración, el miedo... Ricardo echa mano de todas y, a veces incluso las mezcla un poco. Engatusa a sus sobrinos. Los asesina. Seduce a sus enemigos. Aterroriza a sus propias tropas. Intenta aliarse con Hastings. Trata de intimidarlo. Pide su cabeza. Repugna a las mujeres. Seduce a Ana. Corrompe a Isabel. Hace promesas a Buckingham. Lo maltrata. Es un auténtico psicópata.

»Nancy llama a eso *orden contradictoria*. Pegas a los hijos y los abrazas. Los insultas y luego lloras. Mira en qué estado pones a tu pobre madre, desgraciado. Ya te enseñaré yo respeto, hijo de puta. Dice que así se forman personas totalmente neuróticas, inestables, incapaces de desarrollarse emocionalmente. Dice que es una técnica de tortura psicológica muy conocida. Que se encuentra también en los libros de gestión desde la crisis. Nancy emplea el tiempo que haga falta para explicar las cosas. Repite que, en una buena puesta en escena, no hay que reparar en medios. Para interpretar a Ricardo, insiste, hay que entender cómo funciona el poder hoy.

»Se trata de sacar al empleado de su zona de confort. De pedirle cosas que se supone que debe hacer al margen de sus funciones. Le encomiendas tareas que sobrepasan ligeramente sus atribuciones, halagándolo, diciéndole que le estás dando nuevas responsabilidades, ilusionándolo con un aumento o un ascenso. Pero en realidad, lo empujas a la culpa. Le pides cosas que realmente no sabe hacer, pero parecen seductoras. Redobla su celo. Le dedica mucho más tiempo que a su tarea ordinaria. Despliega una energía inusitada, que no habría empleado si ese hubiera sido su verdadero trabajo. Y al final, o no es capaz de hacerlo, o empieza a cagarla en su verdadero trabajo, que ahora

descuida. Te cebas con él. En una reunión. Lo descalificas delante de todo el mundo, lo humillas.

—Eres una mierda, ¿cómo coño vamos a salir de esta? Todo dios trabajando como burros y tú la cagas. ¿No te da vergüenza?

»Tú eres la jefa. La secretaria general del diablo. La Ricardo III del despacho ejecutivo. Respetada, temida. Ahora necesitas aliados. Vas a subir en el escalafón a los mediocres. A los Buckingham que sueñan con castillos.

»Les das responsabilidades. Los empleados veteranos no dan una. Haces pasar por encima de ellos a subalternos sin cualificación que te acabas de agenciar. Antes de que los catapultases, no eran nada porque no tenían ningún talento. Eran tipos que probablemente fueron maltratados de pequeños en el patio de recreo. No tienen nada mejor que hacer que soñar con conquistar el poder para vengarse, para joder a los demás. Son tipos que siempre han escupido a sus profesores. Vomitan injurias contra los intelectuales y desprecian a los artistas. Son unos verdaderos cenutrios. Son tus amigos. Te lo deben todo. Los asciendes. Les das responsabilidades. Y, por supuesto, no hacen nada. Castillos en el aire. No saben. Eso es exactamente lo que querías.

»Es el caos.

»Reinas, por fin, sola. Eres la única promesa del orden. Nancy sonrió diciendo eso y sé que se dirigía a mí. Es espeluznante, pero tiene razón. Ricardo III es cuando el poder más absoluto no proviene del orden, sino del caos total.

»Es la crisis.

»Los parados no querían condiciones de trabajo, querían trabajo.

»Oodian a los sindicalistas, a los comunistas, al gobierno de izquierdas. Ellos son los pobres entre los pobres. Los parados, los sintecho, los okupas, a los que pronto se unirán los estudiantes sin futuro, los becarios de larga duración, todos los trabajadores precarios y maltratados de todos los sectores en crisis, deficitarios, abandonados. La energía, el acero, los transportes, la salud, la escuela, la justicia, en ese orden. No es culpa de nadie. Es la crisis.

»No hay que hacer nada para reinar. Solo esperar. Es lo que dice Nancy. Es lo que Buckingham le dice a Ricardo, cuando hacen esperar al alcalde y a Catesby, Hacedos el inocente: responded siempre no y aceptad. A veces, para tener el poder, hay que saber contentarse con no hacer nada. Tartufo también se hacía el inocente.

»Y eso es exactamente lo que está pasando ahí fuera. La Thatcher se hace la inocentona. Las huelgas —tres meses de huelga, treinta millones de jornadas de trabajo perdidas—, el país paralizado, las huelgas, no puede evitar sonreír cuando tratan el tema en su presencia. No hace nada, no tiene que hacer nada. Sonríe. Sus ojos relampaguean de malicia —en el escenario vemos a veces ese brillo en la mirada del *partenaire*, la segunda intención de una risita nerviosa. Sonríe con disimulo apretando los labios. El país está tan exasperado que ella no tiene que hacer nada.

»Es la crisis.

»La semana pasada, se fotografió en un supermercado en los suburbios de Halifax. Está de pie frente al supermercado. Lleva colgada en cada brazo una bolsa de redecilla con la compra. Una de las bolsas, de color azul, está llena a rebosar. Ha metido dentro todo lo que se podía comprar con una libra en 1974. Se ve un paquete de *corn flakes* que sobresale. La otra, de color rojo, es pequeña, deprimida, enferma, parece el testículo de un viejo. Está medio vacía. Mira al pueblo a los ojos, al fondo del objetivo, y sonríe de oreja a oreja. Dice, levantando ligeramente la bolsa roja: *Esta también contiene los alimentos que podemos comprar con una libra, pero en la Inglaterra laborista de 1979. ¿Qué mejor curso de economía sobre la inflación?*

»No tiene que hacer nada. Es como si ya hubiera ganado.

»Vuelvo a pensar en aquella señora pavisosa, con su boca de culo de gallina y su voz chillona, hace tres meses, cuando vino al teatro. En Cardiff, hace unos días —lo he leído en el *Daily Mail*—, estrenó su nueva voz profunda y pausada de la Royal Shakespeare Company, esa que ya no parece de mujer ni de pueblo, y dijo: *Vamos a barrer este pasado reciente, sombrío y lúgubre. ¡Acabemos con el derrotismo! Bajo la bandera de la elección y la libertad, un nuevo y emocionante futuro está llamando al pueblo británico, un futuro digno de su glorioso pasado.* El título del artículo, era: «La mujer que puede salvar a Inglaterra».

»*Make Britain Great Again.*

»Mi padre no sabe lo que significa, pero ahora también, en la mesa, habla de Rudyard Kipling y del Imperio como si fuese una promesa de futuro. Como si ese zángano y sus amigos del club fuesen a transformarse de *hooligans* en dinámicos empresarios de la Inglaterra del mañana. Van a ser laminados. Los van a poner de patitas en la calle, los van a humillar, a aplastar, en beneficio de jóvenes lobeznos con dientes de seda. Ni siquiera se dan cuenta.

»Oh, sí, Inglaterra se recuperará. Los banqueros se recuperarán. Los

accionistas y los hombres de negocios, los agentes y los corredores de seguros se recuperarán. Los abogados fiscales. Toda la City se va a levantar, tanto que tendremos la impresión de que se empalma.

»El resto lo venderán a precio de saldo. Privatizaciones, quiebras en serie, despidos masivos. Serán las grandes rebajas de invierno, por cambio de colección. La crisis se instalará. Se convertirá en una forma de gobernar. Se pregonarán las bondades de las carreras múltiples, los chicos para todo, los trabajos ocasionales, y por qué no, el regreso de las mujeres al hogar, el *do it yourself*, la desenvoltura y el mercado secundario. Los parados serán cada vez más numerosos. Pero serán de derechas.

«Boys Keep Swinging»

DAVID BOWIE

Candice no volvió al trabajo. La bolsa de hule de mensajero y la K-way de City Wheelz las arrojó al cubo de basura. Tuvo sus dudas con la K-way, porque es una prenda muy práctica para la bicicleta. La carta, en cambio, no se atrevió a tirarla. El sobre anduvo de un lado a otro de la mesa del salón durante días. Candice se llenaba de buenas razones para no ocuparse de ello.

La primera, que el nombre que figuraba en el sobre, John Jones, casi no parecía un nombre —qué ridículo. Jones era el nombre del gato de *Alien*, que acababa de estrenarse.

Candice trataba de convencerse de que no podía tener mala conciencia por no haber finalizado un trabajo para Ned. Había tantas razones para odiar a Ned que no mostrar diligencia era lo mínimo.

Para tranquilizarse, se decía a sí misma que, si la carta hubiese sido urgente —lo que era el caso puesto que habían utilizado un servicio de mensajería—, el remitente ya habría enviado una copia.

También se decía que si la carta había sido urgente, cada vez lo era menos. De hecho, cada día que pasaba, paradójicamente, hacía que su entrega fuera menos urgente. Recordó una historia ocurrida en los inicios del teléfono. Un lord —imposible recordar quién era exactamente— había mandado instalar uno en el vestíbulo de su casa. Cuando lo llamaban, descolgaba preguntando: ¿Es urgente? Por cortesía, sus interlocutores le contestaban invariablemente que no corría tanta prisa. Bueno, pues escíbame, respondía imperturbable. Y colgaba.

Pero la carta seguía ocupando un lugar sobre la mesa y, como la mirada de Candice se encontraba con ella cien veces al día, daba la impresión de que quería burlarse de ella o de hacerla sentirse culpable a pesar de todo. Con el cese de las huelgas y del movimiento estudiantil, Candice pasaba mucho más tiempo en casa. Solo los ensayos matutinos y las clases nocturnas la sacaban

de casa. No había hablado de ello con nadie.

No podía tirarla. Eso es lo que debería haber hecho, pero no podía. En general, las cartas enviadas por mensajería a particulares no anuncian buenas noticias.

Los laboratorios de análisis notifican enfermedades incurables —como si fuera urgente saber que uno se va a morir.

Los despachos de abogados envían amenazas y requerimientos, anuncian divorcios y dificultades —pero demasiado tarde para que se puedan arreglar las cosas.

Las compañías de seguros protestan del compromiso de su responsabilidad, en virtud de una cláusula en letra pequeña —al fin y al cabo, asegurarse de no tener la culpa es un oficio.

Los banqueros reclaman dinero —en general a quienes no lo tienen.

Las empresas despiden —allanando el camino de los divorcios a los abogados y de las bancarrotas a los banqueros.

Era algo que odiaba de ese trabajo. Cuando las personas o las empresas envían tarjetas de felicitación, confían en el correo ordinario, pero es para las malas noticias, en general, por lo que están dispuestas a pagar un servicio de mensajería. Para estar seguros de que llegarán, de que nada las detendrá, de que ningún milagro, o conmiseración podrá parar la mala suerte. A menudo había sido ella la inocente portadora de la desgracia. Era a ella a quien le solían encargar las entregas a los particulares. Ned decía que las mujeres tenían más psicología. Menos mal que no era muy frecuente, pero en algunas ocasiones sorprendía la mirada de asombro del tipo al que le daba el sobre y el registro para firmar, que nunca había visto a un mensajero en bicicleta y que la miraba como si acabase de desembarcar de una nave espacial, con las mejillas y la punta de la nariz coloradísimas, las piernas enfundadas en unos pantalones elásticos que las moldeaban de una forma más indecente que cualquier minifalda. La mira de arriba abajo y probablemente se pregunte qué quiere. Sonríe estúpidamente. Al tomar el sobre o el paquete, el tipo llega poco a poco a consideraciones más triviales. Se pregunta de dónde viene. Qué diablos le mandarán. Se pregunta, sobre todo, quién habrá pagado a esta ciclista salida de una película de ciencia ficción para entregarle una simple carta. Y entonces, de repente comprende. Candice lo recuerda, es un fulgor que pasa y se extingue en su mirada como una estrella fugaz. Se han dado cuenta. La gente a menudo oculta sus problemas, pero en realidad saben perfectamente de dónde vienen. Ni que decir tiene que también había tenido que soportar

insultos, como uno de esos ujieres que acuden a entregar a la gente, a personas como sus padres, solemnemente, el aviso de desahucio. Francamente, ¿para eso se pasa la vida pedaleando? Hum, de seguir así, Candice acabaría convencida de que estaba evitando una mala noticia a ese Jones que no conocía de nada. La cosa duró semanas.

Pero la carta seguía sobre la mesa y miraba a Candice.

Así que la cogió, la guardó en la cazadora y se subió a la bicicleta.

Son los primeros días de buen tiempo y una de las primeras ocasiones para andar en bici tranquilamente, el domingo, por un Londres casi silencioso, el cielo tendido sobre los tejados como una sábana recién lavada, seco y terso, casi blanco, el aire todavía bastante frío como para sentir las punzadas de dolor en los dedos enguantados, y el sol ya alto, acariciando los brotes rosas y verdes de las hojas en los árboles del parque.

En la carta, por supuesto, no hay ninguna indicación de piso. El edificio, viejo como el vecindario, está cubierto de hollín y de mugre que chorrea de las ventanas, fluyendo a lo largo de las canaletas y enmarcando la puerta de entrada encaramada sobre tres ridículos escalones. Candice encaja su bicicleta bajo una ventana de la planta baja cuyas persianas están cerradas, la amarra a la barra de hierro forjado que corre a lo largo de la pared, a ras del suelo, vestigio de un Londres de caballos y carruajes. Empuja la pesada puerta de roble y camina por el pasillo desierto. La portería está cerrada, ya que es domingo; las cortinas, echadas, no dejan filtrar desde el interior más que una franja de luz. Se corren, sin embargo, cuando se acerca Candice. La puerta se abre.

La portera lo llama *el joven Jones*, es lo primero que sorprende a Candice. Con un poco de suerte, no trae consigo el despido de un padre de familia ni el desahucio de un anciano. *El joven Jones* vive en un piso cuyo contrato de arrendamiento perteneció antiguamente a su tío abuelo, un *gentleman*. En unos minutos, lo sabe todo de él, que toca música, el piano, por la noche, a veces hasta muy tarde, ese es su trabajo, músico —un trabajo raro en opinión de la portera—, y que tiene contratos periódicos en clubes de jazz, que son sitios raros. Que, aparte de eso, es un buen chico en todos los sentidos. Que se vino aquí cuando su madre murió, recogido por su tío abuelo, quien se hizo cargo de él como de un hijo. Que paga el alquiler puntualmente. Que puede hacer té si a Candice le apetece —No, gracias. Que no vienen muchos extraños al edificio —tampoco extrañas. Candice no puede impedir sonrojarse ante el malentendido cuando la portera añade que está encantada de conocerla. Que *el*

joven Jones es decididamente discreto —lo que sin duda es una cualidad. Que ella es muy guapa. Que él vive en el primer piso —Gracias.

Siempre es un poco extraño cuando el deseo de los demás te precede.

Mientras sube las escaleras, Candice tiene la impresión de que la mirada de la portera la empuja por la espalda hacia *el joven Jones* —Insista un poco si no abre enseguida, porque está en casa.

Cuando llega al rellano, Candice se pregunta por qué le ha dado por hacer esto, por venir aquí, a casa de este tipo, para entregarle su carta urgente con semanas de retraso, y al mismo tiempo se dice que no puede echarse atrás. Algo la hace dudar, como en el momento de zambullirse en el agua o de saltar por encima de un obstáculo, como si ese pequeño gesto que había hecho mil veces, de repente, tuviera la posibilidad de fracasar. Tal vez fuesen las palabras de la portera, el hecho de conferirle un poco más de realidad a lo que hasta entonces no era más que un nombre en un sobre. Por mucho que se repita lo contrario, realmente no está trabajando: lo hace el domingo y sin su uniforme como si fuese en su nombre, como si fuera ella, Candice, quien llevase un mensaje.

Mientras se dispone a llamar, algo parecido a una primera vez la hace sentirse deliciosamente incómoda, y nota que es uno de esos instantes en que la vida se te escapa por completo.

«You Say You Don't Love Me»

BUZZCOCKS

«El amor es un ardid de comedia. No digo que no exista. Pero en el teatro, desde el principio, el amor es un ardid de comedia. Da igual que sea en el teatro clásico o en el burgués: un personaje ama a otro que a su vez ama a otro. La historia consiste en rehacer las parejas de enamorados para que todo vuelva al orden, como en los juegos infantiles en los que hay que poner la cabeza correcta en la silueta correcta, la chaqueta correcta en el pantalón correcto. ¿Queremos casar a la heredera con un buen partido, un amigo del padre, un viejo que ha triunfado en los negocios, pero resulta que ella tiene un pretendiente de su edad? El criado se encarga de arreglar las cosas haciendo una jugarreta, algún tipo de farsa, intercambiando los papeles, disfrazando a la gente, es decir, haciendo teatro. La comedia es solo eso, el juego por el juego, el entretenimiento, las cabriolas. Así pues, decir comedia es tanto como decir teatro. Y las parejas se hacen y se deshacen. Los amantes entran en los armarios, los esqueletos salen de ellos. Cualquiera diría que el amor no es verdaderamente serio.

»En las novelas es otra cosa. Las novelas se leen a solas, se leen en la cabeza, hablándose a uno mismo, entonces resuenan. No son virtuosas, no dan lecciones de moral, no reúnen a la gente en una sala para instruirla, para hacerla reír con el espectáculo de nuestro teatro de sombras. No hablan de la sociedad, ni de los papeles que desempeñamos en ella. Las novelas parecen hechas para imitar la vida que tenemos en nuestro interior. En las novelas el amor es trágico.

»Eso no significa que lo sea todo el tiempo en la vida. Creo que mi hermana Alice se partiría de risa si le hiciese esa pregunta. No estoy segura de que sepa qué es exactamente lo trágico. Tampoco el amor, ni falta que le hace. Mi hermana ha vuelto la vida inofensiva. Tal vez tenga razón.

»Nancy nos dijo una cosa curiosa ayer en el ensayo. Dijo que la tragedia es

siempre la tragedia de las mujeres. Que por eso montaba *Ricardo* con las Shakespearianas. Que, si nos fijáramos bien, en la obra, la mayoría de las víctimas de la desmesura de Ricardo y de los juegos de poder eran las mujeres, empezando por la vieja Margaret, que emula a las brujas y pronuncia maldiciones. Ya lo ha perdido todo. Ya sabe que las mujeres llevan las de perder en los juegos de los hombres. Desde el principio, anuncia lo que les sucederá a los demás, los pone en guardia, pero nadie la escucha.

»Muchos han representado a Ricardo acentuando la gravedad de sus cálculos maquiavélicos, su inteligencia diabólica, su crueldad. Como el texto es demasiado largo, tienden a cortar los personajes secundarios femeninos, como Margaret, conservando solo los personajes secundarios masculinos, como el alcalde de Londres. Nosotras hacemos lo contrario. Representamos la conquista del poder en el tono del bufón. Para Ricardo el primero, todo esto es solo un juego, carece de importancia. Lo que le gusta es hacer guiños al público danzando de un pie a otro mientras se mira en un espejo de bolsillo. ¿Que Hastings no está contento? —*Off with his head!* ¡Que le corten la cabeza! Parece la Reina Roja de *Alicia en el país de las maravillas*. Es ridículo, como alguien que se saca fotos sin parar para probarse a sí mismo que es deseable cuando no es guapo. Parece un político de hoy. Un bufón. En cambio, si mostramos a las mujeres y a los niños, las víctimas: son ellos quienes lo devuelven a la tragedia. Sin ellos solo sería el dictador de Chaplin. Es la dignidad de las víctimas la que hace a los verdugos.

»Siempre es así en Shakespeare. *Romeo y Julieta* debería llamarse *La tragedia de Julieta*. Es, sin lugar a dudas, la historia de amor más famosa del mundo, y al principio es una comedia. Ambos se aman, pero hay un obstáculo: sus familias se odian; entonces, encuentran un cómplice, el fraile que los casa y les proporciona ardides. La cosa podría quedar así. Romeo se divierte con su pandilla de amigos, cantan por las calles, están borrachos, todo va bien. Sin embargo, sobreviene la tragedia. Uno de los amigos de Romeo muere defendiéndolo contra un primo de Julieta y, en lugar de ir a ver al duque, de delatar a ese bribón de Teobaldo, de reclamar la justicia a la que tiene derecho, en lugar de hacer las cosas como es debido, de acuerdo con las reglas, ese imbécil —porque Romeo es un imbécil y un inconstante desde el comienzo de la obra— se toma la justicia por su mano. Mata al primo. Condena su amor. Lo sabe, todo el mundo en la sala lo sabe. ¿Y quién, entonces, se da cuenta de que está atrapada, casada con un criminal, desesperada hasta el suicidio? Julieta. Es ella quien lo pierde todo al inicio

del acto III. Es su tragedia. El muy imbécil cree que ha conservado su honor. Podría rehacer su vida en otro lugar. Tendrá que verla muerta para comprender que lo ha estropeado todo.

»Solo hay que mirar a los niños. El amor, las novelas, la tragedia, la vida, es para las niñas.

»Los niños juegan.

«Seventeen Seconds»

THE CURE

Jones tiene la sensación de haberlo intentado todo. Ha empeñado cosas. Ha tenido que tragar sapos y culebras. En otra vida, si es posible, tomará caminos más despejados hacia la felicidad.

Oh, tal vez podría encontrar trabajo, pero solo hay que ver lo que le proponen. Cualquiera diría que la agencia de colocación se ha puesto de acuerdo con las empresas más duras del mercado para proporcionarles mano de obra barata —al fin y al cabo, son parados. Y Jones vuelve a intentarlo de nuevo, acude a las entrevistas, a las pocas citas que le ofrecen. Se pone la chaqueta de *tweed* y el pantalón de pana rojo. Arregla su pelo despeinado y va. Es lo que hay, son esencialmente trabajos temporales para empresas de limpieza, cocinas de hotel, talleres, supermercados, incluso una planta de secado de pescado —Cuando ya no tienes ganas de vomitar es que toda tu ropa se ha impregnado del olor de esta mierda, le dice el encargado que le hace la entrevista. Sin embargo, los anuncios para los trabajos peores de la tierra están redactados como si la gente soñara con realizarlos. Y tampoco hay tantos. No es solo que tengamos que contentarnos con ellos, es que además tendríamos que desearlos. Hablan de ascensos, de carrera. El domingo es un trabajo agotador e ingrato, pero solo es al principio, esto se arreglará en unos años, no se puede tener todo de repente —¿Por qué te crees que me voy a quedar aquí varios años? A veces se conforman con decir —Es verdad, es un trabajo de mierda, pero por lo menos aquí se está bien, ya verás, todo el mundo se conoce, todo el mundo se tutea —¿Por qué te crees que quiero hacer amigos en la empresa?

La verdad es que los contratos del Nightingale's no pagan gran cosa, una vez tragados el whisky y los cacahuetes.

Los clubs en Londres estaban cambiando con la música. Ya solo quedaban el Roundhouse, el 100 Club, el Screen on the Green o el Marquee. Desde la

muerte de Sid Vicious el 2 de febrero en Nueva York, el punk estaba oficialmente muerto. Empezaba la leyenda. El chaval se había ido tan estúpidamente como había vivido. Acababan de pagar su fianza, salía de Rikers y tenía que quedarse en Nueva York. Su madre había hecho el viaje. Ella es quien le dio la dosis fatal de heroína. Hablamos de una leyenda. Los grupos de epígonos empezaron a pulular, desde Manchester hasta Londres, era como una epidemia. En la calle los jóvenes vivían de amor y anfet. Se disfrazaban, imperdibles por todas partes, prendidos en la chupa de cuero o en las orejas; en el cráneo, una cresta de cincuenta centímetros del color de una mariposa del Perú.

No future es un eslogan que se puede adoptar cuando uno es joven, no cuando ya se tiene un pasado. Jones no encuentra su lugar en el nuevo mundo que se anuncia.

Él no ha estudiado en las *business schools* de los hijos de papá que afilan sus colmillos. Demasiado educado para satisfacerse con sus migajas. Demasiado orgulloso para complacerse en la desgracia. Es la última línea recta, el último año de la década de los setenta, y Jones no ve lo que se le pide que sea.

Cuando ella llama a la puerta, él no comprende de inmediato que es en su casa donde llaman. No espera a nadie —nunca espera a nadie. Tal vez ella también dudó en llamar demasiado fuerte. Este no es el estilo de Candice, pero él no lo sabe. Vuelve la cabeza hacia la puerta, preguntándose si ha oído bien. Ella insiste. Pues sí, es ahí, es en su casa —pero ¿quién puede ser? Se levanta y se dirige a la puerta con paso indolente, no hay prisa —nunca hay prisa. Abre.

La chica que está ante él es bastante alta, como él, y alza la cabeza cuando oye girar el pomo de la puerta, de modo que se encuentran uno frente al otro y Jones no puede hacer otra cosa que mirarla a los ojos, directamente, y quedar clavado en sus ojos grises. Se quedan así. Tal vez dure diecisiete segundos, como en una canción, una medida de la vida. Están inmóviles y mudos, como si los dos se quedasen estupefactos. Candice podría describirlo como un accidente de bicicleta, el momento en que, en plena carrera, a toda velocidad, mientras eres dueño de ti mismo, de repente se produce un ligero imprevisto, un tipo cruzando delante del autobús estacionado a la izquierda, un perro escapando de su amo, un niño corriendo detrás de un balón, cualquier cosa que detiene el curso ordinario del tiempo, y los acontecimientos se dilatan como si estuvieras analizando cada gesto, cada impulso microscópico, cada

trayectoria, y lo percibes claramente, como a cámara lenta, el momento preciso en que las cosas escapan de golpe a todo control, el suave ruido de fricción del neumático antes de iniciar el derrape, el abandono de la rueda trasera de su trayectoria, el equilibrio en el mismo instante en que se rompe, hasta que los ojos se cierran y la caída se convierte en una pesadilla imparable. Es como ceder al vértigo. Una caída, eso es exactamente el efecto que le produce. Jones también acaba de caer en sus ojos grises. Tal vez haya durado unos diecisiete segundos y luego hay que decir algo, se reconocen, aunque no se conocían en realidad, no se habían vuelto a ver, está la carta, pero Candice ya no trabaja para City Wheelz, además es domingo, es una larga historia —Entra, por favor.

Él coge al vuelo el suéter y la chaqueta que quedaron en el respaldo de la silla, recoge los vasos y las tazas —Perdona el desorden— que deja acumularse en la mesa hasta que no le queda más remedio que fregarlos. Abre las cortinas, apaga la luz —Trabajé hasta tarde esta noche. Arroja la ropa en la cama y deja la loza en el fregadero, dobla los periódicos, recoge los libros y los apila al lado del sofá —Siéntate—, recorre el apartamento rápidamente, va y viene de aquí para allá con sus largas piernas, sonrío —Tardo un minuto —, abre la ventana, la que detrás del piano, al sur, vierte un torrente de luz blanca y cruda en la habitación —Listo. ¿Te apetece un té?

No se le ocurre nada mejor.

Está de pie frente a ella, se pasa una mano por el pelo, que sigue erizado como el penacho de un pájaro. Está tan sorprendido como ella. Esboza una sonrisa. Es su mirada, sobre todo. Diga lo que diga y haga lo que haga. No sabemos si se está burlando de ella o de la situación, de nosotros, de la vida en general. Jones no puede hacer nada para evitarlo. Sus ojos se estiran en forma de almendra, se elevan ligeramente por los lados en lugar de caer, subrayados por unas patas de gallo nítidas y francas como cortes bajo el párpado, sus ojos se burlan de todo, irónicos y macilentos, empañados por la fatiga como una piedra bajo el agua. Sus ojos ríen.

—¡Vaya! Me has encontrado.

—Es la carta.

Candice se siente incómoda. Han pasado tantas cosas desde entonces. Es la carta —es una historia complicada. Le muestra la carta. No es la música. No es él. Ella no volvió por el Nightingale's.

—Será de los abogados de la BP. O del juzgado.

Él deja el sobre en la mesa. No parece muy pesado. Ella no dice nada. Los

ojos de Jones siguen sonriéndole, así que ella sonríe también, casi a su pesar —¿Por qué no aceptaste el dinero? El cheque de la hostia —Porque no quiero cobrar un cheque de la hostia, Candice, lo que quiero es hacer música — Deberías haber luchado —¿Y ganar qué? —Deberías haber peleado contra ellos, porque es injusto —Mírame.

—Mírame.

No habrá juicio. No se gana contra una multinacional, un tipo solo, no es como en las películas, y mucho menos yo. Para mí es hora de irse, de desaparecer. Renunciar a la lucha, a correr, renunciar a participar en este circo. Es mi forma de decirles mierda —sus ojos ríen.

—Pero todo va bien.

«God Save the Queen»

SEX PISTOLS

La víspera de las elecciones, los últimos sondeos arrojaban resultados todavía inciertos.

Era la primera vez en veinte años que se hacía campaña con nuevos líderes al frente de cada uno de los tres partidos de gobierno.

El juicio contra Thorpe, antiguo jefe del Partido Liberal, acusado de haber mantenido relaciones homosexuales y de haber atentado contra la vida de su ex amante, tendría lugar en mayo, justo después de las elecciones generales. Los liberales no se las prometían muy felices.

A los candidatos del SNP, el Partido Nacional Escocés, les habían dado gato por liebre. La devolución de poderes acabó en un tremendo fiasco. Se habían dado el gran batacazo con todas sus peroratas y sus discursos a bombo y platillo. Por lo tanto, era inútil votar por ellos. Iban a sufrir.

Callaghan no era nuevo, pero tampoco tenía nada nuevo que decir, su balance era desastroso. Se contentaba con protestar señalando con el dedo índice a su competidora. Decía: Si vuelve a pasar, ¿creen que ella lo hará mejor? ¿Creen que podrá enfrentarse a los sindicatos? Contaba con la inveterada misoginia, pero no fue suficiente.

El *Sun* organizó una campaña de prensa en la que media docena de ex ministros laboristas explicaron por qué tenían más confianza en la Thatcher que en su propio partido para corregir la situación económica de Gran Bretaña.

Las «empleadas cualificadas de categoría C2» han visto las fotos de la Thatcher con una escoba en la entrada de la fábrica, la han visto coser un bolsillo de una chaqueta, calzarse las botas para patear el campo, hacer la compra en el supermercado. La hija de un tendero, con la cabeza sobre los hombros, como ellas. Por supuesto, creen que la Thatcher lo hará mejor. En casa, son ellas las que llevan las cuentas, las que supervisan los préstamos, las

que hacen los presupuestos, las que van a las reuniones de padres y las que cumplimentan los expedientes administrativos. Y, además, hacen las compras y la comida, limpian, planchan y el resto de las tareas de casa. Por supuesto que lo hará mejor.

Esto va a ir rodado. Todos la seguirán. Incluso China. En abril, Deng Xiaoping inició una reforma que debe proporcionar a la brutalidad del régimen los medios de la brutalidad capitalista.

La Thatcher está a punto de presentar el programa de los años ochenta.

A, de Arabia —La revolución islámica de 1979 en Irán llevará, a finales de ese mismo año, a una toma de rehenes durante más de un año en la embajada de los Estados Unidos, que será la ocasión de ridiculizar a la CIA, cuyos helicópteros se quedan clavados en tierra debido a una tormenta de arena. Este crimen de lesa majestad de un país no alineado jamás será perdonado. El «mundo libre» cambia de aliados. Arabia Saudita, Qatar, los Emiratos, se convierten en nuestros amigos, para bien o para mal.

B, de Bobby —Bobby Sands es un miembro del IRA Provisional. También es diputado irlandés en el Parlamento. Morirá después de una huelga de hambre de sesenta y seis días en la prisión de Maze, donde está detenido como preso político. Su voluntad, su dignidad, su terrible agonía serán compartidas por millones de personas más allá de las fronteras, sin que la Dama de Hierro ceda jamás.

C, de City —la Bolsa de Londres. La City se abre a las inversiones extranjeras, convirtiéndose en el primer mercado financiero del mundo. Debido a la digitalización y la desregulación, la especulación se vuelve incontrolable. Conduce a la búsqueda de beneficios ilimitados que se manifiestan en la deslocalización, en detrimento de los empleados, de los consumidores y de los Estados. Es decir, de la gente.

D, de depresión —la crisis económica amenaza, nunca está lejos. Es un estado, un horizonte, una catástrofe anunciada. También es una enfermedad. Algunos se duermen en la década de los ochenta, preguntándose si Sue Ellen sigue borracha.

E, de empleo. El paro, tanto en Inglaterra como en Francia, alcanza su primer millón a principios de la década, una cifra que no se había visto desde 1930. Después, el segundo. Luego supera los tres millones. Nunca ha vuelto a bajar. Hace veinte años, lo llamaban ya el «horror económico».

F, de Friedman —premio Nobel de Economía en 1976. Dicen que es la figura que inspira el thatcherismo económico, pero sería más exacto decir que

inspira el liberalismo mundial.

G, de *greed* —la codicia. La de los ricos, la de los inversores, la de los accionistas. La codicia de la City. Antes era un pecado mortal. La teoría económica de la Thatcher es que prima el crecimiento. No importa si la desigualdad aumenta, siempre que los ricos sean más ricos. ¿Los pobres? Solo tienen que hacerse ricos. ¿Quién no sueña con hacerse rico? Gordon Gekko lo dirá sin rodeos en la película *Wall Street: Greed is good*.

H, de *Hayek* —premio Nobel en Economía en 1974, dos años antes que Friedman. Por qué no, era el momento. La Thatcher esgrimió uno de sus libros en un seminario del Partido Conservador diciendo: «¡En esto creemos!», y dio un golpe con el libro sobre la mesa. Fin de la discusión. Se gana el apodo de Tina. *There Is No Alternative*.

I, de *I want my money back!* —Quiero recuperar mi dinero: es todo lo que la Thatcher pensaba de Europa, que Inglaterra finalmente abandonó después de haber minado su construcción durante treinta y cinco años y de haberla transformado en un supermercado común.

J, de *job* —la palabra *job* tiene varios significados en inglés. «Trabajo» en el sentido de empleo, pero también en el de tarea que hay que cumplir, pagada como es debido; puede igualmente significar un deber o una responsabilidad, o simplemente una tarea difícil, e incluso un robo en la jerga de los ladrones. En la de los agentes de bolsa, se emplea como verbo para decir que se compran y venden acciones. Cuando la riqueza aumenta, el paro no disminuye. En cambio, se crean muchos *jobs*. También es una forma de hacer que los niños trabajen.

K, de *Kapital*.

L, de *liberalismo*.

M, de *monetarismo* —es la doctrina de Keith Joseph, el mentor conservador de la Thatcher, doctrina según la cual el control del dinero es el único seguro contra la inflación. De hecho, es el único papel de los Estados, a los que se les pide que no intervengan en la economía. Así pues: bajada de impuestos, privatizaciones, desregulación. No hay alternativa.

N, de *nuclear* —primero era una bomba, una muerte masiva y técnica, tan fría como el exterminio burocrático de los judíos en Alemania —tan moderna, habría dicho Günther Anders—; luego fue un campo, una fuerza de disuasión, y finalmente es una fuente de energía limpia, ¿verdad?, que fluye simpática y vorazmente tanto en las bicicletas eléctricas como en los clics de los ordenadores. Pero no hay alternativa.

O, de *Occidente* —de Norte a Sur, en esos años, estamos en el bando del Este o del Oeste. Tanto es así que el sur casi ha desaparecido de los mapas.

P, de *poll tax* —había cinco posibilidades para reformar el sistema de los impuestos locales ingleses: un IVA local, un impuesto sobre la vivienda, la redistribución del impuesto sobre la renta, la reforma del sistema existente y el *poll tax*, un impuesto per cápita y no por vivienda. Era la solución más injusta, por supuesto. Y, por supuesto, Tina eligió el *poll tax*.

Q, de *Queen* —Isabel ha atravesado el siglo. En 1977 se celebran sus bodas de oro, cincuenta años. El mánager de los Sex Pistols alquiló un barco para dar un concierto frente a Westminster, en el Támesis. *God save the Queen, She ain't no human being, And there's no future, In England's dreaming*.

R, de *Ronald* —el presidente de los Estados Unidos, en ese momento, es un exactor que comparte su primer nombre con un payaso.

S, de *social determinants of health* —en el barrio popular de Calton, en Glasgow, Escocia, la esperanza de vida de los hombres ha caído a los cincuenta y cuatro años. En el rico barrio de Lenzie, en la misma ciudad, es de ochenta y dos años. Cfr. *City, Friedman, Hayek, Liberalismo, Yuppies y Zero*.

T, de *terrorismo* —en marzo de 1979, mientras Margaret Thatcher hace campaña, su amigo Airey Neave, su ministro «fantasma» para Irlanda del Norte, muere en un ataque con coche bomba contra el Parlamento. En 1984, mientras asiste al Congreso del Partido Conservador en Brighton, Margaret Thatcher es víctima de un atentado. La mitad del hotel salta por los aires y se volatiliza en medio de la noche. Pierde cuatro colaboradores. Por la mañana, después de haber ido a la peluquería, dirá ante los periodistas: *Y ahora, sigamos como de costumbre*. En Francia, en 1985 y 1986, serán quince los atentados cometidos por el grupo de Fouad Ali Saleh. En todas partes comienza una nueva guerra.

U, de *Union* —Reagan la hizo contra los controladores aéreos en 1981. En 1984, Thatcher concitará la admiración de todos los dirigentes con agallas del mundo por haber puesto de rodillas al mismísimo Arthur Scargill, jefe del todopoderoso sindicato de mineros británicos, al término de una huelga que le recordará el invierno del descontento. Pero la Mujer Sanguinaria trata a los sindicalistas como a los terroristas: no hay negociaciones, guerra sin cuartel. Ha declarado ilegal la huelga y disuelve el sindicato de mineros, que ella llama *el enemigo del interior*; equipa a la policía con medios militares para tomar por asalto los piquetes de huelga. La batalla se saldrá con veinte mil

heridos y once mil detenciones. Y, al final, ella se cobra su pieza, porque no hay alternativa.

V, de *Vietnam* —después de la guerra con Camboya en enero de 1979, Vietnam está en guerra contra China. Comienza la crisis de refugiados del Vietnam del Sur y Médicos Sin Fronteras envía un barco para rescatar a los llamados *boat people*. Se trata de luchar contra el comunismo, así que se los acoge.

W, de *war* —en una situación difícil, ya que su política no funciona después de dos años, Margaret Thatcher se dejará arrastrar por Argentina a las islas Malvinas, en la última guerra colonial del siglo. Pero no hay alternativa.

X, de *xenofobia* —en la campaña de 1978, la Thatcher da un discurso que cosechará un gran éxito: *A finales del siglo, habrá cuatro millones de personas procedentes de la Commonwealth y de Pakistán. Es una barbaridad. La gente teme que este país se vea ahogado por personas de otra cultura. El ingenio británico ha hecho tanto en todo el mundo por la democracia y la ley que, si hubiese temor a sentirse desbordado, la gente podría reaccionar de manera violenta y hostil contra quienes llegan.*

Y, de *yuppies* —*Young Urban Professionals*. Estos nuevos triunfadores veinteañeros tienen un lenguaje propio. Un *dog* no es un perro, sino una acción con malos resultados desde hace años. Un *asset stripper* no es una persona que hace *striptease*, sino un economista especializado en comprar empresas y desmantelarlas para revenderlas troceadas, obteniendo pingües beneficios. Una *butterfly* no es una mariposa, sino un intercambio de opciones sin pérdidas. *Head and Shoulders* no es una marca de tratamiento contra la alopecia, sino el grito que da la señal: vender.

Z, de *Zero* —es el número de empleos creados por la política económica de Margaret Thatcher que «enderezó Inglaterra». Aunque ya lo había advertido. En uno de sus primeros discursos como primer ministro en la conferencia del Partido Conservador, ponía las cartas bocarriba: *Hoy, he dejado de soñar.* No hay alternativa.

«The Show Must Go On»

PINK FLOYD

Su saco está listo, y sin duda él también.

Jones no le habló a Candice de sus dificultades para conseguir el dinero del alquiler. Debe dos meses de atrasos.

No le dijo que, debido a su falta de ocupación, a veces se sorprende hablando solo en el apartamento.

No le dijo que a veces se queda varios días sin comer. Que espera a que llegue la tarde del jueves en el Nightingale's porque los sándwiches y la cerveza son gratis para los artistas.

No le habló de la humillación que es saber que ya no puede más. En qué confusión, en qué abismo esta situación lo precipita cuando de repente, como un payaso surgido de su caja sorpresa, le salta a la cara la certeza de su fracaso.

No le dijo que ya no logra escribir su música y eso es lo que más le duele. Tachaduras, páginas que hay que copiar de nuevo para que se parezcan a algo. Sabe de memoria su sinfonía, a fuerza de corregirla durante años. ¡Un artista! Ni siquiera logró convertirse en un hombre normal, un ciudadano del mundo nuevo.

No le dijo que más de una vez se paró a observar las vías del tren, donde son visibles, en King's Cross, mirándolas como se mira a alguien a los ojos y preguntándose lo que piensa en el fondo, como si la muerte fuese una vieja amante, no deseable, pero tentadora —la conoces, no sería tan terrible.

No le habló de nada de eso, porque no serviría de nada. Si hubiese conocido antes a esa chica, con su juventud y su teatro, sus ganas de luchar, a la Candice que desembarcó en el Nightingale's, y luego en su casa para entregarle una carta, si la hubiera conocido —quién sabe, hace unos meses, cuando todavía se quería a sí mismo—, podría haberle salvado la vida.

Finalmente abrió la carta. Era la respuesta del juzgado que, como era de

esperar, no iba a instruir su denuncia contra la BP. La justicia, la sociedad, la reina, en fin, Inglaterra tenía cosas mejores que hacer. Fin de la historia. La carta todavía está sobre la mesa de la cocina, donde la ha mirado todas las mañanas como se mira el cadáver de un animal en el escalón de la puerta — cada vez que salimos nos apartamos a un lado, hacemos una mueca, saltamos por encima, y ya está.

Jones está al final del muelle. No se puede ir más lejos sin caer al agua.

Recuerda la tarde del estreno. Fue a verla la tarde del estreno en el Warehouse Theatre. Le había dicho que ella representaba el papel de Ricardo III.

El teatro había acogido ese año a la Royal Shakespeare Company para un *Hipólito* del que la prensa no había hablado mucho, luego la compañía se había ido con *Trabajos de amor perdidos* al Aldwych Theater. Las Shakespearianas habían tomado posesión del Warehouse. Había gente de la buena sociedad. Algunos periodistas habían ido por amistad con Nancy y su novio, otros por curiosidad. Directores de teatro de todo Londres, invitados porque podrían promocionarlas para una gira. Era una hermosa noche de estreno. Jones había comprado una localidad alta, en el paraíso. Eran las más baratas. El bullicio de la sala, tan característico de los minutos anteriores al apagado de las luces y la inmersión en el espectáculo, despertó de inmediato en él un recuerdo difuso y feliz. Es el ruido de todas las noches de concierto o de teatro. Solo se escucha si se está solo y se presta atención, de lo contrario, únicamente se participa, pero siempre está ahí y sería capaz de reconocerlo entre otros mil ruidos de multitudes. No es el sonido de un mercadillo de Camden o de un restaurante del Soho, es un ruido fuerte e indefinido al mismo tiempo, como si todas las voces se hubieran armonizado espontáneamente para que ninguna de ellas destaque. Llena la sala de un único murmullo profundo. Como si la multitud, en el teatro, fuera solo una persona. Es un ruido que sienta bien.

Jones está al final del muelle de Southend, frente al canal que lleva del Támesis al mar. Le viene a la mente el bullicio del teatro porque el ruido de las olas es la misma clase de sonido. Solo se reconoce cuando se escucha, y entonces es inmediato. Es un recuerdo y una llamada a la vez. Todavía no se ven las grandes embarcaciones azules o blancas. Está a punto de amanecer.

Todos los años, a partir de marzo, hay como un aroma renovado en el aire. A fuerza de prolongar su duración desde la Navidad, los días acaban sorprendiéndonos. Nos levantamos, y el sol ya está ahí. El sol, no del todo,

todavía, pero esa luminosidad apagada y difusa del alba ya se vuelve más rosada que antes. Todavía es gris y amarilla en el horizonte como la nieve sucia, pero en el vientre de las nubes se estira como una piel que comienza a adquirir tonalidades, una piel que se despierta, de un rosa suave, un rosa empolvado que se calienta con las franjas doradas del cielo. Entonces, es miel que se desliza por las fachadas negras de los edificios, por el mar profundo y sereno, por la orilla norte todavía negra como un trozo de carbón. Esa luz es mágica. En un abrir y cerrar de ojos, expulsa la lluvia, los grises, el tiempo necesario para levantarse y lavar el cielo, para vaciarlo. El azul que atraviesa las nubes es irreal. Es del color de los mares del sur en las postales. Si dibujásemos ese cielo de colores tan crudos, pensaríamos que no es verdad, que es demasiado chillón, que no existe. Sin embargo, por encima de los tejados todavía es tan profundo como un azul noche. Es imposible saber cómo pasamos de este azul al del borde del cielo. Se hace lenta, imperceptiblemente. Transcurre mucho tiempo antes de que todo se aclare, eternos minutos misteriosos y coloreados donde las tonalidades se suceden unas a otras sin mezclarse. El cielo, que se abre al alba rosa como un vientre que da a luz el día, es el tiempo que pasa.

Podría sentarse allí y ver el amanecer, detallar la huida y el regreso de las nubes irisadas, la progresión de la franja de luz sobre la tierra, que hace destellar las aristas y luego gana la faz de las cosas, revelando poco a poco el rostro del mundo. Sentarse y mirar el tiempo pasar. Dejar el tiempo morir en el fondo de sus ojos grises. Ser libre tal vez sea eso.

Hubo un invitado sorpresa la noche del estreno. La víspera, el 10 de Downing Street llamó al teatro.

—Irá a título personal con su marido. No es necesario un palco para la primer ministro, los palcos son para la realeza, primer anfiteatro en el centro, está muy bien.

Cuando Margaret Thatcher se sentó en su lugar, nadie se dio cuenta, excepto sus vecinos inmediatos. Pero pronto, poco a poco, un leve murmullo se destacó del ruido de fondo y se extendió por el anfiteatro, rompiendo la armonía del unánime bullicio. Antes de que crezca más o cese del todo, se ve en el pasillo junto a la orquesta, a la derecha, a un tipo que corre, cosa que jamás ocurre en un teatro. Corre hacia el escenario, lo bordea hasta el centro, donde se detiene de repente y gira brusca, ostensiblemente. Levanta los ojos hacia el anfiteatro y aplaude de manera muy enfática. El público, ya sentado, se gira, buscando con los ojos el motivo de esa muestra de adulación. Jones

también. Se inclina, tuerce el cuello, no entiende muy bien lo que está pasando. ¡Está aquí! Margaret Thatcher, es ella, Maggie, ha venido. Exclaman, se dan un codazo, la señalan con el dedo. Pronto toda la sala prorrumpe en aplausos. Algunos no la han visto, pero aplauden de todos modos, sin saber por qué. El tipo ha desaparecido. Servicio de comunicación. No era un espectador.

Todos sonrían, sin embargo, todo el mundo aplaude. Los aplausos duran más de un minuto. Jones ha terminado por localizarla. Una señora de pelo rubio, con traje sastre de lana, se ha levantado en el primer anfiteatro, saluda a la multitud que la aplaude como a la reina cuando sale de Buckingham, saludo con la mano, sonrisa estereotipada —Gracias por aclamarme, pueblo de hormigas. Jones no sale de su asombro. Siempre es un poco decepcionante ver que los letrados son tan gregarios como los demás. Que tienen, igual que los demás, miedo al poder hasta este punto. ¿No han venido a ver *Ricardo III* —la obra de la revelación, del cinismo, la obra donde se desnuda el *Gran Juego* de la política? ¿La gente es tan estúpida? ¿Merecen hasta este punto que los despreciemos? Y este simple pensamiento lo abruma.

Jones es un inadaptado, esto le sucede cada vez a más gente.

Si crees en el arte, si sabes leer, si te gusta la música, estás jodido. Nada te da miedo ni te impresiona. No te la dan con queso. Y la ilusión se viene abajo, como en una novela de ciencia ficción. Se abre el telón.

Frente a él, en el canal, el mar comienza a brillar a su vez. Ya no son crestas de espuma plateadas, sino una reverberación resplandeciente de olas pequeñas que se encienden y se apagan al mismo tiempo, cada segundo, como un chisporroteo furioso que no se puede contar ni seguir. Todos los reflejos juegan en las olas a una velocidad delirante, una sinfonía perfecta donde millones de instrumentos se armonizan. Puede verlo. En el horizonte la luz es cegadora, se confunde con el sol. El amanecer. Puede verlo, y es como si pudiese oírlo.

Recuerda lo que le han dicho del Gran Norte, lo que su tío abuelo le contaba sobre Suecia, de donde procedía. Los archipiélagos de guijarros perdidos, ahogados en la neblina del mar. El sol que después de acariciar el horizonte permanece pálido, las noches blancas. Los días de invierno, cuando la luz no llega nunca a las calles, ni es lo suficientemente alta como para superar los edificios, como si pesase, como si fuese una estación de crepúsculo, amarilla y rasante, una estación de espectros donde las sombras se alargan.

Está en el borde del muelle de Southend. El saco a sus pies, posado en el

suelo, ligeramente encorvado.

Tomó el primer tren, el de las cinco. Ahora, ha llegado al final.

Silencio sepulcral.

Cuando Candice entró en escena, tardó un tiempo en reconocerla. Ella, Ricardo, duque de Gloucester, cojeando, encorvada como si fuese jorobada, obligada a estirar la cabeza como un pájaro para sacarla del cuerpo que la obstruye. Miradas que se hunden a derecha e izquierda, en el público, como si estuviera esprintando en medio de Caledonian Road, cuando la calle traza una curva sobre el canal. Parece más delgada que al natural, los ojos negros, las mejillas sombreadas, está iluminada por las candilejas y un foco que la sigue y le da de lleno en el rostro. Avanza renqueante, primero un pie, luego otro, como en equilibrio permanente, mira al público frente a ella, entrecerrando los ojos ante la intensa luz. Avanza durante un minuto, tal vez dos. En el silencio se escucha a la sala contener la respiración.

Tiene los cabellos peinados hacia atrás y recogidos en la nuca en un pequeño moño de bailarina. Los ojos brillan, perfectamente perfilados de negro. Los brazos desnudos, blancos y rectos, a lo largo del cuerpo. El pecho vendado para disimular los senos. Solo su vientre se hincha y se deshinchas al ritmo de su respiración rápida. Sus músculos se mueven bajo la luz, se destacan, se recortan en sombras francas en los brazos, en el cuello, en los hombros. Sin embargo, sus movimientos son calculados.

Parece un esfuerzo a cámara lenta, concentrado en un tiempo que se detiene. El corazón casi a punto de estallar como en plena carrera. Avanza hacia el centro, hasta la parte delantera del escenario. Ha llegado al final. No se puede ir más lejos sin caer entre el público.

Frente a su destino.

Al final del muelle de Southend, en el amanecer que remonta el pálido horizonte, los graznidos de las gaviotas de pico amarillo y las pardelas cenicientas llenan el aire todavía frío. Los barcos de arrastre remontan el canal, seguidos por una estela de aves vocingleras. Jones se estremece y se abriga en su chaquetón de *tweed*, cruza los brazos y aprieta los puños. A sus pies, el saco de marinero parece listo para partir. Las nubes, ribeteadas de oro, se han vuelto de un profundo gris de nube. La luz se propaga de nuevo por el mundo, blanca y cruda. Los colores de fiesta del cielo desaparecen bajo un día átono, mientras la tierra recupera sus colores. El mar brilla. El carbón se ha vuelto colina. Desnudo en la mañana espectral, el mundo se despierta, verde, azul, gris, fangoso y brillante de lluvia. Parece que titubea, que sus

colores le vuelven poco a poco. El mundo sucio y real, pesado, el mundo. Las gaviotas lo despiertan, con una pizca de sangre en su pico amarillo.

Jones sueña con una música impredecible como la vida, sin principio ni final, una música para decirle a la gente cómo va y cómo suceden las cosas. Los azares y las vidas que vivimos ignorándonos unos a otros, cruzándonos constantemente sin vernos, soñándonos, sin saber demasiado bien si esta vida es la nuestra. Una música que hable del mundo que no hemos hecho, que solo habitamos y que sin embargo llamamos nuestro. Tropezando unos con otros. Encontrándonos sin saberlo. Una música que hable de esa chica que se planta en su casa y de sus ojos grises como la lluvia de Inglaterra.

Tal vez vuelva —¿quién sabe? Hoy no hay lugar para él aquí.

Gotemburgo, Malmö, Estocolmo. Es lo que necesita. Las islas del golfo de Botnia. Nombres impronunciables. Luces desconocidas. Noches sin fin y días en los que el sol coquetea con el horizonte blanco sin conseguir acostarse.

Quizá vuelva, o quizá se hayan cruzado, esta vez, para la eternidad.

Candice iluminada por las candilejas, Candice bajo la luz cruda del foco blanco, su pecho elevándose, sus manos temblando ligeramente. Aprieta los dientes. Aprieta los puños.

La habían avisado en las bambalinas, unos segundos antes de salir a escena, así que, una vez que ha recorrido todo el entarimado, cuando se para en el borde del escenario, casi en equilibrio sobre la primera fila de la orquesta, la luz como potentes faros directamente sobre ella, como en una especie de accidente, alza lentamente la cabeza. No se ve nada cuando se tienen los proyectores de frente, la sala es un horno, pero ella la conoce de memoria. Levanta la cabeza, estirándola exageradamente, retorciendo el cuello, un dilatado rictus en su rostro. Todo el mundo sabe a quién está representando, a quién apunta su mirada. Todo el mundo contiene la respiración.

Que empiece la función. La batalla no ha hecho más que empezar.

Now is the winter of our discontent!

He aquí el invierno de nuestro descontento.

Banda sonora de la novela

«La Inglaterra de 1979 no había conocido Woodstock ni Mayo del 68, pero tenía a los Beatles desde hacía más de una década, a Marianne Faithfull, a los Rolling Stones y a los Sex Pistols, tenía a Pink Floyd y a David Bowie y, ¡cielos!, era la patria de la música» (Candice).

He aquí una lista de audición, útil para los que quieran acompañar o ampliar la lectura recuperando el sonido de una época que estaba pasando de la radio a la televisión.

Los SEX PISTOLS, que se separan, publican ese año *The Great Rock'n'Roll Swindle*, el último palmo de narices de los reyes del movimiento punk. En su estela, ADAM AND THE ANTS continúan desgranando con su voz aguda el álbum *Dirk Wears White Sox*.

Recogiendo el guante y siguiendo el camino ya sin futuro del punk rock, los DAMNED sacan *Machine Gun Etiquette*, los BUZZCOCKS, *A Different Kind of Tension*, y los JAM, *Setting Sons*.

Johnny Rotten reforma un grupo, PUBLIC IMAGE LTD., que saca inmediatamente *Metal Box*.

Nuevos líderes, los CLASH, entregan *London Calling* ese año.

Tras el cometa punk, el rock independiente hace su aparición:

THE CURE se lanza al ruedo con *Three Imaginary Boys*.

JOY DIVISION irrumpe con uno de los mejores álbumes de todos los tiempos: *Unknown Pleasures*.

BAUHAUS está grabando *In the Flat Field*, mientras que SIOUXSIE AND THE BANSHEES están completando su gira de *The Scream*.

Durante este tiempo, todavía en 1979, DAVID BOWIE canta *Lodger*, MARIANNE FAITHFULL saca su mejor álbum, *Broken English*, y PINK FLOYD aporta una piedra colosal al edificio del rock publicando nada menos que *The Wall*.

Los epígrafes de los capítulos son todos títulos de canciones de dichos álbumes. Son los siguientes, por orden de aparición:

Run Like Hell (Pink Floyd)
I Don't Know What to Do with My Life (Buzzcocks)
I Just Can't Be Happy Today (The Damned)
London Calling (The Clash)
Memories (Public Image Ltd.)
Revolution Rock (The Clash)
The Great Rock'n'Roll Swindle (Sex Pistols)
Working Class Hero (Marianne Faithfull)
New Dawn Fades (Joy Division)
Private Hell (The Jam)
Smash It Up (The Damned)
Disorder (Joy Division)
Car Trouble (Adam and The Ants)
Helter Skelter (Siouxsie and The Banshees)
Anarchy in the UK (Sex Pistols)
A Different Kind of Tension (Buzzcocks)
Guns of Brixton (The Clash)
I Wanna Be Me (Sex Pistols)
Interzone (Joy Division)
Suburban Relapse (Siouxsie and The Banshees)
No Birds (Public Image Ltd.)
Broken English (Marianne Faithfull)
Thick as Thieves (The Jam)
Whip in My Valise (Adam and The Ants)
Never Trust a Man (With Egg on His Face) (Adam and The Ants)
She's Lost Control (Joy Division)
Look Back in Anger (David Bowie)
Candidate (Joy Division)
In the Flat Field (Bauhaus)
Boys Keep Swinging (David Bowie)
You Say You Don't Love Me (Buzzcocks)
Seventeen Seconds (The Cure)
God Save the Queen (Sex Pistols)
The Show Must Go On (Pink Floyd)

Título original: *L'Hiver du mécontentement*

Las citas de Margaret Thatcher proceden principalmente de la página web de la Fundación Margaret Thatcher. Asimismo, las citas de *Ricardo III* proceden del texto original de Shakespeare, traducidas por el autor.

Edición digital: 2019

© Flammarion, Paris, 2018
© de la traducción: María Dolores Torres París, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-431-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com